



**UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
ESCUELA DE POSTGRADO**

**LA METAFORA COMO ACONTECIMIENTO EN LA PSICOTERAPIA
SISTEMICA RELACIONAL.
Condiciones de posibilidad para una psicoterapia de la singularidad en torno a la
metáfora.**

Tesis para optar al grado de Magister en Psicología Clínica de Adultos

Andrea Navarrete Hernández

**Profesor Guía:
Rodrigo Morales Martínez**

**Profesores Revisores:
Felipe Galvez Sánchez
Gian Lorenzo Blanco Balbontin**

Santiago de Chile, año 2017

**LA METAFORA COMO ACONTECIMIENTO EN LA PSICOTERAPIA
SISTEMICA RELACIONAL.**

**Condiciones de posibilidad para una psicoterapia de la singularidad en torno a la
metáfora.**

RESUMEN

Esta investigación tiene como objetivo investigar el lugar de la metáfora como acontecimiento en la psicoterapia sistémica relacional. Lo anterior se realiza a partir de un ejercicio deconstructivo de la metáfora y sus diferentes concepciones e implicancias para la clínica. Primero, se examina la metáfora y su relación con la emergencia del sujeto, considerando disciplinas alternas, tales como la filosofía y la lingüística. Luego se analiza la genealogía de la metáfora y su cualidad terapéutica para examinar su desarrollo en la psicoterapia sistémica relacional con una mirada crítica respecto al ejercicio técnico que sustenta. La epistemología hermenéutica ilumina la comprensión teórica de la metáfora en tanto acontecimiento en la clínica sistémica relacional con el diálogo y análisis de textos ad hoc al objetivo del proyecto. Finalmente se plantean condiciones de posibilidad para la emergencia de la metáfora como textura de la singularidad en la clínica sistémica relacional. Se estructuran en cuatro aspectos: 1. Concebir la clínica como artesanía, 2.- Una ontología del sujeto con apertura al sentido como horizonte clínico, 3.- Una relación terapéutica basada en la hermenéutica de la confianza, compromiso y el reconocimiento, y 4. Propiciar una ética – política del acontecimiento con posibilidad emancipatoria para el sujeto.

PALABRAS CLAVE

Metáfora, tekhné, Sentido, Singularidad.

AGRADECIMIENTOS

A Rodrigo Morales, por intensificar la inquietud en mi, además de compartir sin límites la curiosidad por este proyecto. Estoy agradecida por los momentos de risa y compartir una pasión por hacer un movimiento a contracorriente con sentido más allá del formato. Aprendí constantemente de la certeza del pensar con un aire de cotidianidad que me ayudó a mantener la confianza. Admirable su paciencia con mis tiempos tan complejos en la tesis, gracias por perdurar.

A Paula Novoa, por simplificar mi extranjería y darme un espacio de intimidad familiar que valoro profundamente. Además de acompañar momentos de curiosidad que me ayudaron a articular procesos de la tesis con más de una sonrisa.

A Rodrigo Muñoz por acompañarme en un camino desconocido para él, además de tolerar metas que están al servicio más personal que familiar. La mirada sencilla de las cosas que él me muestra, facilitó mis momentos de profundidad y frustración, ese cobijo que me transmitió tranquilidad y por persistir soñando más allá de la tesis con amor en su mirada.

A Felipe Santis, por dar vida a las ilustraciones y palpar el fondo creativo de la idea con la sencillez justa.

A mi familia, por estimular la confianza en mi y entender los tiempos. Son la fuente de lo que puedo pensar, soñar y buscar. Agradecida del anonimato en su compañía y fidelidad incansable.

*...Las manos de mi madre
llegan al patio desde temprano,
todo se vuelve fiesta
cuando ellas vuelan junto a otros pájaros...*

*Junto a los pájaros que aman la vida,
y la construyen con el trabajo,
arde la leña, harina y barro,
lo cotidiano se vuelve mágico,
se vuelve mágico.*

Canción: como pájaros en el aire. Jorge Rojas

ÍNDICE

I.	Introducción.....	1
II.	Formulación del Problema.....	3
III.	Relevancia de la Problemática.....	9
IV.	Marco Metodológico.....	13
	4.1 Objetivo General.....	15
	4.2 Objetivos específicos.....	15
V.	Estado del Arte.....	16
	5.1. Antecedentes significativos alrededor de la metáfora y su emergencia	16
	5.1.1. Metáfora en tanto presencia. Metáfora y Mitos.....	20
	5.1.2. Metáfora en tanto representación. Metáfora y logos	23
	5.1.3. La metáfora como acontecimiento.....	32
	5.1.4. Genealogía de la metáfora en su cualidad terapéutica.....	34
	5.1.4.1. La metáfora como Alegoría.....	35
	5.1.4.2. La metáfora como Parábola.....	40
	5.1.4.3. La metáfora como tekhné.....	43
	5.2. Psicoterapia Sistémica relacional y metáfora	52
	5.2.1. Inicios de la psicoterapia sistémica relacional y el rol de la metáfora	54
	5.2.2. Giro narrativo y metáfora	62
	5.2.3. Psicoterapia crítico poética: Micropolítica, metáfora y ética	67
VI.	La metáfora como textura en la clínica de la singularidad	73

6.1. La clínica como artesanía. Una experiencia artística.....	75
6.1.1. Hacia el desocultar la singularidad múltiple.....	75
6.1.2. El recurso artístico. El juego de la imaginación y creatividad que conmueve	80
6.2. Dimensión ontológica. El sentido como horizonte clínico	85
6.3. Relación terapéutica. La confianza, compromiso y reconocimiento como actitud clínica	92
6.4. Ética y política del acontecimiento. La metáfora como un movimiento emancipatorio	97
VII. Conclusiones	104
VIII. Bibliografía	118

I. INTRODUCCIÓN

*“En un sentido, todo era absurdo,
pero menos que lo que la mayoría de nosotros hacemos hoy día,
porque el mundo natural que nos rodea
tiene realmente esta estructura sistémica general, y por consiguiente
es una fuente apropiada de metáforas
para permitir al hombre comprenderse
y comprender su organización social”.*
(Bateson, 1976, p.328)

Tal como Bateson recuerda, la necesidad de comprensión de sí mismo y búsqueda de conocimiento del ser humano, es tan antigua como la existencia, lo cual ha generado el interés de diferentes disciplinas. El cuestionamiento de sí ha fundamentado la emergencia de metáforas que vienen a generar un camino relacional entre la exploración del sujeto y su experiencia.

Preguntarse por la metáfora invita a un terreno de lo obvio, como si la pregunta perdiera fundamento por visitar una temática que parece ya resuelta, donde su definición es relegada a funciones de oratoria y persuasión. Sin embargo, revisitar su cuestionamiento, abre nuevos caminos comprensivos más allá de la visión representacional, lo que ilumina una dimensión relacional posible de lo cotidiano que vehiculiza la metáfora

La psicoterapia no está exenta de la manifestación de la metáfora, que toma el signo para su emergencia dispuesta al diálogo, lo que requiere de un compromiso deconstructivo en su encuentro para situar una estética del encuentro que, al parecer, no se reduce a la comparación con aires de poesía.

Tanto en la época mítica como el reinado del logos, la metáfora se ha mantenido como una vía de comprensión del sujeto en el mundo. Una de las razones de esto, es su recurso sensible repartido democráticamente incluso en etapas preconceptuales, en las imágenes y relaciones que cobija.

Por ende, la clínica como escenario dispuesto a la reflexión del sujeto, suele estar habitada por la metáfora y sometida a la tarea hermenéutica propia de la hegemonía del

signo en la psicoterapia. Sin embargo, la cualidad terapéutica de la metáfora podría traer consigo una posibilidad de acontecimiento, con textura sensual de la experiencia y el extravío de sí que actualmente queda al margen del quehacer clínico.

Múltiples enfoques psicoterapéuticos concuerdan con la tecnología de la metáfora asociada a la calificación de significados, sin embargo, la metáfora como acontecimiento podría requerir de un abordaje acorde a la sensibilidad que se presencia por sobre el dominio logocéntrico.

En la clínica sistémica relacional, la metáfora como representación ha resaltado por protagonizar el lenguaje de tradiciones tan significativas como el enfoque estratégico, el cual genera un estilo comunicacional basado en la metáfora como forma de sugestión y estética de la clínica provocadora de cambio. Posteriormente, en la perspectiva post estructuralista, se entregan cimientos significativos para cuestionar la suficiencia del lenguaje como el territorio suficiente para dar cuenta del sujeto y su experiencia, especialmente ante cuestiones asociadas a experiencias complejas, de transformación y textura sensible que fragiliza la existencia en tanto pérdida del sentido de la misma. En estos momentos, la metáfora como mera presencia se configura como la única vía de relación con una dimensión indecible que escapa al dominio de la razón. Ante esto, Pakman (2010), ya ha propuesto elementos suficientes para pensar una psicoterapia sistémica crítica de discursos hegemónicos alrededor del lenguaje objeto, desde donde la presente propuesta de investigación podría encontrar plausibilidad.

Por lo anterior, resulta de interés y atingencia identificar el lugar de la metáfora como acontecimiento en la clínica sistémica relacional y así proponer condiciones de posibilidad para una clínica de la singularidad y su emergencia en la metáfora como textura.

II. FORMULACION DEL PROBLEMA

En el desarrollo de la psicología clínica como disciplina, el lenguaje ha ocupado un lugar fundamental, desde una comprensión del ser humano hasta una perspectiva ontológica de éste. El lenguaje, sus formas, tonos, figuras, conceptos y significados, toma centralidad en la interacción comunicativa del ejercicio psicoterapéutico, no solo como dinámica en ejercicio sino que también desde la lógica comprensiva de lo que allí ocurre. A pesar de lo anterior, se utiliza la palabra para hacer mención de la experiencia humana, aunque ésta no se agota en la palabra (Pakman, 2011). La metáfora toma protagonismo como acontecimiento cotidiano que se encuentra al servicio de la comprensión y experiencia humana con amplios rendimientos en la psicoterapia clínica.

La filosofía y su objeto de estudio se entrelaza con el quehacer de la psicología, lo que propicia la integración de conocimientos referidos al sujeto y su existencia aplicados a los acontecimientos que se despliegan en el dispositivo psicoterapéutico. La pregunta por el acontecimiento, ha sido estudiada por filósofos como Deleuze y Badiou, intentando resolver la tensión sobre la continuidad representable o discontinuidad irrepresentable del ser, el cual se mantiene vinculado a la verdad la cual debe resolver una segunda tensión asociada a ella como intrínseca de los enunciados o más bien como interrupción o discontinuidad (Badiou, 2003; Grosiman, 2014; Camargo, 2010).

En la presente investigación se considerarán los postulados de Badiou (2002), quien plantea que el ser acontece como discontinuidad irrepresentable, ya que es irreductible a la lógica de la representación. Por ende, el acontecimiento es insistencia en tanto interrupción que puede ser nombrada ante el vacío del sentido o ante la falta, por lo que alberga una posibilidad que anteriormente era invisible o, incluso, impensada.

Se considerará la definición planteada por Badiou por acontecimiento, como prisma de análisis de la metáfora en el contexto psicoterapéutico del enfoque sistémico relacional, para eso, se profundizará respecto a la metáfora y sus concepciones, que done sentido al acontecimiento que habita en el encuentro psicoterapéutico.

El término metáfora proviene del griego compuesta por dos conceptos: *meta* (más allá o fuera) y *phora* que deriva de *pherein* (trasladar o transportar), de este modo su significado suele referirse a trasladar el sentido de una cosa a partir de otra (Carreón, 2014). La metáfora aparece en el uso cotidiano de nuestra comunicación y se encuentra fuertemente influenciado por las experiencias histórico-culturales. Esto trae consigo un capital simbólico que favorece su comprensión y apariencia de forma genuina e incluso sin requerir de traducción. Si bien la metáfora es reconocida como cotidiana, muchas veces se ha mantenido en la esfera invisible, por su obviedad, y ha sido entendida como desprovista de complejidades y con una función exclusivamente poética o retórica del lenguaje.

La metáfora aparece como foco de análisis de diferentes corrientes y ciencias del ser humano, como por ejemplo en: filosofía, literatura y psicología. Desde la lingüística cognitiva, Lakoff y Johnson, plantean su teoría de la metáfora, quienes refutan concebirla como un rasgo del lenguaje poético o meramente de palabras distanciadas del pensamiento y la acción. Plantean que la metáfora impregna la vida cotidiana, por lo que Lakoff y Johnson (1995) declaran: “...para nosotros es claro que el poder de la metáfora es crear realidad y no representarla” (p.187). Ellos afirman que la metáfora no necesariamente funciona solo como una estrategia lingüística para representar un significado, sino que también como *la* forma de habitar la experiencia. Por lo anterior, hay dimensiones de la experiencia humana que resultan metafóricas en el sentido estricto, siendo ésta la única vía posible para su expresión (Carreón, 2014; Longa y López, 2011).

En la filosofía existe un amplio estudio de la metáfora, pero no hay acuerdo en su relevancia y funcionamiento respecto a las problemáticas filosóficas, pasando del exceso de importancia de la metáfora hacia incluso calificarla como un lenguaje poco serio para aludir a los temas de la filosofía. Aristóteles presenta dos funciones posibles de la metáfora; la retórica que tiene como fin la persuasión -engatusar al oyente- y la función poética que trae consigo el drama (Aristóteles, 2001; Santibáñez, 2009).

En lo que respecta a la psicología como disciplina, Freud (1933) aparece como un pionero en la consideración de la metáfora en terapia psicoanalítica, al referirse al inconsciente como “la única forma de acercarse a ese innombrable es a través de

metáforas” (p.68). En el psicoanálisis persiste la demanda interpretativa de los contenidos del inconsciente que pueden aparecer por medio de metáforas para luego ser interpretadas a la luz de la teoría fundacional del psicoanálisis.

En la psicoterapia estratégica, bajo la cibernética de primer orden, se estudió con gran admiración el trabajo de Milton Erickson, quien utilizaba la metáfora como técnica sugestiva para inducir estados de trance hipnótico y generar confusión, disminuir la resistencia y dar origen a la adherencia del consultante a las instrucciones entregadas por el terapeuta (Pacheco, 1993). La metáfora fue el foco de atención y desarrollo de conocimientos, como un recurso técnico dispuesto para la intervención y uso experto del terapeuta.

En la perspectiva cognitiva moderna la metáfora resulta ser una estrategia de persuasión e influencia para modificar estilos de pensamientos que residen en el paciente ante el problema que le aqueja y usan las metáforas para integrar nuevos mensajes con menor nivel de resistencia defensiva del paciente.

Tanto en el enfoque psicoanalítico como en el estratégico y cognitivo, la metáfora permite transportar significado respecto a aquello que se representa, tecnicizándola hacia la consolidación del poder del terapeuta respecto a su interpretación y dotación de significado. La metáfora ha sido conceptualizada desde el marco de la representación, siendo una forma lingüística de la retórica o poética discursiva. Para todos los enfoques descritos, el funcionamiento de la palabra es concebida como signo que agota la experiencia, por lo que la lógica es el camino para la posibilidad de su expresión, esto obstruye al observador de reconocer otras dimensiones de la experiencia humana con materialidad sensible, en la cual la metáfora aparece con espontaneidad (Bateson, 1976).

A pesar de lo anterior, la literatura científica moderna en psicoterapia sobre el uso de la metáfora analiza las formas *correctas* de usar las metáforas de los clientes y sugieren que los terapeutas deben “entregarle metáforas” a sus clientes (Combs & Freedman, 1990). Una de las propuestas que ha logrado una popular atención es la terapia directiva de Richard Koop (1995), quien propone una “Terapia de la Metáfora”. Emergen,

paralelamente a los enfoques directivos, otros enfoques que posiciona al consultante en una participación activa y la posición del psicólogo se aleja del tradicional experto. Uno de estos enfoques es el enfoque sistémico en su vertiente narrativa con la participación de Michael White y sus postulados contranormativos respecto al fin del espacio terapéutico (White, 2004).

En los enfoques psicológicos que conciben la tecnificación de la metáfora se observa el fin persuasivo en su uso, o para definir al otro respecto a su estructura inconsciente al servicio del terapeuta en tanto poder experto y de la interpretación en tanto verdad situada al proceso psicoterapéutico.

Considerando estos enfoques psicoterapéuticos, la metáfora como evento que ocurre en la psicoterapia, suele estar relacionada al uso de ésta por el terapeuta más que como emergencia del consultante. Los enfoques anteriores, se centran en la interpretación o traducción de la metáfora como una figura del lenguaje que ornamenta el discurso, bajo una relación terapéutica en la que, independiente quien utilice la metáfora, el terapeuta es el experto en sus significaciones.

Wittgenstein presenta su filosofía centrada en el lenguaje y los juegos donde se construye el significado y construye realidad, además de su relación intrínseca con el pensamiento lógico (Reguera, 2009; Wittgenstein 1999). Este auge de la filosofía del lenguaje, sus significados, estructura y usos, fundamenta la comprensión que el conocimiento del mundo se estructura en el lenguaje (Conesa y Nubiola, 2002).

Por otro lado, Rorty, recalca el interés del giro lingüístico por desechar el deseo de objetividad o realismo y reemplazarlo por la concepción de aquello que se consensua en el lenguaje como tal, siendo suficiente el nombrar las cosas sin exigir que éste nombrar se refiera a cómo las cosas son (García, 2008). Lo anterior evoluciona e impregna las ciencias de lo humano bajo la metáfora del sujeto como texto y constituye entonces la singular hermenéutica desarrollada para este tiempo, en búsqueda de la emancipación de relatos subyugadores con una tarea hermenéutica (Zamorano, Morales y Besoain, 2013; White, 2004).

La metáfora del sujeto como texto, ha focalizado la intervención terapéutica hacia una comprensión interpretativa con pretensiones de dotar de nuevos significados el relato que acontece en la terapia. Centrar la terapia en la narrativa, inevitablemente converge con la era de la hegemonía del signo, entendiendo la hegemonía como “el uso de métodos ideológicos, culturales, políticos y económicos para generar consenso y, si es necesario, coerción” (Pakman, 2010, p.140). De esta forma, la psicoterapia podría estar limitándose a ser una tecnología con un ejercicio interpretativo de lectura de significados, restringiendo la posibilidad de cobertura a experiencias que escapen a este registro.

Desde una perspectiva crítica al desarrollo de la psicoterapia aparece la propuesta de Pakman de una psicoterapia sistémica crítico poética, que considera la amplitud de registros propios de la experiencia humana en conexión con la pregunta por el sentido. De esta forma, es menester preguntarse por las condiciones que la psicoterapia sistémica relacional entrega para el reconocimiento de acontecimientos vinculados a una dimensión indecible o irrepresentable en tanto signo-significante-significado. La metáfora en su cualidad transportadora, cotidiana y exclusiva en algunas experiencias, puede estar al servicio de un registro que se toma de la palabra para dar cuenta de una dimensión de la experiencia que escapa al significado dotada de una materialidad sensible (Pakman, 2011).

El terapeuta participa como otra voz dispuesta al diálogo, cuidando no definir la experiencia del otro para no reproducir la tiranía del significado (Bertrando, 2011). De esta forma, si se comprende la metáfora como un artilugio lingüístico estético de parte del terapeuta en pro de la persuasión, se pierden otras posibilidades que la metáfora entrega para el proceso de dotación de sentido, restringiendo la experiencia a la literalidad. Por lo tanto, la metáfora podría traer al espacio terapéutico un acontecimiento, entendido como Badiou, por ende, vinculado a la experiencia del sentido faltante, que acontece metafóricamente hacia una demanda de afirmación de la experiencia discontinua del sentido. Si lo anterior se integra en el dispositivo psicoterapéutico, elementos como la imaginación, creatividad y poética encarnada, serían los dominios en los que la clínica lograría una productividad clínica acorde a la textura sensible (Pakman; 2011).

Tal como refiere Pakman (2010), la metáfora, considerándola como una lógica mal construida –desde la perspectiva de la lógica tradicional- aparece como un visitante inesperado que da testimonio del acontecer poético. Para que la presencia de la metáfora sea reconocida como un acontecimiento en tanto presencia, es menester comprender los registros de la experiencia humana como un aspecto que no se agota en el discurso, sino que está *siendo* vívida, incluso en el espacio psicoterapéutico.

Por lo tanto, si se reconoce la metáfora en su doble función, tanto representación como presencia, su emergencia espontánea, imaginativa, fuera de lógica y múltiples productividades, cabe la pregunta ¿Cuál es el lugar de la metáfora, en cuanto acontecimiento, en la psicoterapia sistémica relacional?

III. RELEVANCIA DE LA PROBLEMÁTICA

P: Se me desarmó todo en un segundo...
quedé así desintegrada, me hice polvo.

T: ¿Te refieres a que cambiaste?.

P: No!, se siente diferente a eso,
pucha no sé cómo explicártelo!, pero sí cambio todo...

Considero relevante estudiar la metáfora como acontecimiento en el espacio psicoterapéutico, para problematizar aspectos que suelen estar como “datos” en la interacción dialógica que tiene lugar en la clínica psicoterapéutica. Re-pensar eventos que se despliegan en el diálogo psicoterapéutico con posibilidades de insertar novedad a lo cotidiano, trae consigo elementos no solo comprensivos sino que nuevas alternativas de reconocimiento hacia la experiencia humana y ampliar las posibilidad de transformación.

Si se consideran las premisas asociadas a la experiencia de sentido que superan la pretensiones de dominio de la palabra, en tanto representación, sería interesante analizar los caminos posibles para abarcar aquello que escapa a la hegemonía del signo como forma de dialogar en terapia respecto a aquello que acontece como significativo para la relación terapéutica y propiciar una comprensión de una dimensión con materialidad sensible que se asoma en eventos -como la metáfora-.

La metáfora ha sido comprendida como una ornamentación del discurso, transmitiendo el significado que se vehiculiza con una estética poética o retórica. Por su cualidad estética, de oratoria y uso común, la metáfora ha sido estudiada por la lingüística, Historia o la Filosofía, principalmente; además ha sido relegada a una figura del lenguaje poco serio, informal y con propiedades que propician más la confusión que comprensión. Sin embargo, si la metáfora fuese solo una ornamentación de la narración en tanto forma del lenguaje, ésta podría ser desprendida del discurso bajo la voluntad del enunciante.

Al parecer desprenderse de la metáfora no resulta posible, lo que requiere reconocer su cualidad y conexión con la experiencia, porque al parecer hay experiencias que solo podrían ser referidas en el lenguaje de forma metafórica, gracias a su cualidad de referirse a

esa experiencia sin requerimiento de traducción. La metáfora por sí sola contiene un sentido comprensible pero no necesariamente interpretable para los interlocutores. Considerando lo anterior, la metáfora podría considerarse como una forma que toma el habitar de la experiencia cotidiana que no se agota en el enunciado.

P: Desde que mi Javy murió, me siento como un zombie, eso soy!

T: (guarda silencio y recibe la mirada)

P: Es difícil vivir, respirar...pero para qué vive un zombie?,

Es lo peor, no entender ni sentir nada.

La psicoterapia es un espacio de interacción con una forma especial de dialogar, que da apertura a un encuentro en que acontecen diferentes reflexiones sobre sí mismo u otras relaciones. La pregunta por el sentido o sin sentido de la experiencia, suele resultar de una etapa especialmente dispuesta al cuestionamiento de aquello que es interrumpido en tanto continuidad de sí mismo. Abarcar la inquietud de sí mismo manifestada en el dispositivo terapéutico desde una lógica hermenéutica, restringe el registro de la singularidad a los códigos de la hegemonía del signo.

La presente investigación tiene una relevancia teórica, por constituirse en una posibilidad de re-flexionar críticamente y considerar nuevas posibilidades de aparición de la dimensión de sentido en el espacio terapéutico que podrían acontecer en la metáfora comprendida como emergencia más que sustancia. Se esperaría que esta apertura, tenga consigo rendimientos en la teoría y práctica de la psicoterapia sistémica relacional, sobre una dimensión innegable de la experiencia que dota de una clínica encarnada, vívida, singular por sobre demandas logocéntricas.

Además se propone un análisis crítico, con rendimientos novedosos respecto a las premisas y conceptos dominantes de la psicoterapia sistémica relacional con pretensiones de encuentro hacia el reconocimiento de la experiencia de sentido en sus múltiples apariciones, y así facilitar la generación de condiciones que posibiliten la relación con la metáfora como acceso a la dimensión de sentido de la experiencia, sin traicionar su requerimiento de mantenerse en este registro ténue. Junto a esto, aportar condiciones de posibilidad requeridos en la relación psicoterapéutica que se encuentra en un territorio

estético alrededor de la pregunta por el sentido. Siguiendo lo anterior, la metáfora se podría considerar como un recurso dispuesto al diálogo sensible, no meramente hermenéutico, que invita al otro hacia una perspectiva contemplativa, de-constructiva y del ámbito de sentido que excede al significado (Pakman, 2011).

Como un producto teórico, emerge el desafío educativo del terapeuta y ya no en la dimensión legible dominada por el significado, sino que le invita hacia un territorio de la experiencia sensual, estética y creativa del espacio terapéutico, que suele estar fuera de la experticia disciplinaria, por lo que demanda una inquietud por otros registros de estar puesto en el dispositivo terapéutico.

P.: Soy un soldado dispuesto a pelear lo mío,

Desde chico que he tenido que proteger mi territorio.

T.: Me preguntaba, ¿Qué será de un soldado sin una guerra que luchar?

En el ámbito práctico, una comprensión de la presencia de la metáfora en psicoterapia como acontecimiento, permite reconocer formas de estar en la relación terapéutica posibilitadoras de la construcción de sentido. La metáfora, por ser un recurso naturalmente repartido desde la inauguración de la interacción social, permite reconocerle a quienes participan de la relación terapéutica los recursos para abordar el conocimiento e inquietud de sí mismo.

Por un lado, la metáfora entendida como presencia, restituye el rol experto y activo que el cliente tiene en la comprensión de su propia experiencia, por lo que el encuentro con la metáfora en terapia, podría favorecer la identificación de un aspecto sensible respecto a su propio proceso de construcción de sentido. Por otro lado, demanda al psicoterapeuta, hacia una formación experta ya no en teorías, sino en su propia materialidad sensible en interacción con la búsqueda de sentido y sus múltiples registros.

Para el terapeuta, un ejercicio en esta dimensión, tiene consigo rendimientos significativamente importantes para una clínica sistémica relacional encarnada, crítica, de lo singular, con un desplante ético-político del encuentro psicoterapéutico, donde los participantes podrían estar navegando en un mismo espacio misterioso, tenue e incluso

confuso o poco claro, por la cualidad indeterminada del sentido –de “estar siendo”-, por ende se configura como un aspecto indeterminado, más que una determinación concluyente.

La presente investigación alcanza una relevancia social, en base a una comprensión del otro como sujeto o legítimo otro, que se encuentra en una posición de privilegio y con participación activa en la construcción de sentido, lo que propicia que el dispositivo terapéutico pueda presentarse como una crítica a discursos dominantes y normalizadores, ante la pregunta por el trasfondo. Para lo anterior, al considerar la metáfora cuando acontece como un evento poético, podría desplegar un encuentro psicoterapéutico de materialidad sensible, que posibilita y amplía los caminos de transformación. Lo anterior, implica dotar de posibilidades y reconocer los recursos simbólicos que como comunidad tienen disponibles para su singularidad y la búsqueda de sentido propia de la existencia. Reconocer en la metáfora un recurso sensible disponible, permite generar un escenario social de interacción emancipado de la segregación de “saberes” que pueden estar al servicio de las instituciones o régimen social, por sobre el proceso de búsqueda del sujeto.

IV. MARCO METODOLOGICO

El marco metodológico desde donde se investiga, inevitablemente guía e incluso delimita las distinciones posibles de realizar como significativas para la investigación. Con esto, quisiera reconocer que abarcar la metáfora desde la perspectiva epistemológica hermenéutica, pretende posibilitar la presencia de este objeto de estudio (y de la investigadora), desde un análisis comprensivo que acoge la multiplicidad de interpretaciones y una perspectiva polisémica de los textos analizados, que refieren a la temática abordada.

La posición de la hermenéutica en la investigación, puede ser confirmada por el Principio de Papert, descrito por Samaja (2004), el cual describe: “algunos de los avances más cruciales en el desarrollo mental, se basan no en la simple adquisición de nuevas destrezas, sino en la adquisición de nuevas formas administrativas de utilizar lo que uno ya sabe” (p.391). Lo anterior, es utilizado por Samaja, para fundamentar la relevancia del análisis de diferentes documentos e interpretarlas a la luz de las guías de orientación de cada investigación, sin pretensiones de planteamientos unísonos, sino más bien, de la consideración polisémica de las ideas en tanto texto, más todavía cuando se establece una relación específica con el sujeto interprete con su interés de investigación.

La perspectiva hermenéutica permite reconocer el activo rol de quien interpreta los textos, renunciar a las pretensiones de verdad, pero sin dejar de reconocer mayor o menor pertinencia de ciertos textos para los objetivos de la investigación que son, arbitrariamente, seleccionados por la investigadora. Transparentar lo anterior, tiene el riesgo que la investigación sea juzgada como de baja validez, pero la perspectiva hermenéutica permite precisamente, no pretender hacia la validez representacional propia de la mirada positivista. Lo anterior, no significa que la presente investigación carezca de seriedad, ya que se reconoce en la relectura de los textos, la emergencia de interpretaciones (polisemia), dotando de rendimientos –ojalá nuevos– a los textos que fundamentan el análisis de la presente tesis (Valles, 1997).

El método a través del cual se realiza el acercamiento a la temática en relación, es del tipo documental, bajo el carácter exploratorio. El método documental, se refiere a la utilización de diferentes fuentes, en la actual se utilizaron: libros, ensayos, papers, conferencias (audiovisuales), publicaciones científicas tanto de la Psicología, bajo el ejercicio psicoterapéutico (historia de la psicoterapia en general a la luz de la metáfora, análisis de la psicoterapia sistémica de segundo orden en la vertiente post-estructuralista), junto con la Filosofía (pensamiento griego, logos, metáfora en el discurso filosófico, retórica y poética) y lingüística (análisis del discurso, analogías, metáfora, vertiente cognitiva), siendo el paraguas disciplinar de mayor influencia en la selección de los documentos.

Siguiendo a Montemayor, García y Garza (2002), la revisión documental se realiza a partir de un análisis crítico con fines argumentativos, que responden a las orientaciones centrales de la presente investigación, para configurar el fundamento teórico necesario en torno a la metáfora como acontecimiento en la psicoterapia sistémica relacional.

Para desarrollar el análisis de documentos, se organizó el proceso de la siguiente manera: primeramente se realizó un rastreo y búsqueda de bibliografía general, referida a la temática de la metáfora en general y su aplicación a la psicoterapia en particular. Este primer acercamiento se realizó a través de diferentes documentos, tantos de fuentes primarias como secundarias respecto a la temática, además de material de video referido a conferencias aludidas a la temática en estudio. Lo anterior, permitió clasificar los documentos relevantes, accesorios y sin mayor participación para los fines de la presente investigación.

En segundo lugar, se analizan los contenidos de cada texto y video, considerando sus planteamientos principales y fundamentos significativos para los objetivos de la presente investigación. Con lo anterior, se organizan las temáticas y sus relaciones para desarrollar un guión de argumentación o estructura de temáticas principales organizadoras.

En tercer y último lugar, se desarrolla un ejercicio de vinculación de las diferentes temáticas significativas abarcadas, además de las perspectivas a la base. Bajo el alero de los

objetivos de la investigación, se busca finalmente relacionar los textos y videos analizados para proporcionar una integración y construir planteamientos posibles para considerar la metáfora en tanto acontecimiento en el ejercicio de la psicoterapia sistémica relacional.

En síntesis, se logrará establecer un análisis deconstructivo de la información, para examinar el lugar de la metáfora, en tanto acontecimiento, en la perspectiva sistémica relacional. Lo anterior, se realizará en base al rastreo comprensivo crítico de la metáfora y sus características en su cualidad clínica en el contexto psicoterapéutico.

4.1 Objetivo General:

Examinar el lugar de la metáfora, en cuanto acontecimiento, en la perspectiva de la psicoterapia sistémica relacional.

4.2 Objetivos Específicos:

Conocer las distinciones respecto de la metáfora, en tanto presencia o representación, bajo el ejercicio clínico psicoterapéutico y sus condiciones para la emergencia.

Identificar las relaciones de la metáfora con las perspectivas sistémicas modernas y post estructuralistas (enfoques desde escuela Milán, narrativas y perspectiva crítico poética).

Distinguir las consideraciones para reconocer el acontecimiento de la metáfora en el ejercicio de la psicoterapia sistémica relacional, al servicio de la singularidad y la construcción de sentido, más allá del signo.

V. ESTADO DEL ARTE

5.1 Antecedentes significativos alrededor de la metáfora y su emergencia.

“Te encuentro y la paz,
Más allá de tus palabras, te siento.
Esto de compartir, un respiro
En sincronía, nos convierte en poesía...”
Nicole Bunout, Canción Colibrí

Si se focaliza el interés en la metáfora, seguramente emergen recuerdos asociados al uso de cuentos, parábolas, alegorías, o experiencias más bien del ámbito poético y de ornamentación, donde esta estética del decir favorece la evocación de un recuerdo imaginativo. La facilidad para reconocer las metáforas, refiere a su dimensión ordinaria, común y comunicativa que impregna la vida cotidiana (Lakoff y Johnson, 1980).

Analizar la metáfora conlleva a posicionarla como objeto de novedad, a pesar de su característica de aparecer como cotidiana, lo cual puede posicionarla en el mundo de “lo dado”, por ende, de aquello que aparece como invisible en su fundamento, pero útil en lo cotidiano. Si una persona expresara que “carga con muchos secretos” o “la relación ha tenido un alto costo”, el interlocutor suele responder a estas frases *como si* entendiera el sentido de “carga”, y el de “costo” al que nombra quien lo expresa. Esto reconoce un espacio común de conocimiento cultural que converge en la metáfora a la hora de facilitar la comunicación, sin embargo, lo anterior omite dimensiones singulares que nacen con la metáfora, que se encuentra al servicio no solo de la comunicación con el otro, sino además del encuentro consigo mismo a partir de la experiencia.

La metáfora, comprendida como una figura del lenguaje, suele tener un espacio de reconocimiento en ciencias de la comunicación, en tanto el lenguaje se encuentra dominado por el algoritmo signo, significante y significado. De esta forma, la metáfora en tanto signo, se encuentra demandada a trasladar un significante que refiere a un significado de aquello de “representa”. Desde esta perspectiva tradicional y objetiva del lenguaje, la metáfora resulta como una estética del decir que está al servicio de la ornamentación del discurso,

con fines estéticos, poéticos, persuasivos, etc. Sin embargo, la metáfora también puede funcionar desde otra perspectiva no representacional, tomando el signo, pero burlando la ley del significante, convirtiéndose en un lenguaje ilógico pero legible.

Varios estudiosos de la metáfora encuentran acuerdo en considerar que muchas de las experiencias vitales del ser humano solo pueden ser relatadas y comprendidas a partir de metáforas (Lakoff y Johnson, 1980; Rovatti, 1990; Gadamer, 1997). Estas perspectivas reconocen que las metáforas no configuran un tema de meramente palabras, sino que se encuentran dotadas de posibilidades para una conexión comprensiva/expresiva de materialidad sensible y primaria de la experiencia humana.

Tanto en el lenguaje mítico como su paso al logos o dominio de la razón, reconocen en la metáfora una forma que toma la inquietud de conocimiento del ser humano, cargada por diferentes acepciones o intenciones para cada época y su cosmovisión dominante. En ambas concepciones, la metáfora es una respuesta a la relación del ser humano con su propio cuestionamiento sobre diferentes temáticas y búsqueda de expresión.

El término metáfora proviene del griego compuesto por dos conceptos: *meta* (más allá o fuera) y *phora* que deriva de *pherein* (trasladador o transportar), de este modo coinciden en considerar que la esencia de la metáfora es concebir una cosa (situaciones, experiencia u otro), en términos de otra, teniendo como función primaria la búsqueda de comprensión (Carreón, 2014; Lakoff y Johnson, 1980). Esta definición que puede resultar simple, tiene consigo elementos significativos para la comprensión. Primeramente, que la existencia de la metáfora considera la relación de dos aspectos, uno primario de la experiencia y otro secundario que corresponde al signo (metafórico) que utiliza.

Generalmente, desde las diferentes disciplinas que han estudiado la metáfora, el foco de interés se ha centrado en la comprensión de su estructura o funcionamiento, además de conseguir “el” significado representado de cada expresión metafórica. Por ende, el espacio relacional que existe en el nacimiento de la metáfora y la experiencia, suele estar referido a una dimensión de poco interés de análisis, comprendida como un deslizamiento de un término hacia otro más familiar. Esto es coherente con la ontología que acompaña la

visión representacionista del lenguaje (y el sujeto en su emergencia), con pretensiones de objetividad, globalidad, veracidad, en la expresión del lenguaje y sus usos, más que de aquello que la metáfora “toca” con su aparecer, en tanto nacimiento como resto (Longa y López, 2011).

La relación de estos dos aspectos permite configurar un “entre” que se revela al gobierno de las leyes propias del lenguaje-objeto, por lo que suele conceptualizarse como un lugar indeterminado o indefinido, por considerarse como una comprensión oblicua de la experiencia con características de posibilidad de apertura como pasaje para nuevos deslizamientos (Rovatti, 1990).

El filósofo franco-marroquí Alain Badiou, estudia el ser y su acontecimiento a partir de la teoría de los conjuntos matemáticos, donde plantea postulados para pensar en una posibilidad de la interrupción de la repetición y con eso apertura hacia lo nuevo, hacia la emancipación que entrega condiciones para la creación y el movimiento del ser (Badiou, 2003). Badiou declara: “una parte de mi esfuerzo filosófico es aceptar simultáneamente la condición matemática y la condición poética, por consiguiente no definir la filosofía a partir de la elección de una de las condiciones” (Uzín , 2008, p.10).

Los fundamentos matemáticos permiten que postule el ser en términos formales y lógicos, sin embargo, esto da pie para abarcar lo singular del ser, el cual escapa a la formalidad y a la repetición, por su relación con el resto o el vacío.

En su libro *El ser y el acontecimiento* (2003), Badiou plantea el teorema del punto de exceso como una formulación para la emergencia del sujeto, constituido por la diada presentación/representación, en tanto aquello puramente presentado configura la singularidad y se enfrenta al vacío, en cambio lo puramente representado corresponde a la excrecencia o aquello que está en exceso mientras que la normalidad corresponde lo presentado y representado a la vez, luego, se presenta como acontecimiento por pertenecer a una situación conectada históricamente (Badiou, 2003; Uzín, 2008; Sánchez, 2008). Si se

aplica la distinción de Badiou¹ a la metáfora como acontecimiento, podrían analizarse aspectos propios de la metáfora en tanto presencia por un lado, y la metáfora como representación, por otro.

El teorema del punto de exceso, permite considerar un marco comprensivo y organizador de la metáfora para el presente análisis, y así reconocer primeramente más de una forma de acontecer en la vida cotidiana –incluyendo el dispositivo terapéutico-. El acontecimiento para Badiou, dice relación necesariamente con el ser sujeto, donde su emergencia se encuentra en relación no solo con lo presentado, sino con el resto del que se resta, o hace diferencia, para nacer a la presencia, lo cual responde a fines, situaciones, formas y relaciones diferentes. Lo anterior, permite analizar condiciones de posibilidad para la emergencia de la metáfora en tanto presencia o representación, el cual está ligado a un contexto relacional, pero también ontológico del sujeto que emerge en esa relación.

En la presente investigación se considerarán los postulados de Badiou (2002), quien plantea que el ser acontece como discontinuidad irrepresentable, ya que es irreductible a la lógica de la representación. Por ende, el acontecimiento es insistencia en tanto interrupción que puede ser nombrada ante el vacío del sentido o ante la falta. El autor plantea: “el suceso, la ocurrencia, el suplemento puro, el incalculable y desconcertante añadido, yo lo nombro acontecimiento”, (p.180) de carácter inmanente como un rayo de luz, con carácter de verdad, entendida como un *venir a* y no lo que está *dado por*. Esto es lo que permite identificarlo por experiencia de novedad o extrañeza al momento de acontecer, superando la propia legibilidad del sujeto, el acontecimiento para Badiou, es el presente múltiple que escapa a la ley del conteo (Groisman, 2014).

El acontecimiento comprendido como devenir de la verdad² del ser, para Badiou, es también del orden de lo innumerable, no puede ser dicha, ya que no puede ser representada

¹ Si bien Badiou, y su filosofía en los textos *El ser y el acontecimiento 1 y 2*, plantea los fundamentos para una filosofía del sujeto, subjetividad y verdad, es posible considerarla como un modelo para comprender aquello que acontece, por lo que la metáfora sería uno de los eventos que nacen al acontecimiento, vinculadas al sujeto.

² La verdad acá es entendida como certeza de la experiencia y no como cumplimiento objetivo de la representación (Dipaola y Lutereau, 2016).

debido a su proceso de “estar siendo” y no como un objeto que se esconde tras la palabra. Lo anterior no significa que no aparezca en la palabra, sino que más bien, se toma de ella pero en tanto lenguaje que excede la hegemonía del signo³, o sea, que burla las leyes del signo, significado y significante, principalmente porque es una manifestación de la lealtad al acontecimiento y no una decisión sujeta a discernimiento. El acontecimiento entonces, se despliega en un ámbito relacional –con el otro o consigo mismo-, por lo que el reconocimiento de éste permite hacer efectiva esa verdad en su afirmación como tal (Camargo, 2010).

5.1.1. Metáfora en tanto Presencia. Metáfora y Mitos.

Si se considera una genealogía de la metáfora, es necesario conocer su recorrido situado en la interacción humana dispuesta a la comprensión, bajo el marco socio-político en que se desarrolla. Se considera el análisis genealógico como propicio para los objetivos de la presente tesis, debido a que “no busca hacer aparecer la verdad de nuestro pasado, sino mostrar el pasado de nuestras verdades (Castro, 2008, p.207). Tal como enuncia Castro, (2008), la crítica a las formas de subjetivación es genealógica, por su vínculo con los dispositivos vinculados al poder-saber.

Inicialmente en Grecia, la generación de conocimiento y su transmisión estaba en el centro de la polis y su convivencia a partir de lo festivo, descentrado de la unidad o Sujeto, sino que en desarrollo de una colectividad participante, con expresiones de comunidad marcados por el canto, la música, discursos solemnes, desarrollos de mitologías. El encuentro y conocimiento de estas instancias comunitarias, tomaban la palabra para crear escenarios míticos, donde lo que importaba no era la creencia o definición de esto, sino el reconocimiento y la presentación conmemorativa de una certeza sobrecogedora (Gadamer, 1997).

³ Derrida (2013) llega a decir que “el significante es la muerte de la fiesta” (p.385), bajo concordancia con los planteamientos de Badiou sobre el acontecimiento y su escape del lenguaje en tanto representación.

La manera mística de comprender la existencia del sujeto en el mundo, permite observar la utilización del lenguaje al servicio de esta construcción y no viceversa, por ende, no se puede analizar la mística desde el lenguaje, sino al lenguaje desde la mística. La fuerza del mito, radica en ese no-decir, no visible o misterioso que aloja en el cuento que se narra. Desde esta perspectiva, la metáfora no es considerada como sustancia u objeto, sino que emerge en el relato del mito, en condiciones de convivencia que facilitan su acontecer y sincronía, constituyendo un universo común simbólico, creativo y sensual de la experiencia del conocimiento –de sí, del cosmos, espiritual, etc. (Páez, 2012).

La palabra griego *Mythos* quiere decir “origen” y mitología “narración”, resalta la dimensión oral del lenguaje, en el contexto griego se presentaba a modo de fábula con obras de poetas épicos, cantos líricos y trágicos que lo utilizaban en función de sus propias exigencias estéticas de belleza –comprendida como una relación y no como una cosa aislada. El mundo mítico es música y poesía al mismo tiempo, se narra, teatraliza y danza. El mito se canta y la propia comunidad canta y así se “en-canta”, por ende, se configura como un saber común a todos. En un sentido mucho más amplio, mítico, significa lo que guarda la verdad sustancia de la vida de una cultura (Gadamer, 1997; Morales, 2015).

La convivencia de la polis, centrada en el mito, implicaba la participación de todos los ciudadanos en la gestión de asuntos comunes; este saber de la Polis le permite pensarse a sí misma desde una dimensión política de Estado. En este aspecto, el mito encarna un cierto estado de lo común y repartición democrática de un saber dispuesto a todos quienes participan (Vernant, 1992).

El lenguaje mítico no pretende ser verdadero, de hecho este cuestionamiento no es relevante para la validez del mito en la cosmovisión griega, sin embargo, contienen una certeza sentida de forma comunitaria, “en la que nos encontramos como en casa y de los cuales apenas podemos separarnos” (Gadamer, 1997, p.107).

Siguiendo a Pániker (2000, p.17) “lo místico es el fundamento sin fundamento que todos presentimos”. Por ende, el tratamiento de aquello que se construía desde lo místico, no requería de instructores, o pedagogos de la misma, porque la experiencia de la vida

cotidiana y su forma de confluir comunitariamente, tenía una cierta conexión desde esos códigos, que se aprehendían en el experiencia colectiva de festín o de la tragedia griega.

El relato místico se conmemora en el rito, como gesto de transformación que consagra el espacio compartido dotado de simbolismo. Por ende, la metáfora en este tiempo, participa activamente como transporte de lo mítico facilitando la construcción simbólica descentrada (Costales, 2010).

En el ambiente místico, el ser humano no es visto en tanto unidad, no por negar su presencia, sino que considera un mundo más allá del sí mismo, donde la colectividad y su conexión con el universo, lo espiritual, los placeres, sus tragedias, la moralidad, lo divino, tienen consigo una apropiación de aquello que se presenta siempre vinculado a la experiencia.

La cosmovisión del mundo griego, tiene consigo formas de pensamiento divergentes a la primacía de la razón organizada centrada en el ser humano, de esta forma, la modernidad comenzó a llamar ficción a aquello que anteriormente se configuraba como un saber mítico común que permitía pensar al universo y las verdades de la vida con una estética corporizada en los rituales comunitarios. Este saber mítico no requería de traducción, ni pedagogía centrada en el conocimiento experto respecto a “aquello que se debe aprender”, sino que es un bien repartido de forma equitativa con un fuerte conexión de este saber, con la experiencia sensible, que se celebraba en el festin, la danza, el teatro, el canto, la poesía, entre otros.

La narración mitológica se centra en el reconocimiento y su presencia, es en esta presencia conmemorativa que emerge una certeza sincrónica sobrecogedora, por lo que la creencia, confirmación o fundamentos no resultan de relevancia (Gadamer, 1997; Fígares, 1990).

Al implementarse la especulación racional como el ejercicio válido que deja atrás el mundo mítico, con ello también restringe y niega las fuentes de experiencia comunitaria o sensibles a la base de una lógica diferentes a la dominada por el logos, restringiendo la experiencia al uso de conceptos válidos (Correa, 2005).

La virtud de la metáfora en tanto presencia para ésta época mítica, radica en su acontecimiento sensible respecto de la experiencia que no requiere de traducción, ya que se conforma de la esencia de la vida cotidiana vinculada a la pregunta por la existencia, lo divino, etc., que es legible entre seres humanos más allá de la dominancia del signo gracias a la sintonía emocional que reporta en la experiencia mítica, por lo que podría estar abarcando aquello que excede al significado, como si se pre-sintiera aquello que aparece en la metáfora comprendida en ésta época. Del mito no se puede dar razón, solo se despliega a la presencia en tanto ser y no como un concepto que requiere de fundamento que certificación de su existencia. Pániker (2000) al referirse al mito en tanto presencia manifiesta que “mantiene su vigor ambivalente... el ser es tanto luz como oscuridad, tanto esencia como enigma” (p.48).

Si se considera la metáfora en esta época, se puede concluir que dentro de sus principales virtudes, se recalca la posibilidad de desplegarse en tanto presencia, simbolismo, sin requerimiento de consistencia lógica, junto con funcionar descentrada –de la estructura Sujeto/Objeto-, además de propiciar la generación de un misterio en tanto llama a la inquietud de sí, con una materialidad sensible compartida por otros. Otra cualidad de la metáfora en el lenguaje mítico es que tiene consigo una experiencia estética que conlleva a un “encantamiento” o experiencia imaginativa y legible en una dimensión más allá de la lógica, que constituye un saber y, a la vez, se constituye como un misterio.

Costales (2010), llega a escribir que reducir a una significación local la metáfora de la época mítica, se podría configurar en una grave manipulación de su contenido simbólico, ya que lo reduce a un signo o convención, así como la traducción del mito en la época del logos se reduce a ideología.

5.1.2. Metáfora en tanto representación. Metáfora y Logos.

Trasladar el lenguaje mítico hacia el lenguaje racional, no fue una transformación inmediata, ya que emergen por cierta incompletitud de la especulación propia de la era mítica, hacia una búsqueda Socrática. En este marco lógico, el lenguaje se torna más

relevante en tanto objeto o medio, de esta forma se comienza a desarrollar una tensión en el uso de la metáfora para el pensamiento filosófico dominado por una concepción retórica y estética de ella, constituyendo así una problemática debido a la poca formalidad de su uso. Es el traspaso por la época del ser como despliega hacia el pensar y la acción de la razón (Pániker, 2000)

La declinación del pensamiento mítico y el inicio del pensamiento lógico con hombres como Tales, Anaximando y Anaxímenes, inauguran una nueva forma de pensar hacer de la naturaleza, realizando una *tehrôria* del origen del mundo, su ordenamiento, fenómenos metereológicos y variadas explicaciones desprovistas de la imaginaria dramática propia del mito para el inicio del fundamento abstracto conceptual a partir de leyes más naturales y comprobables que propias de la especulación. Lo anterior, trae la primacía de la razón por sobre el mito, dejando al mago para dar paso al filósofo, la polis para un ejercicio de la política organizada alrededor de la razón que se descubre ya no en la naturaleza sino en el lenguaje, por ende ya no en el mundo–cosmos, sino en el hombre (Vernant, 1992; 1993).

El logos, como reinado que deja atrás el pensamiento mitológico, se centraliza en el lenguaje como medio de expresión, relegándose al discurso poético por sus fines estéticos respecto a la transmisión de mensajes, tales como los diálogos de Platón. Mientras más formal y objetivo es el lenguaje como medio del logos, más se relega a la metáfora hacia “cosa de nombres”, considerándola una forma de referirse o adornar el discurso, pero como planteará Sócrates finalmente, entre el nombre y su referido consensuado, preferible el nombre que indica el objeto observado y el referido debiera ser relegado al lenguaje poético, ya que la metáfora no resulta precisa para el proceso de búsqueda de verdad (Correa, 2005).

Holzapfel (2014), al revisar la antropología del sujeto, entendida como la forma en que el sujeto mismo busca comprenderse a sí mismo y dar sentido a su existencia, identifica un árbol genealógico, donde el tronco es el *homo sacer*⁴, posteriormente el hombre se

⁴ *Homo sacer*, es para Holzapfel el hombre sagrado de la época mítica griega. Véase Holzapfel, 2014

reconoce como un animal racional, para pasar al *homo viator*⁵ que cae para la emergencia del ser humano como centro y dominio de sí y la naturaleza. Posteriormente, el ser humano se conoce como finito para dar paso a un rol activo, volitivo y el reconocimiento de un ser humano singular. Complementa a esto, el ser humano como proyección, como un ser frágil y finalmente el ser humano consciente. Esta evolución del ser humano, en tanto cartografía, denotan las fuentes de sentido y ser, y sus principales fuentes de comprensión de sí (Holzapfel, 2014)

Lo anterior, conlleva a un cambio antropológico, con el ser humano como centro, en búsqueda de autoafirmación, dando paso al hombre racional, el cual, posteriormente al cristianismo, se convierte en el nicho necesario para el desarrollo de la ciencia y la tecnología (Holzapfel, 2014).

En el traspaso del mito al logos, la metáfora queda subsumida en la imitación de las cosas y carente de contexto histórico, por esta razón Platón no consideró algún tipo de valor al lenguaje que, en la época de la razón y el conocimiento, le llamaba lenguaje poético, llegando a desear expulsar al poeta, sus emociones e inspiración ya que era un detractor en la búsqueda de la verdad. Esto concluye en un traspaso del mito que era una narración vívida, hacia la configuración de conceptos abstractos sin sustrato del “ser”, o bien como dice Pániker (2000) “las cosas vivas van siendo reemplazadas así por símbolos abstractos”(p. 63).

Aristóteles (como se citó en Vásquez, 2010), retoma en la *Poética* la problemática refiriendo: “la metáfora es referencia del nombre de una cosa a otra, del género a la especie, de la especie al género o desde una especie a otra especie, o según su analogía”(p.33)⁶. A Aristóteles le preocupaba el tema de la metáfora, por lo que dedicó muchos de sus estudios

⁵ Identificado como el hombre creyente, en la época judeo cristiana, donde el sentido y su ser se cobijan en la existencia de Dios.

⁶ Aristóteles llegará a referir que la metáfora es un cambio de nombres, donde se reemplaza la palabra que se dice con propiedad, considerando que éste sea comprensible para el auditorio, por lo que considera la capacidad comprensible del oyente respecto a la metáfora (Vásquez, 2010).

a ella, no por defender su uso, sino que procuraba establecer leyes y fundamentos que evitaran el oscurecimiento del discurso a través del uso de las metáforas (Vásquez, 2010).

Con lo anterior, la metáfora es una aplicación que enriquece aquello que ya posee un nombre “natural o esencial”, su cualidad es entregar imágenes por medio de su transferencia a aquello que refiere y contiene la posibilidad de favorecer la actividad racional y búsqueda del logos, pero también está sujeta a una evaluación de validez cognitiva según su uso, calificándola esta figura del lenguaje como inexacta.

La importancia de la especulación racional, domina al mundo en torno al significado y su claridad como representación del objeto que nombra, de esta forma, los términos debieran calificarse en base a lo más o menos exacto o verdadero del discurso. Mientras más cercana es la utilización de los conceptos respecto a lo que refiere, mejor es la comprensión de la realidad, por lo que la formalidad y objetividad de este uso, entrega seriedad a un proceso dominado por la hegemonía del signo en tanto comunicador de la experiencia humana en su totalidad. A pesar que Aristóteles plantea elementos conceptuales respecto a la metáfora y su funcionamiento abstracto, también reconoce que “la metáfora guarda enigma, que generalmente se configura como enigma para el interlocutor según la claridad de la semejanza elegida por quien la emite” (Vásquez, 2010, p.130).

Que la realidad puede ser re-presentada por el lenguaje es una comprensión propia de esta época, en que las figuras del lenguaje en tanto formas instrumentales, permiten referir el objeto nombrado, dando paso a la importante posición que toma el lenguaje y sus usos para la comprensión humana. La re-presentación, tiene consigo una coordinación racional y basada en el significado, que capitaliza al discurso y sus conceptos como centro de coordinación, saber y poder. En lo anterior, la metáfora retira su protagonismo hacia figuras propias del discurso poético, en tanto embellecimiento del decir y temas referidos a lo dramático, por ende, poco real. También es considerada como una figura literaria propia de la retórica, con fines persuasivos y que hablan de la habilidad del orador ante la instauración de un discurso comprensible, referido a imagen y estéticamente atractivo para el oyente que busca someterlo hacia una idea.

Al considerar la metáfora como un elemento de embellecer la elocuencia del orador, se destacan funciones de la metáfora en tanto posibilidad de externalizar los conceptos y movilizar un significado con fines de ornamentación. Lo anterior facilita la relación de apertura que se da en el receptor del mensaje, hacia aquello que desea ser presentado con una estética atractiva (Santibañez, 2009; González, 2014).

La metáfora como representación está demandada por su contraste como imposible de coexistir, luz/sombra, movimiento/quietud, por lo que responde a un continuo lógico, sin tener cabida a elementos que escapen a esta presencia, por lo que cuando una persona refiere “estar vacío”, resulta un imposible que demanda ser traducido en la literalidad o de intervenir desde lo conceptual. La traducción en su conversación con la metáfora, la convierte en “cosas de palabras o significados”, con fines de dominancia de aquello que se nombra, globalidad respecto al código comprensivo, y verdad sobre el significante. La traducción aplicada a la metáfora como regla, elimina su cualidad de acceso a lo sensible que aparece en una expresión sobre la experiencia de “estar siendo” referido de una forma específica. La traducción de la metáfora no permite mantener el registro de lo metafórico, sino que la transforma a la lógica de la hegemonía del signo, significante y significado.

En el aspecto representacional, han emergido líneas de estudio del rol persuasivo - en tanto retórica- y de embellecimiento –en tanto poética. Respectivamente la metáfora en tanto persuasión, es un medio de transmisión de significados que disminuye la resistencia a aquella idea que se desea situar en el interlocutor, por lo que la metáfora permite facilitar apertura del significado a la base, usando el atractivo propio de la metáfora en tanto externalización de la temática a la base y estética del decir. No es menor reconocer esta función persuasiva de la metáfora, ya que ha sido ampliamente utilizada en los discursos políticos y gran parte del estudio de la lingüística cognitiva, se ha aplicado a la comprensión de estas estructuras discursivas basadas en la metáfora ya sea de la guerra, poder, soberanía, etc. (Ferraris, 2012; Lakoff y Johnson, 2004).

Ricoeur (2001), ha planteado diferentes postulados alrededor de la metáfora y su cualidad retórico-poética, con una función hermenéutica basada en la ley de la similitud, que se evidencia en una naturaleza discursiva, por lo que supera el dominio de la palabra.

Ricoeur (2001), refiere que “no es posible referirse a la metáfora si no es metafóricamente” (p.25). Sigue los postulados de Aristóteles, por lo que resalta la leyes de la semántica, pero más aún las condiciones de relación referencial que favorecen la emergencia discursiva de la metáfora con la tarea hermenéutica del intérprete (Ricoeur, 2001; Gende, 2015).

Ricoeur reconoce la dimensión cognitiva de la metáfora en tanto construcción de significado, a pesar de resaltar en ella su funcionamiento relacional, caracterizando las metáforas vivas en la medida que provoca la necesidad de pensar la novedad y nuevas posibilidades que pueden ser conceptualizadas en la labor hermenéutica que contiene la metáfora, en su doble oficio, tanto retórico como poético (Gende, 2015; Ricoeur, 2001).

Tanto Lakoff y Johnson como Ricoeur, plantean una teoría de la metáfora que busca dotar de un nuevo estatus su función, estructura y desplazamiento, en tanto vínculo con la realidad que construye a nivel de conceptos. Por lo anterior, ambas teorías de la metáfora permiten reconocer sus cualidades de introducir novedad conceptual, bajo la lógica cognitiva de la construcción del discurso y, por ende, de la realidad. Además, manifiestan acuerdo en la apertura que entrega la metáfora a la comprensión de la experiencia por su posibilidad de esquivar las leyes de la realidad, en base a la ley de la similitud o del como si.

Respecto a su función poética, la metáfora ocupa un lugar central en el desarrollo de una poética que estéticamente invita a un mundo imaginativo y de sensibilidades al interlocutor. Se rescata su capacidad creativa y fusión con la imagen de aspectos sencillos, como una invitación a mirar con novedad aspectos de lo cotidiano que conllevan a un impacto emocional compartido. La función poética de la metáfora se conforma principalmente de la comparación e incluso hipérbole de aquello que refiere, por esto Aristóteles le reconocía como una invitación al drama de la vida, además de reconocerle un rol activo al hablante, además de provocar extrañeza, conformándose en un enigma débil y descrifrable (cognitivamente) (Neuman, 2012).

En base a lo anterior, la metáfora no tiene en sí el poder de develar nada que no esté a disposición del orador, sino que tiene fines estéticos e intencionales en el uso del

discurso, por lo que el desocultamiento de aquello que la metáfora refiere tiene pretensiones de significado alcanzables para el oyente y conocidos por quien las usa, además de estar dominado por el registro racional propio de la generación de conceptos abstractos. Esto implica considerar en esta época que el poder de la metáfora se restringe a una técnica o estética que toma el decir, llegando a ser relegada a un lenguaje propio de la poética e incluso, inapropiado en discursos formales por carecer de precisión.

Es en la filosofía donde la metáfora logra un amplio escenario, con divergencias dentro de ella, al punto de totalizarla en la experiencia, así como también de expulsarla del discurso filosófico. Diferentes filósofos han usado y teorizado sobre la metáfora, y muchos de sus postulados se encuentran referidos a términos que se constituyen en metáforas en tanto no tener posibilidad de traducción o definición. Los postulados de *différance* y luz negra de Derrida (para aludir la imposibilidad de salida de la luz y la inconsistencia posible en la metáfora), *noumenon* de Bergson (entendida como la difuminación del sujeto) o *Lichtung* de Heidegger. Al parecer éstos filósofos han intencionado la utilización del lenguaje metafórico como una forma de engaño a las leyes de la hegemonía del signo, en tanto demanda de búsqueda de significado, creando así expresiones que resultan inalcanzables a la definición, por lo que obligan a realizar esfuerzos de acercamiento que no lograrán capturar su totalidad y se enfocan más en el proceso referido con la metáfora (Rovatti, 1990).

Por ende, la metáfora no funciona como una comparación simple, esto *es como* aquello, o sea una sustitución de un concepto que tiene la posibilidad de ser nombrado de otra forma. Sino más bien, reconoce la constitución de fenómenos o experiencia que se encuentran fuera del alcance de la interpretación o demanda de objetivación, ya que la metáfora posibilita el acercamiento a experiencias de materialidad sensible, por ende, innegables, pero en construcción de sentido para sí (Rovatti, 1990).

En el desarrollo del pensamiento científico, se han distribuido el desarrollo de saberes y conocimientos a ciertas disciplinas, de esta forma, la metáfora se retira del espacio común hacia ser materia específica de estudio, ya no solo de la filosofía, sino también de la lingüística. El desarrollo de disciplinas, precisamente disciplina todo lo que

respecta a sus saberes que le competen; de esta forma la metáfora resulta estudiada en la lingüística desde perspectivas que la refieren a figuras del lenguaje, hasta mediadores cognitivos en la construcción de la realidad.

La lingüística, en general, reconoce el valor imaginativo de las metáforas como proceso de creación no solo de nuevos conceptos o esquemas mentales, sino que orientadores de conocimiento que guían la experiencia humana (Nubiola, 2000).

En la lingüística, la metáfora ha sido estudiada desde dos polos. El primero la considera como la figura por excelencia de la retórica y la poética, en base a una recreación de semejanzas preexistentes, y la conceptualiza como una capacidad lingüístico-comunicativa de los hablantes para expresar una situación en términos de otra (Paz, 2009). Los desarrollos lingüísticos desde este polo, se enfocan en el planteamiento de características de la metáfora en tanto retórica, además de los tipos de estrategias que deben ser requeridas para su interpretación, considerando de alta relevancia el ejercicio hermenéutico que se encuentra a la base de las metáforas.

El segundo foco, y de gran auge actual es la lingüística cognitiva, que se refiere a un tipo de acercamiento al lenguaje que lo relaciona con otras facultades cognitivas⁷ (Herrera, 2016). En este enfoque, la metáfora es esencial para la cognición en sus múltiples formas, no solo recrea semejanzas, sino que las puede crear, junto con impregnar el pensamiento que favorece la comprensión de conceptos complejos, ya que son estructuras de significado. Han reconocido en la metáfora su capacidad de iluminar en forma parcial la realidad, ya que reconocen en la utilización de la metáfora la capacidad de señalar o destacar ciertos aspectos de la experiencia, y a la vez, ocultar otros (Lakoff y Johson, 1980; Evans y Grenn, 2004). Para la lingüística cognitiva, las metáforas no son simples figuras retóricas, sino operaciones cognitivas que facilitan la percepción y conceptualización de la realidad, incluyendo la realidad social y su construcción (Lakoff y Johnson, 1980; Nubiola, 2000).

⁷ La lingüística cognitiva asume una conexión directa en dominios cognitivos, conceptuales y la capacidad de generación de conocimiento. Uno de sus auges respecto a la metáfora, es centrarse en contenidos metafóricos específicos como el tiempo y las emociones, o patrones metafóricos desde la lógica representacional (Herrera, 2016).

Sus principales precursores son Lakoff y Johnson, quienes deciden plantear categorías de metáforas para poder comprender la complejidad de la construcción de significados que se encuentra en relación con la forma de moldear comprensivamente nuestro actuar en el mundo. Desde esta lógica, los autores plantearon como centrales tres tipos de estructura conceptuales de la metáforas: orientacionales (concebir una organización de lo percibido, por ej.: “caer en depresión”), ontológicas (concebir a la mente como recipiente, por ej.: “tengo la mente vacía”), y estructurales (una experiencia se estructura en términos de otra, por ej.: “perder el hilo de las ideas”). Para estos autores, las metáforas nuevas pueden llegar a proporcionarnos un nuevo significado a nuestra vida cotidiana, ya que se encuentran más cerca de la experiencia que conceptos lineales (Lakoff y Johnson, 1980; Herrera, 2016).

Los postulados de Lakoff y Johnson han logrado un amplio reconocimiento en diferentes disciplinas, por lograr la apertura de la metáfora hacia la experiencia humana, sin restringirla a un ejercicio meramente conceptual. Junto a esto, los autores, retornan su cualidad cultural y de recurso compartido en la historia, que ya se había reconocido en la época griega. Sin embargo, sus postulados tienen un fin hermenéutico respecto a la aplicación de estas metáforas en la vida cotidiana, demostrando una comprensión fija de las metáforas a pesar de reconocer su interacción con lo cultural. Además, entregan estructuras organizadas y definiciones que faciliten el ejercicio deductivo-interpretativo propio de un lenguaje objeto que busca asir *el* significado.

Desde la hipótesis cognitiva, la metáfora emerge en el uso de situar un nombre, para llenar un espacio del lenguaje que se encuentra en pendiente, un contenido faltante, buscando la completitud de la palabra en tanto narración de la experiencia y su significado. Contrario a lo anterior, existen postulados filosóficos actuales que plantean en la metáfora una forma de acentuar la falta o vacío del lenguaje, más que llenar aquello que está en carencia (Rovatti, 1990).

5.1.3. La metáfora como acontecimiento.

La metáfora como representación siempre está demandada por su contraste como imposible de coexistir, luz/sombra, movimiento/quietud, entre otros, por lo que debe responder a un continuo lógico, sin tener cabida a elementos que escapen a esta presencia, o sea, cuando una persona refiere “estar vacío”, resulta un imposible que debe ser traducido para capturar e intervenir desde lo conceptual, eliminando así el elemento sensible que aparece en una expresión sobre la experiencia de “estar siendo” de una forma específica. Uno de los beneficios de la metáfora es que pueden coexistir un elemento y su contrario, la metáfora es un sin sentido, por lo que evoca la paradoja existente en diferentes aspectos de la experiencia que emergen bajo el dominio de la sensibilidad e incluso de la ficción (Rovatti, 1990).

La experiencia no se agota en la palabra, por lo que la aplicación del lenguaje a ella suele quedar en resto respecto a la totalidad de aquello que acontece. Lo anterior, es el objeto del trabajo de la lingüística en tanto la formulación de leyes, formas y entramado de conceptualizaciones que se ordenan para coordinar conceptos y significados aplicados al uso *correcto* de la palabra. Si se aplica la concepción representacionista de estas leyes del lenguaje en tanto objetivo o en tanto representación de un significado correcto respecto de lo que expresa, se pueden reconocer aplicaciones propias de una razón ilustrada, basada en el discurso científico de verdad.

La metáfora, en tanto acontecimiento, permite apertura al nacer a la presencia algo indecible de la experiencia humana, funcionando como un agente operador de tramados y deslizamientos, que puede o no regirse por los códigos lógicos de la hegemonía del signo, y que contiene un sin sentido comprensible. Considerando a Heidegger, el juego de la metáfora se encuentra entonces delimitada por dos posibles afrontamientos; “por un lado el itinerario hermenéutico, por el otro el itinerario simbólico...” (Rovatti, 1990, p.20). Esta doble posibilidad que contiene la metáfora en tanto acontecimiento, trae consigo caminos completamente diferentes en la comprensión que configuran una escena de relación e intervención psicoterapéutica bajo un marco ontológico del otro.

Siguiendo a Rovatti (1990, p.52) “la no-visibilidad, el desvanecerse, es en igual escasa medida un límite, capaz de coincidir con la apertura misma de la metáfora”. Lo anterior, se complementa con una doble función de esa apertura, una de ellas es la posibilidad de asomar lo no-decible o aquello que escapa al signo a través de la metáfora y la posibilidad de desplazamiento dotado de figuras que puede configurarse como un movimiento a contracorriente.

Hasta el momento, la revisión se ha centrado en comprender el acontecimiento de la metáfora a la luz de la cosmovisión en la época griega como del logos, considerando las condiciones de posibilidad que permiten su ocurrencia desde principios considerablemente diferentes. Por ende, se espera que el lector ya considere más de una acepción y cualidad de la metáfora en tanto estar manifestado y comprendido como “pura presencia”, como diría Badiou, o bien, “pura representación”. En cada una de las posibilidades planteadas, la metáfora contiene cualidades, restricciones, formas, modos y nivel de protagonismo que está al servicio de la cosmovisión en la que se despliega.

Tanto en la perspectiva de la metáfora como presencia, como desde la mirada representacional, se reconoce que la metáfora emerge no solo como cosmética del decir, sino que en eventos que resultan complejos para la comprensión humana y emergentes en su necesidad de ser sentida y vivida. La metáfora como acontecimiento que nace a la presencia, emerge en un territorio intermedio del ser en proceso de construcción, por lo que escapa al proceso de significación, y a la vez, su presencia se encarna en una materialidad sensible tardía a la experiencia, configurando un espacio presubjetivo en su acontecer. En tanto acontecimiento, la metáfora presenta su cualidad primaria, respecto a la cercanía con la experiencia, o la materialidad sensible de la experiencia, sorprendiendo la lógica y su demanda de consenso en la palabra por lo que se toma de una sensualidad que interrumpe la continuidad de sí. Esto conlleva a identificar en la metáfora y su acontecimiento, varias cualidades que para la psicoterapia podría atraer la atención, por la conexión y cercanía con la existencia misma, la inquietud de sí y del mundo bajo una dimensión simbólica compartida culturalmente con carácter de certeza en la experiencia singular.

5.1.4. Genealogía de la metáfora en su cualidad terapéutica.

Etimológicamente, terapia viene del término *therapeía*⁸, que denotan la acción de servir, ayudar de una manera especial, y con fines de sanación. Es un concepto aplicado a diferentes ejercicios humanos que tienen como fin el cuidar o curar, por ejemplo en la cultura helénica dice relación con el cuidado sobre sí mismo como un acto relacionado con la libertad, también la filosofía fue considerada terapia del alma y con el nacimiento de las disciplinas, se especializa a diferentes áreas, emergiendo la psicoterapia, para referir a una acción comunicativa específica de sanar aquello enfermo o *pathos* en la *psiquis* humana (Páez, 2012; Bentacour, 2014).

La concepción de *therapeia* se encuentra ligada a la concepción de *pathos*, lo cual en su origen griego se relacionaba principalmente al sufrimiento, las pasiones, el drama y angustia referidas al amor, que solían manifestarse en el cuerpo. Por esto, es coherente comprender que el filósofo podría ser el médico del alma o el sanador que, por medio de la palabra, los cánticos, poemas o teatro, podría sanar aquello que aquejaba el alma, usando el lenguaje y su relato como manifestación comunitaria que posibilitaba esta sanación (Tosta, 1998). La etimología de la palabra *therapeia* se ocupada para señalar al hombre que acompañaba a quien iba a la guerra, apoyando el proceso de preparación y combate, siendo actualmente utilizada para identificar la figura del terapeuta (Páez, 2012).

Estar al servicio por medio de la palabra, tanto en la época griega como en el logos, identifica un poder propio del sabio en primera instancia y luego del instruido en el reinado del logos. La función terapéutica de estar al servicio con fines de sanación, son compartidos hasta la actualidad y el desarrollo científico de la psicoterapia lo comparte, ya que se configura como una forma particular de comunicación, alrededor del uso del lenguaje, con la capacidad de sanar por medio de la palabra, compartido históricamente tanto en el ejercicio del chamán como en la moderna psicoterapia.

La introducción del logos, en tanto narración con fines de sanación, es un ejercicio que está al servicio en distintas épocas del ser humano. En la cosmovisión griega, por

⁸ *θεραπεία, therapeía, terapia; θεραπινα.*

ejemplo, la narración que hace Homero en el canto XIX, cuando los hijos de *Autólico* sufren una grave herida en la rodilla, refiere que le “restañaron la negra sangre con un ensalmo (ensalmo=plegaria, canto, encantamiento)” (Homero, 1986). Complementario a lo anterior, en la época griega, todo aquello que ocurre en el cuerpo dice relación con el alma de quien sufre y requiere de ser liberada.

En el aprendizaje del uso de la palabra, un niño comprende no solo un término sino que también el contexto donde estos conceptos toman significado, integrándose verbalmente a un juego de relaciones que ya tuvo inicio desde su etapa pre-conceptual. Por ende, nombrar algo, es un ejercicio “indicativo” aquello que “está siendo”, con el nombrar se delimita o especifica aquello. Luego, el signo, significante y significado no solo son descripciones conceptuales, sino que enmarcan un espacio de interacción que configura un contexto de posibilidad para su emergencia en tanto “nombre” de aquello que se expresa.

Considerar la cualidad terapéutica de la metáfora conlleva al análisis del contexto relacional en diferentes momentos, bajo el objetivo de servir o sanar por medio de la palabra. Se vuelve atingente la comprensión de la relación terapéutica y sus modificaciones según los diferentes formatos del contexto historico-cultural. Esta relación terapéutica acontece bajo condiciones y concepciones ontológicas específicas, a pesar, que mantienen el lenguaje como el lugar de encuentro, por lo que la metáfora se configura no solo como un formato sino que describe características de una relación calificada como terapéutica que ahí se puede acontecer, bajo los preconceptos que la fundamentan.

A continuación, se considerará la metáfora como acontecimiento en la relación terapéutica, bajo los códigos propios de la *Alegoría*, *Parábola* y *tekhné*, para describir así, las concepciones y relaciones que están a la base de este uso.

5.1.4.1. *La metáfora como Alegoría.*

Cuando se analiza la función sanadora a través de la palabra, el ejercicio filosófico suele presentarse, tal como Menezes (2013) afirma: “Creo que la metáfora más genuina de la filosofía es la que convierte al filósofo en médico del alma y de la polis” (p.9), donde se

rescata la función que cumplió en su momento Empédocles, del que se dice que su palabra era tan persuasiva que es *phármakon*⁹ que seduce y encanta el alma, hasta Sócrates, quien emprende la búsqueda de la verdad bajo una lógica de justicia.

Son altamente reconocidos en la historia de la filosofía, los diferentes aforismos que condensan una sabiduría popular, atribuida a los sabios, con expresiones tales como “conócete a ti mismo”, atribuida a Quilón, o “La medida es lo mejor” atribuida a Cleóbulo y “nada en exceso” asociada al poeta Solón en Grecia (Menezes, 2013; Vernant, 1993). Algunas de estas expresiones aún hoy podrían ser reconocidas como mensajes de autoayuda o bien frases utilizadas incluso en el dispositivo psicoterapéutico moderno.

La alegoría se refiere a un tipo de narración ampliamente utilizado en diferentes épocas, pero destaca su uso como medio de presentación de la lógica fundamentada posterior a la época del mito. Tal como manifiesta Barría (2013) “la alegoría implica una mediación, una producción de distancia que en palabras de Hegel se expresaría como la necesidad de un momento interpretativo” (p.22).

Hegel (1985), llegó a considerar lo alegórico como símbolo reflexivo, en tanto la posibilidad de tomar distancia y ser dotada de interpretación de aquello que refiere, que se caracteriza por calificar más un detalle e iluminarlo sin pretensiones de globalidad, configurándose en un proceso de simbolización en segunda instancia. Considerando lo anterior, la alegoría refiere a un elemento de materialidad singular más que totalitaria, y que se basa en una determinada política de la representación en tanto pretensión de revelar ciertas formas del quehacer de aquello que representa (Barría, 2013).

La alegoría se configura como un modo de operar que toma la racionalidad, pero considerando un funcionamiento metafórico más que conceptual, por lo que requiere de la imagen para lograr su objetivo estético y retórico, ya que la alegoría pretende una dirección

⁹ *Phármakon*, encierra una ambivalencia, ya que primeramente designaba a una planta medicinal cualquiera que podría resultar siendo remedio o veneno para el hombre, según se aplica en una dosis justa o excesiva, de manera intempestiva o en el momento oportuno (*kairós*), teniendo en consideración la naturaleza (*physis*) del paciente o desconociendo su estado de salud (Menezes, 2013).

clara, pero que requiere de la interfaz entre el lenguaje literal y el figurado, bajo la ley de la atracción del oyente (Owens, 2001; Barría, 2013).

La alegoría se caracteriza por su origen retórico rompiendo con un diálogo convencional, considerándose una actividad metaforizante no solo en el contenido, sino también en su forma de ser presentada. Derrida (2008), reconoció en la alegoría su poder de desafiar la realidad calificándola como “ficción de prosopopeya”¹⁰, lo anterior, favorece la capacidad de referir en la alegoría aquello de la experiencia que resulta ilegible o imposible para el control semántico, aconteciendo en momentos como una resistencia al control semántico, pero con demanda de interpretación en ella.

Al igual que el mito, la alegoría se conecta con una dimensión universal o global de la experiencia, pero se diferencia en que la alegoría emerge bajo la lógica de la razón y búsqueda comprensible –traducible– de la verdad respecto a diferentes temáticas que abordar. Lo anterior se profundiza más cuando Escoubas (2009), llega a afirmar que “la presentación según la cual lo particular significa lo universal es la alegoría” (p. 9), con esto se resalta la virtud conectora de la alegoría en dimensiones de significado que considera tanto lo particular como lo universal como momentos posibles en la alegoría.

La *Alegoría de la Caverna de Platón* o de *El Banquete*, representan una de las más estudiadas y populares en la historia de la filosofía. Platón, lo plantea bajo su interés por el conocimiento y generación de pedagogías para su transmisión como una forma de iluminar el mundo de las Ideas, y adquirir sabiduría a partir de la razón como máxima o lo superior.

En la *Alegoría de la Caverna*, Platón relata la historia de unos hombres cautivos desde su nacimiento en el interior de una caverna oscura, y la luz que ilumina la caverna proviene de un fuego encendido detrás de ellos a distancia. Los cautivos solo pueden ver las sombras proyectadas en el fondo de la caverna siendo éstas verdaderas para ellos. Finalmente relata que si alguno de los hombres que viven en la caverna quisieran salir de ella, probablemente se arriesgan a quedar ciegos por el impacto de ver el sol y conocer las

¹⁰ Derrida (2008) refiere en un texto autobiográfico, ante la muerte de su amigo Paul de Man, por lo que escribe que “la alegoría es la memoria del duelo imposible” (p.44).

cosas, más que sus sombras. En esta alegoría, convergen las pretensiones de la filosofía de Platón, asociada al rompimiento de la poética, para dar paso a una razón basada en el mundo de las Ideas.

Muchos artículos, capítulos de libros y teóricos desarrollan sus propias interpretaciones de *aquello* que significaría la alegoría de la caverna de Platón¹¹, y algunas coinciden en la necesidad de liberar al cautivo de la ignorancia. Esta forma de educación en el conocimiento, podría ser considerada como una cualidad terapéutica, en la medida que instruíra respecto a *la verdad*, que libera al hombre de la oscuridad. Uzín, (2008), recalca el uso de la Alegoría de la caverna, desde su función terapéutica como reveladora de *la verdad*, por lo que afirma que:

“El esclavo rompe las cadenas que lo ataban a las sombras y transita hacia la luz de las ideas, luz que lo enceguece, pero no lo acobarda. Esa vocación por la verdad lo lleva nuevamente a la oscuridad para advertirles a los demás esclavos que esas penumbras son mentiras, ficciones, simulaciones” (p. 39).

Entonces, la alegoría tendría una cualidad terapéutica cuando su utilización tiene fines de liberación del otro hacia la adquisición de conocimiento que, en el caso de Platón, puede ser un conocimiento trascendental. La metáfora es parte esencial de la alegoría, bajo fines retóricos, de instrucción pedagógica, con una estética del decir que resulta envolvente para quien escucha, por lo que se propicia un espacio de alianza con el mensaje que se desea transmitir.

En la alegoría, se refugia un nuevo ejercicio filosófico que desecha progresivamente el mito y su experiencia vívida, hacia una comprensión de las ideas respecto al conocimiento, esta época suele ser caracterizada como el paso del mito al logos (Arias, 2007). De esta forma, la alegoría conserva elementos de la poesía, pero perdiendo su propia esencia, para traducirla a una ornamentación del discurso, de esta forma conserva la estética

¹¹ Los estudios variados respecto a la alegoría de la Caverna de Platón, ha alcanzado múltiples producciones, una de ellas es la publicada por Mariano Arias, (2007), donde afirma que tantas interpretaciones han configurado El mito del Mito de la Caverna.

del decir, pero convocando un encuentro conceptual, por ende, centrado en el lenguaje y sus formalidades más que en la experiencia.

La alegoría en sus inicios, se configura como una herramienta de situar la razón en el centro del conocimiento del ser humano, sobre diferentes temáticas, principalmente aquellas referidas a la verdad, o la sabiduría, ya que para Platón la alegoría –“bien” utilizada- tiene una cualidad explicativa, funcional y racional (Arias, 2007). De esta forma, desde la lógica logocéntrica, inaugura una comprensión dualista del universo y las temáticas que aborda, emergen distinciones tales como alma/cuerpo, ignorancia/conocimiento, correcto/incorrecto, verdadero/falso, etc. El objetivo a la base de la razón es su conquista, y la alegoría una de las primeras herramientas para instruir en este proceso.

La alegoría complementa una forma de interacción social basada en el conocimiento y *razón* de quién la relata y, por ende, en la necesidad de pedagogía del conocimiento que responde a la carencia y didáctica de quien la atiende, o escucha. Esta relación con el fin de instrucción o enseñanza, es requerida bajo códigos estéticos propios de la poética, para tener apertura y asimilar nuevas formas de razonar, considerando aspectos comunes con un dejo de la época mítica anterior. Abrir paso a la razón, requirió de considerar elementos estéticos de la poética y el arte, aunque perdiendo la vivencia que sustentaba su fuerza, tecnificándola.

Además de lo anterior, en la alegoría se observa el uso de la metáfora como centralidad, conceptual, donde el lenguaje toma protagonismo como medio exclusivo de manifestación de *la* verdad y conocimiento. Se desplaza la manifestación vívida del sentido u otros aspectos convertidos en objeto del conocimiento y aprehensible por el lenguaje, especialmente aquellas que escapan a la aprehensión de la razón, verdad y lógica.

La alegoría, es una de las formas en que la palabra busca dar abasto a su ubicación totalitaria respecto a las cosas, experiencias y cuestionamientos humanos. Por ende, la palabra como representación conceptual y su centralidad, cubre toda necesidad humana, sin excluir las actividades terapéuticas (Menezes, 2013).

Por tanto, en la alegoría, se mantiene la estética propia de la época mítica, además de retomar la centralidad de la razón y requerimiento de guía en su búsqueda, considerando que existen formas adecuadas para su uso, ya que las inadecuadas podrían inducir a confusión e ignorancia. Las leyes de la adecuada aplicación de la alegoría, les corresponde a quien tiene el conocimiento, lo cual generalmente procede de filósofos, en sus inicios, quienes tienen el criterio de las leyes de la verdad y el lenguaje formal. La relación de quienes participan de la alegoría se constituye en el rol del filósofo como experto y guía pedagógico que es llamado a conquistar, e incluso “engatusar” –en palabras de Platón– a quien requiere del conocimiento y sabiduría para liberarlo –cual esclavo– de la ignorancia hacia el mundo de las ideas –o la razón-, haciendo uso del poder que la razón le concede por sobre la ignorancia.

5.1.4.2. *La metáfora como Parábola.*

Si se continúa el análisis de la genealogía de la metáfora, ineludiblemente se entrecruza con el discurso de la verdad propio de la religión judeo-cristiana, que da paso a lo que Holzapfel (2014) llamaba el *homo viator*, ya que el sujeto se conformaba a la luz del discurso de la verdad divina revelada, para conseguir la salvación situando a Dios como centro del sujeto y el mundo. Lo anterior, fue desplegado como poder de dominio de la construcción de subjetividades por medio de la institución religiosa y sus prácticas, las que organizan una estética de la existencia, dentro de un ejercicio del poder pastoral que minimiza la autonomía de los sujetos (Castro, 2008). Lo anterior, ha sido estudiado por Foucault, respecto a la dimensión estético, ético y política que domina una institución bajo discursos de verdad, atravesando la construcción del sujeto y su subjetividad en diferentes dimensiones, ya sea, su moral, su cuerpo, su alma, etc. (Morales, 2011).

Se ha reconocido en diferentes investigaciones la conexión entre las prácticas confesionarias de la edad media con la moderna instituciones psicoterapéuticas, si bien cada una tiene una institucionalidad basada en fundamentos significativamente diferentes comparten prácticas y estrategias que, en Foucault serian consideradas como tecnicas de sí,

ya que consiste en mantener una reflexión crítica sobre el propio comportamiento y rendir cuentas de ello (Loredo, 2005).

Los aspectos terapéuticos propios de las prácticas religiosas tales como, la penitencia, el confesionario, eucaristía, etc., son revelados en diferentes estudios que coinciden en la continuidad de métodos, fines compartidos e incluso técnicas compartidos por la psicoterapia. El ámbito religioso promulgaba una intención divina de liberación del pecador, a través de prácticas que buscaban aliviar aquello que primeramente inquietaba la ley religiosa. Si se considera *El manual del buen confesor* que se solía utilizar como guía en las prácticas religiosas, Gaume en 1864, refiere a los directores espirituales clásicos como “hábil maestros en la ciencia de las almas” (p.ix) y “hábil médicos de las almas” (p.xi) (Gaume en Loredo, 2005).

El confesor, debe ocupar una posición flexible a la hora de funcionar como director de conciencia y juzgar; por ende, su lenguaje educativo para guiar el comportamiento de los individuos debe estar dotado de sabiduría. El confesor o sacerdote, tiene consigo mensajes que transmite “la verdad revelada”, considerándolo una conexión directa con la verdad divina que se muestra como guía para el ser humano. En este aspecto emergen la utilización de metáforas, generalmente inciertas en la palabra bíblica que suele presentarse a través de parábolas. Se puede considerar a las parábolas como un cuento relatado en base a metáforas que atraer al oyente por su conexión con aspectos cotidianos. Las parábolas han persistido durante más de dos mil años en la cultura judeo-cristiana, además de ser manifestada en la figura de Jesús en contextos públicos, a modo de relato público, como una pedagogía practicada hasta la actualidad (Bravo, 2002).

En este marco, la biblia recopila las principales “enseñanzas” dispuestas para quien quiere seguir las leyes divinas, en este libro aparecen parábolas tales como “el hijo pródigo”, “oveja extraviada”, “el buen samaritano”, “parábola del sembrador”, que tiene consigo una larga historia de significados educativos basados en el uso de la metáfora como retórica que guía el comportamiento. Las parábolas se caracterizan no solo por su estructura y contenido metafórico, público y sencillas, sino también porque, generalmente, terminaba

el relato con preguntas hacia la audiencia, demandando así un compromiso personal respecto a lo que está en cuestión (Bravo, 2002).

Las parábolas evocan imágenes comunes, por lo que la comprensión y transmisión del mensaje es más fácil de integrar, persuadiendo al oyente a partir de experiencias que pueden ser claramente identificables, ya que sus contenidos comunes disminuyen la selectividad del aprendizaje, siendo material disponible equitativamente para quien atienda la narración. Es fácil imaginar un sembrador repartiendo semillas en tierras fértiles, o bien, identificar un pastor con su rebaño, o un pescador en medio del mar inquieto para luego generar sus redes llenas.

Las parábolas tienen un alto contenido imaginativo que favorece la incorporación del mensaje que se desea inculcar junto a la historia que se relata, pero considerando historias comunes, fácilmente identificables incluso por experiencias propias, por lo que propicia la persuasión. A diferencia de la alegoría, la cual suele ser identificada como una historia basada en experiencias de ficción que no resultan de fácil apropiación por el oyente en base a su propia vida, sino que requiere de una atención creativa que emerge durante la narración.

Bravo (2002), llega a afirmar que “las parábolas, por su naturaleza narrativa, facilitaban el camino para provocar una apertura en el pensamiento de sus oyentes, que los ayudara a asimilar su mensaje” (p.508). En esto, se recalca una pedagogía basada en la parábola que busca la reincorporación de la idea en base a experiencias cotidianas que se asimilen, por ende, el aprendizaje es un aprendizaje cotidiano respecto a cuestiones esenciales, que para la religión judeo-cristiana dice relación con la verdad divina revelada.

Claramente las parábolas no son exclusivas de la institución religiosa, sin embargo, en este apartado se consideran principalmente aquellas por su significativa importancia al inicio de su uso, además de presentarse como una tecnología propia de la institución que, tal como Foucault identifica, genera una relación de dominio o ejercicio del poder para definir pautas del *cuidado de sí* en el contexto del pecado y la culpa, los cuales serán desplazados en la era científica por las definiciones de desadaptación o trastorno mental en

la era de la psicoterapia y una terapéutica centrada en conceptos tales como “salud o normalidad” (Morales, 2011).

La parábola acontece en una relación educativa de asimilación, que orienta los comportamientos del oyente hacia una normativa institucional, predominantemente moral, que propicia el gobierno de uno mismo y el cuestionamiento de sí, con una apertura persuasiva a partir del uso de imágenes metafóricas dotadas de experiencias cotidianas. Por ende, tal como Foucault declara, la concepción de verdad defendida por la institución moral, genera una relación determinada del sujeto con esta verdad, por ende, generar subjetividades diferentes según aquello definido como verdadero, ya sea bajo la ética del cuidado o del dominio (Castro, 2008).

En las parábolas el orador conoce un mensaje oculto, con criterio de verdad divina, que se manifiesta en la narración para el oyente, buscando regular pautas en él que no se encuentran acorde a lo demandado por la institución judeo-cristiana bajo pretensiones de liberación del espíritu.

5.1.4.3. La metáfora como tekhné

Con el paso de la modernidad, las ciencias y el disciplinamiento traen consigo una forma de conocimiento respecto a las verdades asociadas a lo humano o la naturaleza dominadas por los ideales modernos. El crecimiento técnico y tecnológico, protagonizan un cambio en la velocidad de la vida, procesos y economías, configurando así una estructura sociocultural que desarrolla y da auge a aquello que se cobija bajo sus objetivos.

Heidegger, analizó la cuestión de la técnica, la ciencia y la verdad, como triadas que tienen relación con la esencia del ser y no es solo una materia referida al dominio de las cosas. Desde este esencialista, emerge la pregunta por la técnica, llegando a manifestar que “la esencia de la técnica no es, en absoluto, algo técnico” (Heidegger, 1993, p.73).

Para comprender la metáfora como técnica, se considerará la definición que Heidegger plantea, considerando dos formas de concebirla: primero como un medio para

unos fines y, en segundo lugar, como *tekhné*, es decir como artesanía de hacer del hombre en tanto ser. Llega a afirmar que la esencia de la técnica está referida a “desocultar la esencia de lo que aparece ante nuestros ojos” (Heidegger, 1993, p.73). La técnica se presenta como un instrumento, medio para un fin, generando una tecnología del quehacer. Empero, la *tekhné* la segunda definición, evoca un ejercicio humano vinculado a una dimensión óptica, y su apariencia bajo una experiencia estética propia de la *poiesis*.

En la definición de la técnica en tanto instrumento o medio, el rendimiento, la eficiencia y la comprensión causal de aquello que se produce, resultan ser los temas significativos. Esta definición y aplicación de la técnica de la ciencia moderna, prioriza una forma de pensar calculante, según Heidegger, que provoca a la naturaleza para los fines de producción que se pretenden. Lo anterior, tiene consigo avances tecnológicos significativamente positivos en diferentes disciplinas de forma global, conquista las ciencias sociales con una impronta de eficiencia a costa de la dimensión humana o singular del sujeto y su emergencia (Heidegger, 2010).

La *tekhné*, en cambio, posibilita ampliar el mundo del ser hacia su acontecimiento singular, creativo e inacabado, que mantiene su dimensión práctica como resultado del tránsito del ser en ésta búsqueda manifestada de forma artística. La *tekhné* es entendida como desocultar el hacer del hombre, por lo que Heidegger (1997) menciona que “la esencia de la técnica es una manifestación del ser” (p.97).

Preguntarse por la técnica y su vínculo con el ser ahí –*Dasein*– tiene atinencia con la forma en que permite que aparezca el hombre y su forma de habitar el mundo, desde una mirada ontológica de aquello que aparece y no de modo meramente instrumental. Incorporar la comprensión de la *tekhné*, reconoce en la técnica su posibilidad creativa, transformadora y artística en tanto experiencia sensible, estética y contemplativa, del desocultamiento genuino propio de la esencia del sujeto (Heidegger, 2010; 1993).

En la ciencia moderna, prima una era técnica del medio para el fin, donde el hombre produce desocultamiento provocante en pro del dominio del objeto para el desarrollo de una tecnología, o sea, de un saber hacer que genera la experiencia de constancia. Lo

anterior, puede resultar un avance significativo desde las pretensiones de eficiencia, velocidad, generación de conocimiento en tanto fórmulas correctas para el logro de fines. Sin embargo, se vuelve invisible el juego de relaciones que el ser humano debe implementar a sí mismo, en tanto ser y aparecer, cuando es considerado como objeto de la técnica o la tecnificación de los procesos.

Para Heidegger, comprender la esencia de la técnica moderna, configura la libertad del hombre ante su uso y no la condena de su poder como en la tecnificación, lo plantea de la siguiente forma:

“...si nosotros meditamos la esencia de la técnica, entonces experimentamos lo dispuesto como un destino del desocultamiento. Así, nos mantenemos ya en lo libre del destino, que, de ninguna manera, nos confina en una sofocante coacción, para dedicarnos ciegamente a la técnica, o, lo que es lo mismo, para revelarnos sin amparo contra ella y condenarla como obra del diablo. Por el contrario: cuando nosotros nos abrimos propiamente a la *esencia* de la técnica, nos encontramos tomados inesperadamente por un reclamo liberador” (Heidegger, 1993, p.141).

Con la consideración de la esencia de la técnica desde Heidegger, se pretende postular una comprensión ampliada de aquella, su uso, su relación con el aparecer de lo humano en las disciplinas vinculadas al estudio del sujeto, además de comprender que en ella existen dos posibilidades propias en su ejercicio, la de constreñir la libertad o posibilitar el habitar genuino¹².

Lo anterior, es significativo para pensar la disciplina moderna de la psicología en tanto utilización del lenguaje para lograr fines específicos de la ciencia que la cobija. El proyecto moderno considera la búsqueda de conocimiento del hombre, por ende, la psicología y psicoterapia pueden emerger en una revolución de las ciencias humanas hacia el encuentro de respuestas sobre diferentes temáticas propias de la época en que surgen, tales como la locura, en un inicio, los trastornos en la época moderna, o bien actualmente la

¹² Heidegger (1997, p.44–83), plantea que la esencia del ser genuino o auténtico estaría aplastada por el habitar técnico. Lo anterior, está vinculado a la Ciencia y la técnica en tanto destino del Ser.

sociedad del “rendimiento”. Entonces, la psicoterapia –como dispositivo- y la psicología - como disciplina-, se encuentran llamadas a generar conocimientos vinculados a la generación de una técnica al servicio de las pretensiones científicas que las ampara.

Desde esta vereda se identifican técnicas asociadas al quehacer psicoterapéutico, las cuales suelen tener el respaldo científico del modelo de la medicina basada en la evidencia, donde suele reinar el modelo cognitivo conductual con técnicas como la reestructuración cognitiva como el camino *correcto y eficiente* para lograr la remisión de síntomas depresivos, bajo pretensiones de bienestar en una relación donde el experto psicoterapeuta conoce la verdad sobre la vida cotidiana. Lo anterior, se logra en el auge del lenguaje al centro de la psicoterapia, entendido como un lenguaje necesario de ser modificado, reeditado, redefinido o corregido por el terapeuta y las técnicas que favorecen estos procedimientos se sitúan como medio para el alcance de las metas. El desocultar provocante de la psicoterapia reconocida actualmente, olvida precisamente la dimensión singular del sujeto y su participación en el sistema. Este olvido, es necesario para convertir el dispositivo terapéutico en un escenario que comparte el funcionamiento medio-fin, y situar al profesional en la posición de experto, confirmar las teorías en uso como discursos de verdad que dominen la vida cotidiana del consultante, reproduciendo lógicas de dominio propias de la cultura del rendimiento.

Si se analizan los desarrollos de la psicoterapia moderna y el cuerpo teórico que le sustenta, se vuelve relevante distinguir la presencia de la metáfora en ella, sus postulados, los procedimientos que plantean, a la luz de los conceptos de técnica y *tekhné* ya expuestos, para dilucidar aquello que pre-tende cada uso y, a la vez, aquello que restringe.

La metáfora atraviesa no solo la dimensión práctica de la psicología clínica moderna, sino que también sus postulados teóricos. Por ejemplo, González (2014), estudió las metáforas utilizadas en el discurso disciplinar de la Psicología en las revistas de divulgación científica, y destaca que encontraron 135 focos metafóricos en artículos de solo dos fuentes, siendo frecuente aquellas metáforas que refieren a: proceso, sistema, estructura, rol, espacio, patrón, recurso, limítrofe, cibernética, juegos, etc. Concluyen que en el conocimiento científico se ha naturalizado el discurso disciplinario de la psicología en

base al uso de metáfora, tanto fisicomórficas y espaciales, llegando a ser invisibles su utilización en la comprensión de lo referido a la psicología (González, 2014).

Desde el estudio del lenguaje, su emergencia, y uso –o sea su técnica– en el espacio terapéutico, es posible identificar diferentes aspectos relevantes a la hora de conocer la metáfora como objeto de atención en el contexto de la psicoterapia. Tanto en las corrientes psicoanalíticas clásicas, como sistémicas o cognitivas, se ha dotado de importancia al lenguaje en tanto *medio* de significados o técnica, siendo la metáfora una de sus vertientes que aparecen de interés en cada manifestación de la psicología.

La metáfora y el psicoanálisis se mantienen unidos en sus postulados, destacando la comprensión histórica de la psiquis en conceptos metafóricos de lo profundo o superficial, cuando se refiere a los contenidos significativamente influyentes en la psiquis y su estructura (Wachtel, 2003). La metáfora de lo profundo en psicoanálisis, tiene consigo otras metonimias relacionadas, tales como: excavar, desocultar, hondo, o la comprensión que mientras más profundo se encuentran los contenidos más temprano es el conflicto, la idea de una arqueología de la psiquis, entre otras. Lo anterior, fundamenta una comprensión que el verdadero contenido significativamente relevante, se encuentra oculto para el sujeto pero dispuesto a la interpretación *del* psicoanalista.

Desde el psicoanálisis, Freud y Lacan concuerdan que la metáfora es uno de los caminos que tiene el inconsciente para re-presentarse al estado consciente, por lo que utiliza la metáfora como condensación de un saber que no se sabe a sí mismo. En la interpretación de este inconsciente, el psicoterapeuta tiene experticia sobre su dinámica y estructura de funcionamiento psíquico (Herrera, 2005).

La clínica psicoanalítica opera mediante el análisis del inconsciente el cual está estructurado como un lenguaje que, según Lacan, está regido por la metáfora. De esta forma, los sueños, la poesía, los cuentos, son comprendidos como formas metafóricas con significados y contenidos reprimidos, lo que permite acercarse al inconsciente. Para Lacan la curación del neurótico se lleva a cabo a través del paso del inconsciente en tanto

imaginario no simbolizado (que aparece a partir de metáfora o metonimia a la consciencia) a lo imaginario simbolizado (Barranco, Barranco y Barranco; 2006).

Desde otra vereda de la psicología, en el enfoque cognitivista, se ha obviado las metáforas, a pesar de usarlas en sus teorías por medio de la conocida metáfora del ordenador (Moix, 2006). Salkovskis (1999), emplea las metáforas para el tratamiento de trastornos obsesivos–compulsivos, como estrategia para que el paciente reevalúe sus pensamientos obsesivos. Complementario a lo anterior, desde el enfoque cognitivo, se han elaborado metáforas específicas, por considerarlas como un recurso didáctico que permite la colaboración en diferentes momentos de la intervención terapéutica. En este enfoque reconocen como beneficios del uso de la metáfora: el valor estético, minimiza la resistencia y persuasión en pro del cambio de estrategias de afrontamiento y pensamientos inadecuados involucrados en el problema (Moix, 2006).

Desde el enfoque cognitivo-conductual se sugiere poner atención a las metáforas que emplea el terapeuta y el cliente. Respecto a las metáforas del terapeuta, se sugiere que posea varias para emplearlas en diferentes momentos a modo de técnica persuasiva. De esta forma, el terapeuta aumenta su posibilidad de ser creativo y experto, en la medida que maneje metáforas para influenciar estructuras de pensamiento del cliente con sustrato en el cambio conductual (Moix, 2006).

Sims (2003) propone un modelo de 6 pasos para trabajar las metáforas del paciente: 1) Escuchar la metáfora, 2) Validar la metáfora, 3) Expandir la metáfora, 4) Jugar con las posibilidades de significar, 5) Marcar y seleccionar el significado y 6) Conectar con el futuro. Lo anterior, ejemplifica la capacidad de tecnificar el uso de la metáfora en tanto persuasión y densificación de aquello que se re-presenta a través de estos medios estéticos que favorecen la alianza con la intervención y disminuir la resistencia.

Todo lo anterior fundamenta que la perspectiva cognitiva–conductual considere una gran utilidad de la metáfora por inducir mensajes, externalizar el problema, contactarse con la expresión emocional, modificar pensamientos irracionales o bien una forma que permite contemplar el problema de otra forma y disminuir la resistencia para así persuadir el

cambio hacia la estrategia conductual que el terapeuta considera más adecuada según el caso (Moix, 2006). En la misma perspectiva, Bunge, Gomar y Mandil (2007), proponen el uso de cuentos y metáforas en la terapia con niños para promover el aspecto lúdico a la terapia, según temáticas conflictivas (emociones, reestructuración de pensamiento, etc.). Concuerdan en que la metáfora, en tanto estética, fomenta el interés y enriquece el vínculo terapéutico.

Desde la terapia sistémica de primer orden, la tradición estratégica se encuentra representada en la figura de Milton H. Erickson, quien utiliza la metáfora como el lenguaje por excelencia para el arte de la influencia, especialmente en el ejercicio hipnoterapéutico. A partir de esto, Lankton y Lankton (1989), desarrollaron metáforas específicas para inducir mensajes según diferentes problemáticas. El uso de las metáforas desde el enfoque estratégico, se diseñaba ad hoc a los patrones de colaboración del consultante para generar así una estrategia que provoque el cambio en el paciente (Pacheco, 1993).

En el contexto de la cibernética de segundo orden, se desarrolla la psicoterapia sistémica en su vertiente narrativa basada en la metáfora del sujeto como texto y con una actitud crítica respecto al ejercicio de la terapia como un espacio que propicie la liberación ante relatos o ideologías dominantes. La psicoterapia sistémica narrativa propicia una relación de colaboración centrada en la narración y las posibilidades de re-lectura, re-autoría y re-escritura del sí mismo en tanto sujeto situado (White, 2002; White, 2007; White & Epston, 1993). Los principios de la psicoterapia sistémica narrativa difieren de otras escuelas, respecto a la crítica por la posición del terapeuta, el espacio dialógico, la distribución del poder y el reconocimiento de autoría del consultante. Cardona y Osocio (2014), proponen dar relevancia al uso de la metáfora en la sistémica familiar con enfoque narrativo, como estrategia que rescata los intereses del sistema consultante, además de integrar un lenguaje coloquial a la terapia. Identifican que la metáfora permite resignificar la experiencia en torno a su labor interpretativa de la experiencia, suavizar experiencias dolorosas y dotar de significado aquello que sucede en el sistema familiar con función externalizadora.

Si se retoma la definición de técnica moderna que Heidegger presenta tempranamente en la filosofía, al parecer la metáfora en los diferentes enfoques psicoterapéuticos ha sido considerada como medio para lograr un fin, el cual puede ser, cambio, alianza, persuadir, dar un “toque estético” a la terapia, etc. De todas formas, la concepción de la metáfora en tanto instrumento, tiende a generar estrategias tecnificadas de ella misma, lo cual puede facilitar los procedimientos internos que debe llevar el terapeuta, pero tiene consigo el costo que Heidegger¹³ ya advirtió como restricción de la libertad de emergencia del ser, en base a este desocultar provocante propio de la era moderna donde el hombre puede generarse a sí mismo como producto, olvidando que él mismo es quien participa de este entramado de relaciones modernas atravesados por la demanda técnica.

Foucault ha analizado los procesos y prácticas por las cuales los individuos se constituyen en sujetos y su interacción con los discursos sociales dominantes, además de su forma de dominio en la construcción de subjetividad. Las diferentes formas de poderío, generan una política que traspasa no solo el cuerpo y la vida interna, sino también en las formas de sujeción de lo humano. Tanto en la época del cristianismo como en la modernidad, se promueven prácticas de cuidado de sí, con pretensiones de dominación. La aplicación del poder, su política y su dominio, da como resultado una propuesta de una ética del cuidado de sí; con prácticas que posibiliten la construcción de un arte respecto a la propia vida (Castro, 2008; Morales, 2011).

La ética del cuidado de sí, requiere de una rigurosa estrategia y prácticas para dar respuesta a las problemáticas que el sujeto enfrenta, por lo que Foucault propone el procedimiento de la *askesis*, la cual reúne una serie de herramientas que preparan al sujeto y resultan esenciales para la subjetivación del discurso de verdad. La *askesis* se conforma discursivamente, bajo la comprensión del logos que busca la autoconformación del yo y nunca su renuncia. Se mantienen de forma transversal en la historia, una de sus prácticas es

¹³ Heidegger, en *Caminos de Bosque (2010)*, llega a afirmar que en la medida que el hombre construye técnicamente el mundo como objeto, se obstruye voluntariamente, que de todas formas ya estaba bloqueado. El hombre que se autoimpone es, asimismo, quiéralo o no, sépalo o no, funcionario de la técnica” (p.218).

la escucha, lectura, escritura de sí, *parrhesia*¹⁴, etc. En la antigüedad estas *askesis* eran orientadas hacia un saber espiritual, para luego dar paso a un saber de conocimiento centrado en análisis e investigación objetiva (Foucault, 1999; Castro, 2008).

La *askesis* es considerada como una técnica de sí que configura un acto de rememoración realizada primeramente por los estoicos. Esta búsqueda de la verdad se encontraba en los discursos de los maestros que eran incorporados en la vida cotidiana como reglas de conducta, logrando la subjetivación de la verdad, que se vuelve en un principio de acción permanente. Es un proceso de intensificación de la subjetividad, por lo que tiende a la consideración progresiva de sí, bajo práctica de dominio por medio de su asimiliación (Foucault, 1999).

Considerando estos postulados, la metáfora comprendida como *tekhné*, podría ser considerada como una práctica de sí o *askesis*, que busca la subjetivación de la verdad situada en la práctica discursiva que se experimenta como política de verdad en el espacio psicoterapéutico, lo cual proviene del proceso de experimentación creativa, artística de la construcción del individuo y ya no de instituciones como el Estado o el cristianismo con discursos de moralidad. Propone la *askesis* y su recuperación como una forma de estimular la experimentación de la vida como arte.

Desde los planteamientos sobre la esencia de la técnica planteada por Heidegger, podría existir otra posibilidad en ella como emergencia del ser, lo cual coincide con un ejercicio comprensivo diferente de la metáfora en el espacio psicoterapéutico, que facilite el ejercicio libre y aparecer genuino del sujeto en tanto desarrollo de un arte con una estética propia de la experiencia sensible, generalmente ilegible, indeterminada, pero de emergencia singular, con una posibilidad contemplativa más que de traducción.

Lo anterior, se complementa con los planteado por Foucault cuando sugiere realizar una actualización de la estética de la existencia, recuperando la experiencia artística griega,

¹⁴ Castro (2008), al referirse a Foucault, identifica la *Parrhesia* como una práctica discursiva de la relación maestro-discípulo, dotada de “un hablar claro” (p.266) con fin de solidarizar con el proceso del oyente hacia su camino en búsqueda de la independencia plena y satisfactoria.

la cual encarnaba el ejercicio de la libertad, genuina como una condición del ser, por ende, lleva a comprender la vida como una obra de arte. Lo anterior, es resultado de la crítica del sujeto y las formas de subjetivación, la genealogía de la ética estudiados por Foucault, posibilitan su propuesta de una ética y estética de la existencia en tanto arte, llegando a plantear una ética de la resistencia, bajo la idea de que el yo no es algo dado, sino que es una creación, por lo que sugiere construir una ética del cuidado de sí mismo como una obra de arte¹⁵, de esta forma el sí mismo es un acto de creatividad o no adherido a una moralidad o estado de dominio, sino como un ejercicio de libertad, propios del individuo en el contexto de la relación (con él mismo, con otros, su cultura, etc.) (Castro, 2008; Morales, 2011; Foucault, 1996).

Tanto Foucault como Heidegger, sugieren un retorno a considerar la *tekhné* para reconocer el acontecimiento genuino, estética, creativa, que responde a estados de la situación fugaces, indeterminado, discontinuo o construcción del ser. Al considerar esto, se reconoce su alta potencialidad artística, creativa, imaginativa, en tanto experiencia sensible donde encarna el deslizamiento escurridizo del ser y su existencia. La metáfora en éste aspecto, podría presentarse como una vía para la emergencia de la esencia del ser y posibilitar el tránsito de la inquietud propia del sujeto respecto a sí mismo, su emergencia artística, creativa en su construcción, a la luz de una discurso liberador más que de dominio, que resulta en transformaciones necesarias para una ética personal, logrando un espacio de resistencia en su emergencia como una práctica de libertad, caracterizada por un vaivén entre confusión y verdad de la experiencia.

5.2. Psicoterapia Sistémica relacional y metáfora.

Que en esta noche todas las vacas sean pardas,
como Hegel le objetaba a Schelling
(En Badiou, Teoría del Sujeto, p.339)

¹⁵ Cuando Foucault refiere al arte como una forma de vivir la vida, no se refiere al arte moderno que se centra en el objeto, sino al arte que atañe a la vida y los sujetos.

La inauguración de un abordaje sistémico¹⁶ responde a la necesidad de intervenciones ad hoc a un contexto sociocultural que demandaba una mirada contextual o en relación con, más que dentro de la psiquis de quien consulta. Por esto, inicia más como un movimiento de diferentes personas y profesiones, con mixturas de comprensiones, por un lado, la influencia de la cibernética aplicada a los sistemas –familiares– y, por otro, el psicoanálisis, aplicado a la comprensión de aquello que ocurre dentro del sistema (Bertrando y Toffanetti, 2004).

La psicoterapia sistémica en primer momento, da respuesta a una crisis en la psiquiatría -su institucionalización y eficacia- y la psicoterapia (psicoanalítica) por ser incompatible con la lógica de mercado en la salud mental, en conjunto con el auge de consejerías de parejas con fines de higiene sexual y mental. Esto propicia un escenario estadounidense que es protagonizado por profesiones diversas, asistentes sociales, psiquiatras, antropólogos, psicólogos y otros, podrían colaborar en la acción de comprender aquello que ocurre dentro del sistema familiar observado, logrando así el desarrollo de un cuerpo de conocimientos centrados en técnicas, hipótesis comunicacionales y estructurales del sistema (Bertrando & Toffanetti, 2004).

Son variadas las vertientes desarrolladas en la psicoterapia sistémica relacional, se identifican principalmente: el estratégico, estructural, interaccional, transgeneracional, escuela milanesa en primera y segunda etapa, y en los años ‘80 emerge el enfoque narrativo, conversacional y dialógico. Cada enfoque genera premisas de intervención y comprensión sobre aquello que refiere de interés para la clínica psicoterapéutica compartiendo la ontología sistémica relacional del sujeto, sin embargo, desarrollan estilos de acercamiento considerablemente diferentes.

¹⁶ Si bien el recorrido de la psicoterapia sistémica se entrecruza con la psicoterapia familiar, se reconoce que no toda terapia familiar es sistémica, ni la terapia sistémica es necesariamente familiar, se usará el término psicoterapia sistémica y no terapia familiar como una forma de indicar las premisas y funcionamientos en la práctica clínica.

El contexto sociocultural de la primera mitad del siglo XX, se caracteriza por la transformación de las familias, cambios en el ámbito laboral, la incorporación del feminismo, entre otros aspectos, interviene en la experiencia subjetiva, generando un escenario favorable para la emergencia del enfoque sistémico relacional, llegando a ser reconocidos tanto por los gobiernos como por la comunidad científica (Bertrando y Toffanetti, 2004).

En el proceso de construcción del enfoque sistémico, en primer momento, reina la herencia cibernética de los sistemas observados, centrado en las características del sistema a conocer, sus contenidos, reglas de funcionamiento, estructura, métodos de funcionamiento, por lo que la aplicación de principios cibernéticos al sistema como objeto de análisis, dan los cimientos para la comprensión “objetiva” del sistema y su funcionamiento, por ende, de las posibilidades de resolución de problemas.

Bertrando y Toffanetti (2004), llegan a identificar un auge de la psicoterapia sistémica para los años `70 donde refieren que trabajar sobre la familia se transforma en una necesidad más que una oportunidad de investigación.

Para cuando la psicoterapia sistémica logra un posición innegable en el desarrollo de la cultura estadounidense –principalmente-, ya se ha fundamentado en un discurso influenciado por términos metafóricos asociados a la cibernética de la teoría de sistemas (con metáforas como homeostasis, circularidad, frontera, neutralidad, estructura, morfogénesis, retroalimentación, etc.), sin embargo, se incorpora en el discurso con tal normalidad que suelen quedar en el espacio de la obviedad, por lo que pierde capacidad de ser distinguida y menos aún criticada.

5.2.1. Inicios de la psicoterapia sistémica relacional y el rol de la metáfora

La variedad de profesiones que influyeron en la mirada sistémica relacional, facilitó que varias figuras resaltarán con aportes significativos, ya sea en la formación de comunidades de investigación familiar, consolidación de revistas científicas, teorías de la comunicación, de la esquizofrenia o trastornos alimenticios, etc. Para considerar la emergencia de la

metáfora en estos agentes activos de la psicoterapia sistémica relacional, se considerarán dos de sus personajes centrales, Gregory Bateson y Milton Erickson.

El antropólogo Gregory Bateson participa en la construcción de las bases epistemológicas desde donde se funda la psicoterapia sistémica relacional, por lo que ocupa un lugar central en la comprensión sistémica, sin embargo, se posicionó desde orillas diferentes a quienes buscaban en la enfermedad mental o en la familia el objeto de cambio. Para Bateson, la comunicación humana, la esquizofrenia o la psicosis, eran necesarias de ser interrogadas, pero no con el fin del dominio, sino precisamente para ponerlas en relación con otros aspectos como el humor, la metáfora, la poesía, la ecología, el aprendizaje, etc. (Bianciardi, 2006)

Bateson pretendía comprender la ecología a la base de lo que estudiaba, más que la modificación de conducta, por lo que en muchos de sus escritos busca diferenciarse del ejercicio práctico de la psicoterapia, por considerarla miope de aspectos sistémicos del que ella misma es parte, además de buscar provocar cambios bajo una lógica de control que él consideraba difícil –sino imposible– de lograr. Bateson, empatizaba más con un valor estético de las cuestiones a estudiar permitiendo su emergencia genuina para ampliar la mirada de aquello que observa y que a la vez, contiene todo aquello a lo que pertenece como ecología (Bateson, 1976; Christiansen, 2012).

Dentro de las temáticas más estudiadas en Bateson para la psicoterapia sistémica, aparecen: la teoría de la comunicación, deuteroprendizaje, concepto de información¹⁷, epistemología, doble vínculo, la pauta que conecta, sus postulados de la ecología de la mente que da un estatus significativo al aspecto relacional –o del “entre”– en la comprensión de lo humano. La metáfora en Bateson aparece continuamente no solo en su forma de escribir, sino que también la abarca por la multiplicidad de dimensiones que abre en el espacio comunicativo, destacando sus variables relacionales, pero que él vincula al inconsciente o los llamados procesos primarios (Bateson, 1976).

¹⁷ Entendida como “diferencia que hace la diferencia”, postulado que guía la forma curiosidad del psicoterapéutica sistémica relacional, ya que apunta precisamente a la diferencia en tanto relación que permite la novedad.

Cuando Bateson estudia la esquizofrenia y psicosis, inevitablemente considera la metáfora como una de las dimensiones comunicacionales significativamente diferentes con las personas llamadas normales, siendo la metáfora un contenido encriptado aún bajo códigos simbólicos compartidos por la cultura y descentrada de la consciencia (Bianciardi, 2006; Bateson 1976).

En el desarrollo de la teoría ecológica de la mente, Bateson manifiesta que la metáfora conforma el conocimiento tan conocido por el hombre – en tanto especie – que ya se encuentra en un nivel poco consciente de ese conocimiento, por lo que la metáfora se conecta con procesos primarios de la mente, al igual que el arte (Bateson, 1976). La metáfora en Bateson, si bien se encuentra centrada en los significados primarios, también le reconoce su cualidad relacional, no solo en aquello que refiere, sino que en la distinción que favorecen su emergencia. Explica en (1976), lo siguiente:

“En el proceso primario, las cosas o personas no son, usualmente, identificadas, y el foco del discurso está puesto en las *relaciones* que se afirma darse entre ellas. Lo cual es en realidad otra manera de decir que el discurso del proceso primario es metafórico. Una metáfora mantiene inalterada la relación que "ilustra" pero substituye los términos relacionados por otras cosas o personas” (p.109).

Finalmente, Bateson plantea que tanto la metáfora como todo lo referido a los procesos primarios, son inevitables de cualquier sistema comunicacional entre organismos, reconociendo en esto una limitación compartida por el artista, el que sueña, el científico o las aves. Resalta la utilidad generativa de la metáfora precisamente cuando es abordada sin requerir mencionar los términos relacionados, bajo una lógica fantasiosa que facilita la creatividad. Para Bateson, la naturaliza sistémica del mundo natural que es compartido por las diferentes especies, es un semillero de metáforas al servicio de la comprensión de sí mismos en este mundo, que constituye una modalidad comunicativa que constituye múltiples tipos lógicos (Bateson, 1976).

A pesar que Bateson explica esto a partir de las leyes de la metáfora, no desarrolla una teoría de ésta y su funcionamiento, sin embargo, su estilo de escritura explicativa a través

de metáforas, podrían considerarse precisamente como una réplica del funcionamiento metafórico de aquello que observa. En el metáfora, ¿qué es el instinto?, Bateson (1976), se refiere a la metáfora para explicar qué son los sueños y su dimensión relacional que le constituye, por lo que escribe:

“... P.: Pienso que en realidad ya la respondí. Pero intentemos de nuevo. Un sueño es una metáfora o una maraña de metáforas. ¿Sabes qué es una metáfora?”

H.: Sí. Si yo digo que eres *como* un cerdo, es un símil. Pero si digo que *eres* un cerdo, es una metáfora.

P.: Aproximadamente sí. Cuando una metáfora recibe el *rótulo* de metáfora, se convierte en un símil.

H.: Y este rótulo es lo que el sueño deja fuera.

P.: Así es. *Una metáfora compara cosas sin explicitar la comparación*. Toma lo que vale para un grupo de cosas y se lo aplica a otro. Cuando decimos que una nación "decae", usamos una metáfora, sugiriendo que ciertos cambios en una nación son como los cambios que las bacterias producen en un fruto. Pero no nos detenemos a mencionar el fruto, o la bacteria.

H.: ¿Y un sueño es así? P.: No. Al revés. El sueño mencionará el fruto y posiblemente la bacteria, pero no la nación.

El sueño trabaja con la *relación*, pero no identifica las cosas relacionadas” (p.56).

Con estos postulados, Bateson, sin pretensión de una teoría lingüística ni de la comunicación humana basada en la metáfora, es un precursor de la posición naturalista de la metáfora y su contexto relacional, al servicio de la comprensión de sí mismo sin requerimiento hermenéutico.

Otro personaje significativamente influyente en la psicoterapia sistémica y su emergencia, fue Milton Erickson, quien fundamenta los principios estratégicos, con una fuerte actitud clínica que busca el cambio y una intervención directiva. Erickson se caracterizaba precisamente por un estilo comunicativo en terapia basado en una estrategia

ad hoc al cliente, considerando de sobremanera los aspectos analógicos, su principio de utilización y un lenguaje metafórico como protagonista de su intervención (Pacheco, 2002).

Milton Erickson, ha sido considerado como un terapeuta pragmático, con orientación hacia intervenciones breves, centrado en el presente y con utilización de los recursos de las personas, bajo la aplicación de técnicas, tales como la hipnosis, trance, relato de anécdotas, análisis de lenguaje no verbal, tareas terapéuticas, etc. (Bertrando y Toffanetti, 2004)

Dentro del estilo terapéutico de Erickson, destaca la utilización del humor, y generar un espacio psicoterapéutico que propicie la confusión necesaria y previa para el cambio. Las metáforas y anécdotas, eran comunes en el ejercicio psicoterapéutico de Erickson, incluso en procesos de trance. Para Erickson, las metáforas eran formas de sugestión que propician la comunicación a diferentes niveles a la vez y generan el proceso necesario para el cambio (Pacheco, 1993).

Zeig (1983), estudió las metáforas aplicadas por Erickson, considerando como principales beneficios que no implican amenaza, captan el interés del oyente, fomenta la independencia del significado, evitan la resistencia, potencian la creatividad, promueven una buena respuesta hipnótica, perdura más en la memoria el significado.

Milton Erickson con su particular estilo de hacer psicoterapia, generó varios seguidores de sus métodos y estilos de hacer clínica, más aún de comprender aquello que configura el cambio, siendo una influencia clave en los enfoques de terapia breve centrada en la resolución de problemas, terapia estratégica y terapia breve centrada en soluciones (Bertrando y Toffanetti, 2004). Por ende, la utilización de los recursos, el pensamiento estratégico y el uso de metáforas como medio de influencia, se mantuvo en el ejercicio de la psicoterapia sistémica más allá de Milton Erickson, comprendiéndolas como una forma de externalización que facilita la integración de una nueva idea en pro del cambio que el terapeuta quiere generar para el bienestar del consultante.

Para Bertrando (2011), tanto Bateson como Erickson comparten el interés por el análisis contextual más que de contenidos, además de que ambos abarcaron el inconsciente y su funcionamiento. A pesar de eso, se diferencian considerablemente en la actitud clínica

hacia el otro y los postulados epistemológicos que los albergan, ya que la importancia dada al cambio en Erickson no es compartida por Bateson, por lo que la actitud respecto al ejercicio relacional del espacio psicoterapéutico, reporta cambios significativos en la pragmática de la clínica. Además, la idea de poder y su uso es para Erickson una urgencia al servicio del cambio y con una disposición pragmática v/s la actitud de Bateson, que toma distancia de la idea de poder¹⁸, incluso considerándola una falacia por observar a los psicoterapeutas hablar del poder olvidando que se refiere a un principio explicativo, por ende, construido para fines comprensivos, pero no como algo que ocurre o preexiste a la relación (Chistiansen, 2012).

En la era de los sistemas observados, con la epistemología que obviaba la participación del observador en aquello que distingue, se destaca una psicoterapia sistémica que las características del objeto observado, considerando posible la distancia entre el observador y su objeto de conocimiento, o sea el sistema. Emergen la escuela de Milán, quienes desarrollan premisas, principios teóricos, técnicas de intervención y diferentes conocimientos asociados a una labor más *purista* en tanto psicoterapia sistémica (Bertrando y Toffanetti, 2004).

La escuela de Milán se inaugura bajo la participación de Mara Selvini Palazzoli, Luigi Boscolo, Gianfranco Cecchin y Giuliana Prata, quienes buscan diferenciarse de las herencias psicoanalíticas, por lo que el conocimiento se focaliza en observar el sistema familiar a partir de conceptos claves como: reatralimentación, dobles vínculos, juegos, coaliciones, patrones de relación y paradojas. En sus técnicas, revolucionan el trabajo individual del terapeuta, para incorporar el trabajo de equipo en la observación, generación de rituales, estructuración de preguntas de diferencia¹⁹ y feedback de aquello que ocurre en

¹⁸ Bateson comparte con Foucault, el análisis relacional en torno al poder, pero ambos se niegan a considerarlo como una esencia de la interacción del sujeto. Pero ambos advierten cuidado en convertir el postulado de poder en lo que Whitehead llamaba “falacia de concreción injustificada” (o la tendencia a asignar un carácter concreto a aquello que es abstracto).

¹⁹ Bajo el concepto de diferencia emanado de Bateson, que se vincula a la generación de información, lo que facilita la ampliación del sistema.

la psicoterapia sistémica (Bertrando & Toffanetti, 2004; Selvini, Boscolo, Cecchin & Prata, 1996; Boscolo y Bertrando; 1993).

El grupo de Milán, en primer momento, genera tres principios para conducir la intervención sistémica, que se resumen en: hipotetización, circularidad y neutralidad, por lo que fomenta una actitud del terapeuta, sugiere tener una actitud discreta e imparcial, totalmente contraria a la posición del terapeuta estructural como Minuchin que toma protagonismo y provoca cambios (Selvini Palazzoli, et. al., 1980).

Cuando los principales personajes de Milán se dividen en dos subgrupos, Boscolo y Cecchin se focalizan en los sistemas observantes y Selvini y Prata se mantienen bajo el estudio del sistema-objeto que analizan. Boscolo y Cecchin generan conocimientos bajo las ideas de la cibernética de segundo orden, por lo que se redefine y complementa el principio de neutralidad para incorporar la curiosidad²⁰ y posteriormente la irreverencia²¹ como actitudes necesarias para la conducción de una sesión. Su coherencia con una epistemología constructivista, modifica considerablemente la posición del terapeuta y las explicaciones que emergen respecto a aquello que ocurre o debiera ocurrir en terapia (Bertrando y Toffanetti, 2004).

Este segundo momento de Milán, coincide con el giro lingüístico por lo que centra su foco en los estilos comunicacionales o significados que rodea aquello definido como problema por el sistema. El terapeuta ya no es experto en el problema, sino que es un experto en preguntar para explorar los significados acerca del problema, para deconstruir aquello que conforma el estatus de problema, con interés en perturbar las premisas que constituye la relación con él (Boscolo y Bertrando, 1993; Bertrando y Toffanetti, 2004).

Si se consideran las premisas del MRI e incluso en su segundo momento, significativamente las metáforas son incorporadas como medio explicativo de la teoría a la base, al parecer, no fue posible el planteamiento de sus conocimientos y desarrollo en la

²⁰ Ver Cecchin, (1987). Nueva visita a la hipotetización, la circularidad y la neutralidad: una invitación a la curiosidad. *Sistemas Familiares*, Abril, 9-17

²¹ Ver Cecchin, G. , Lane, G. , Ray, W. (2002). *Irreverencia*. Buenos aires: Paidós.

psicoterapia sistémica prescindiendo de la metáfora. No solo en los conceptos, sino que en la concepción ontológica de aquello que ocurre en el espacio psicoterapéutico, ya que se insta a reconocer y utilizar la metáfora no solo como medio, sino también como definición de la dinámica relacional.

A nivel de conceptos, al detenerse en pensar la aplicación de términos metafóricos como devolución, circularidad, neutralidad, chivo expiatorio, juegos, pauta, ejemplifica representativamente aquello que se espera oriente el actuar del psicoterapeuta. En esta dimensión, con claridad se identifica la utilización de la metáfora desde una representación de significados que establece la comparación necesaria de ilustrar a partir de conceptos más estéticamente gráficos y con facilidad de aprehensión del mensaje que se desea instaurar, dando por sentada la similitud de aquello que se desea ilustrar.

En complemento a lo anterior, la metáfora podría tener una posición medular en las distinciones a observar, pero suele mantenerse en un espacio invisible o transparente debido a su común uso. Al situar la metáfora y su lenguaje en la emergencia de los conocimientos y postulados, inevitablemente ésta se vincula a la dimensión ontológica del enfoque, ante la emergencia del sujeto. Tal como manifiesta Deleuze (1969), “todo discurso científico es esencialmente polémico porque implica una concepción del mundo” (p.44). Por ende, la metáfora no solo reporta una figura literaria de la cual se plantean aspectos relevantes para el ejercicio sistémico, sino que, al parecer, el otro –o el sistema– nace a la presencia en estos términos.

Debido a que ésta distinción no ha resultado de interés para quienes han estudiado el enfoque, la metáfora –en tanto figura literaria, pero también como acontecimiento–, emerge desde la obviedad por lo que pierde estatus de relevancia y distancia reflexiva. Sin embargo, la inquietud del salto ontológico que emerge en las premisas compartidas por el enfoque, delimita y define en la práctica aquello que es considerado o no relativo a lo sistémico relacional.

5.2.2. Giro narrativo y metáfora.

El primer momento de la psicoterapia sistémica, nace en una sociedad norteamericana que requería de tecnologías de intervención familiares, por lo que otorga una solución pragmática, junto con reaccionar a un vacío teórico respecto a la dimensión social de la salud mental. Esto lo llevó a cabo bajo un clima de coraje y desconfianza para resaltar las preconcepciones de aquello que fundamentaba la psicoterapia anterior, por lo que resalta de sobremanera la familia y el contexto a costa de la desaparición del individuo (Zamorano, Morales y Besoain, 2013).

El giro epistemológico de los años ochenta se encuentra contextualizado con un deslizamiento sociocultural y la emergencia del discurso posmoderno²², que se caracteriza por un profundo escepticismo de los metarrelatos con pretensión verdad, especialmente aquellos referidos a aspectos universales de lo humano, por lo que el pensamiento es deconstructivo y co-construido en cuanto a la verdad, al conocimiento, el poder, el yo, el lenguaje (Bertrando y Toffanett, 2004; Marín, Ramírez y Valderrama, 2015; Bertrando, 2000).

El giro epistemológico reconoce centralidad al observador, desistiendo de definir aquello real de lo irreal, para situar el foco en el lenguaje como generador de realidades, bajo el modelo constructivista que emerge. En base a este cambio, Minuchin (1998), lo describe como una pérdida de protagonismo de la familia para ser restituida por las narrativas, lo que también se ha identificado como un deslizamiento del contexto al texto.

Este desplazamiento en la psicoterapia sistémica fue llamado giro narrativo, el cual encuentra fuentes de influencia fuera de su disciplina tales como: postestructuralismo de Michael Foucault y socio-construccionismo de Kenneth Gergen. Con el giro narrativo, se recupera la naturaleza individual del sujeto que en primer momento no fue de interés de la

²² Ver de Jean-Francois Lyotard, aquello que denomina como la condición postmoderna, que atraviesa los diferentes discursos y su crisis de legitimidad ante aquellos llamados expertos, pero promulga la resistencia y emergencia de la paralogía de los inventores y su emancipación. El autor anima a la duda sistemática de las premisas y teorías (metanarrativas) sin negar la existencia de la realidad de algún tipo, resolviendo así la contradicción equivalente de verdades aplicada a todas las historias.

psicoterapia sistémica relacional. En este territorio es el narrador –el sujeto y la relación con su narración-, su historia, la trama y su vínculo con el problema, los focos de consideración, dando paso a la problemática de la subjetividad y el sujeto (Bertrando y Toffanetti, 2004; Zamorano, Morales y Besoain, 2013).

En la psicoterapia sistémica relacional post-estructuralista, la cuestión sobre el *setting* psicoterapéutico y las dinámicas de poder reproducidas, dan paso a un cuestionamiento ético político del quehacer clínico.

En el giro narrativo, con la recuperación de la pregunta por el sujeto y la subjetividad en la clínica, favorece la búsqueda de conocimiento respecto al yo relacional, el cual se va configurando en un yo descentrado, con emergencia del cuestionamiento ontológico que la psicoterapia sistémica relacional aún no consigue respuesta. Para responder la cuestión ontológica, inevitablemente la psicoterapia sistémica consulta a fuentes de otras disciplinas, Heinz Von Foerster, Ernst Von Glaserfeld, Humberto Maturana y Francisco Varela, así como filosóficas, tales como Derrida, Deleuze, Ricoeur, Nancy, Bajtín, entregando diferentes premisas explicativas respecto al *ser en relación con* que se encarnan en enfoques psicoterapéuticos (Zamorano, 2014).

Michael White y David Epston²³, plantean el modelo narrativo de psicoterapia, como una propuesta a esta condición postmoderna de falta de certezas y apertura a discursos heterogéneos y emancipados. Critican las prácticas psicoterapéuticas dominantes que reproducen dinámicas sociales coercitivas y restrictivas del sujeto, a la luz de discursos hegemónicos de la vida cotidiana. En sus planteamientos el sujeto emerge del intercambio sociohistórico que se media en el lenguaje, bajo la búsqueda de significado (Bertrando y Toffanetti, 2004; White, 2004; White y Epston, 1993).

²³ Foucault (1973, 1979, 1980 y 1984) y su deconstrucción de los discursos de verdad de la cultura occidental contemporánea, las prácticas de poder, las tecnologías del yo (1988) asociadas al discurso disciplinar, influencia el cuestionamiento de White a la monocultura de la psicoterapia y la política de la verdad que ahí se reproduce, situando el aspecto ético político de su ejercicio, lo cual atraviesa su modelo y prácticas narrativas.

Postulan la metáfora del sujeto como texto en sus principios explicativos, quien relata historias sobre su identidad, sus relaciones y su relación con el problema, y la psicoterapia narrativa se convierte en un proceso de re-autoría de esas narraciones en base a la dinámica de relatos dominantes –saturados de problemas- y subyugados. Concebir la metáfora del sujeto como texto, es lo que configura que White considere la práctica psicoterapéutica de mérito literario, en tanto comprender la relación entre el lector con el texto –de sí mismo u otros-, de igual modo, la trayectoria vital de las personas como la evolución de lecturas y relecturas de aquellos textos. Con ello, cada nueva lectura posibilita una interpretación novedosa del sujeto, por lo cual, también la posibilidad de una nueva forma de escribirlo (Tarragona, 2006; White y Epston, 1993).

La metáfora del sujeto como texto, no es la única metáfora que utiliza el modelo narrativo para explicar sus puntos de orientación en la psicoterapia, sino que en su identificación como una terapia bajo la tradición postestructuralista, que se toma de la metáfora magro y denso para manifestar el ejercicio de aquello que se espera lograr en la generación de conocimiento que trastoca el quehacer de la clínica psicoterapéutica, lo cual se observa en el modelo narrativo bajo técnicas como las prácticas de reintegración y de reautoría (White, 2002).

En el modelo narrativo, el lenguaje y su centralidad cobija dos problemáticas, en primer lugar, “una narración no puede abarcar jamás toda la riqueza de nuestra experiencia vivida” (White y Epston, 1993, p.28) y, en segundo lugar –en referencia a lo anterior– dada esta economía narrativa, habría una edición por medio de la cual priorizamos algunos relatos de nuestra experiencia vivida y dejamos de lado otros de todo el conjunto de vivencias factibles. Por lo que el lenguaje, en tanto hegemonía del signo, tiene restricciones significativas para dar cuenta de la experiencia vívida, por lo que la psicoterapia narrativa delimita un terreno que se focaliza en una experticia hermenéutica, pero olvidando aquello que excede a esta regla.

Michael White (2002), refiriéndose a las metáforas fundantes de su modelo, advierte un peligro en la incorporación de los postulados como verdades, por lo que manifiesta:

“Cuando una metáfora ha sido incorporada al uso corriente hasta el punto de que se la toma literalmente, entonces muere y se convierte en un hecho. Las metáforas muertas no tienen potencial para generar algo, para desafiar los límites de lo conocido” (p.52).

La metáfora como novedad o bien, cuando se logra distinguir y reconocer, permite la generación de escenarios alternativos, icónicos y particulares, con esto se dota de una energía propia aquello que ahí acontece en la metáfora. Si la metáfora del sujeto como texto ha sido incorporada literalmente, entonces es necesario repensar el modelo y su coherencia con las prácticas narrativas, las cuales podrían configurar una tecnología de edición de textos – o sujetos en relación con ella -, pero que se distancia considerablemente de sus premisas, las que buscaban alejarse de una reproducción técnica descontextualizada y con pretensiones de verdad, lo cual pondría en peligro la esencia emancipatoria de la propuesta que realiza White y Epston (Morales, 2010).

En el modelo narrativo, la metáfora no solo se presenta como un medio explicativo de las premisas del enfoque, sino que conforma una técnica relevante en la psicoterapia infantil. Freeman, Epston y Lobovits (2001), identifican la metáfora como un recurso de la comunicación lúdica además de situarlo como el lenguaje de la externalización²⁴. Estos autores plantean dos tipos de metáforas para ser utilizadas en los niños y afrontar conflictos familiares. Estas son las metáforas interaccionales y las de relación, llegando a afirmar como criterio de utilización de las metáforas en la psicoterapia con niños es “que la relación metafórica concuerde con el grado de opresión del problema” (p.103). En la psicoterapia narrativa con niños se plantean metáforas que resultan más útiles para la práctica clínica, por ejemplo, la utilización de metáforas de medios de comunicación para describir cómo se pretende conseguir el cambio en colaboración, bajo un código de juego asociado a diferentes roles y generación de noticias. Otra de las metáforas usadas como técnica en la psicoterapia narrativa con niños, es aquella sugerida de realizar al cerrar un proceso

²⁴ Para ellos la metáfora como externalización no solo debe ser referida al problema, sino que también la relación –peleas como guerras-, siempre considerando la participación de la familia para definir las y construir las. Complementan esto, con la sugerencia de no utilizar metáforas que impliquen competencias o dominio.

terapéutico como una forma simbólica de paso a una mayor autonomía y conocimiento de sí mismo –paso de novato a veterano-, a través de “rito de pasaje” (Freeman, Epston y Lobovits, 2001).

No es novedad que en el postestructuralismo el lenguaje tome centralidad, por ende, cualquiera de sus manifestaciones resulta de mayor influencia a la hora de comprender el sujeto, sin embargo, su aplicación a la psicoterapia corre el riesgo que el ejercicio clínico se repliegue a tener experticia en la traducción de significados (Pakman, 2010). A pesar de esto, la metáfora toma un rol activo no solo en los postulados sino en las técnicas que la psicoterapia sistémica relacional, sin embargo, suele mantenerse bajo códigos representacionales, didácticos y estéticos del decir.

Además de la psicoterapia narrativa, la terapia conversacional y dialógica, también se construyen como una respuesta a la condición postmoderna, centrándose cada una en aspectos diferenciales del contexto psicoterapéutico. La terapia conversacional planteada por Harlene Anderson y Harry Goolishian, comparten la premisa que los sistemas existen en el lenguaje, aunque focalizan su interés en el espacio local, entre interlocutores, de la conversación terapéutica. La idea principal de la psicoterapia sistémica en el modelo conversacional, es propiciar que lo no dicho se tome de la palabra para ser expresado y pensado (Bertrando y Toffanetti, 2004).

La perspectiva conversacional, potencia considerablemente la premisa de colaboración -más que expertos- entre quienes participan de la psicoterapia, en base a una actitud de “no saber”, donde el terapeuta muestra un interés activamente comprensivo más que de control, promoviendo la misma acción del sujeto respecto a su propia narrativa en base a una conversación abierta (Anderson y Goolishian, 1996).

Respecto a la terapia dialógica, se plantea como una propuesta emergente en la terapia sistémica relacional, precisamente porque focaliza la mirada en la relación que se constituye como diálogo no solo entre los participantes, sino que dentro de la misma estructura del lenguaje. Genera producciones nuevas para la clínica sistémica relacional, posibilitando una respuesta a la pregunta por la subjetividad y su relación con el lenguaje,

donde Mijail Bajtin (1979) menciona “ser significa comunicarse dialógicamente” (p.324). Ideas planteadas por el lingüista soviético Mijail Bajtín (1986; 2005), permite visitar nuevamente la naturaleza relacional del sujeto, la subjetividad entendiéndola como multiplicidad en base a sus premisas de polifonía y heteroglosia, por lo que la diada continuidad/discontinuidad son constitutivas de la subjetividad posicionada y emergente en el diálogo singular, enfrentado siempre a la alteridad –o terceridad (Besoain, 2015).

Tanto en la perspectiva dialógica como en la conversacional, la metáfora no aparece como técnica ni foco de estudio en tanto contenido, sin embargo, estructura el discurso de ambos enfoques en base a la comprensión retórica explicativa de su uso, que dota de estética y densidad aquello que se pretende explicar para cada perspectiva, por ejemplo, Bajtín lo realiza a partir de metáforas asociadas a la física y música²⁵.

5.2.3. Psicoterapia crítico poética: Micropolítica, metáfora y ética.

Complementario al auge de la psicoterapia centrada en el sujeto como texto, los postulados de una psicoterapia crítico poética planteados por el psiquiatra argentino, Marcelo Pakman, plantea una perspectiva crítica al ejercicio de la psicoterapia alrededor del entrenamiento hermenéutico de las narrativas. Este autor, sitúa el interés en la pregunta por el sujeto, la subjetividad y el yo descentrado, su relación sociohistórica y el espacio psicoterapéutico. Se propone que lo psicoterapéutico se configure como un espacio micropolítico que contenga una práctica crítico-social, por lo que se abre al terreno sobre aquello que excede las tradiciones de significados –poético- que deben abordarse bajo una ética de lo humano (Pakman, 2010; 2014).

La propuesta de Pakman, centra su interés en la singularidad de la experiencia, con ello manteniendo postulados que en sí mismo resultan una resistencia a la demanda de generalidad –o protocolos de hacer– que suelen manifestarse en el discurso

²⁵ Bajtín plantea la estructura del enunciado en base a la interacción simultánea de las fuerzas centrípetas y centrífugas, constituyendo la dualidad estructurante del lenguaje. Utiliza varias metáforas asociadas al ámbito musical para referir la participación de múltiples voces ajenas en cada palabra, en metáforas como polifonía, orquestación, etc.

psicoterapéutico. Esta propuesta planteada por Pakman -bajo la influencia de varios filósofos Deleuze, Jean Luc-Nancy, Levinas, Althusser, Badiou, entre otros- vuelve a cuestionar la consideración del lenguaje, en tanto palabra, como centralidad del ejercicio psicoterapéutico. Como resultado de lo anterior, sitúa la singularidad y su emergencia como protagónico, bajo una manifestación textural o estético del encuentro, en exceso de los significados que atraviesan la experiencia humana, por lo que cobija una pregunta que generalmente quedó relegada a la filosofía, pero que atraviesa la experiencia humana, me refiero a la experiencia del sin sentido y la pregunta por el sentido (Pakman, 2010).

Pakman plantea que la experiencia humana suele estar guiada por fuerzas micropolíticas desde diferentes fuentes, por lo que la continuidad/discontinuidad de la experiencia toma estatus de verdad, por ende, la experiencia se atraviesa la discontinuidad a través de puntos de fuga, que tiene consigo la posibilidad reflexiva e inquietud de sí, la cual puede tener lugar en el encuentro psicoterapéutico. Por lo anterior, el psicoterapeuta se ve enfrentado a resolver aquello que ocurre a partir de sus premisas tecnológicas respecto a la salud mental, psiquis, narrativas o bien, tolerar la interrupción fugaz de aquello que lo indecible y dejarse tocar por la materialidad sensible del evento, para posibilitar la apertura a cuestiones relativas al sentido de la experiencia humana, su reflexividad y sensualidad (Pakman, 2010; 2014).

La psicoterapia crítico poética, requiere una distancia reflexiva y dar paso a la singularidad encarnada de lo humano, y esta psicoterapia se configura en una posibilidad para la emergencia de aquello que es único e irremplazable. Una de las dimensiones claves de la propuesta de Pakman (2010), se centra en la noción de poética planteada por Nancy, (2008, 1997, 1993), quien lo define como “aquello que está siempre en exceso de los significados identificables que configuran a las identidades y a las narrativas como totalidades coherentes” (p.37). Este evento poético, nace de espacios de indeterminación o de fuga, que emerge del encuentro, por lo que reconoce la dimensión relacional del ser que se asoma bajo texturas particulares.

Los eventos poético no configura la comprensión de eventos extraordinarios sino que son cotidianos, fugaces que están al límite de la capacidad significante, por lo que

nacen a la presencia condensados en texturas o sensualidades propias de las imágenes, voces, miradas, etc. Pakman (2010) afirma:

“El seguimiento y consideración de imágenes que acompañan el estar y el pensar, el decir y el escuchar, en su ambigüedad e indefinición, en su presencia elusiva, son expresiones comunes de lo poético. La alusión, el circunloquio, el contraste y la metáfora en el sentido de Bateson como una lógica mal construida desde la perspectiva de la lógica tradicional son expresión común de palabras que, en su permanencia como visitantes inesperados, bienvenidos y temibles, suelen dar testimonio del acontecer poético” (p.41).

Pensar este acontecer poético, requiere reconocer un aspecto del despliegue del encuentro psicoterapéutico que está en una dimensión indecible, o aspectos no mapeados, los cuales apelan a un conocimiento imaginativo y generativo en la relación con la singularidad, más que un conocimiento restrictivo y logocéntricos.

La metáfora por ende, podría acontecer como un evento poético en tanto apertura de aquello que emerge sensualmente en la dimensión de sentido. Pero es necesario considerar que, no toda metáfora sería un evento poético, ya que la cualidad poética de aquello que ocurre, está dada por la experiencia del encuentro y la búsqueda de sentido, y no por la comprensión de la metáfora como tecnología o figura de la lingüística dominada por la primacía de la palabra bajo la soberanía de significado.

Pakman (2010), explica la urgencia de una psicoterapia crítico poética, en base a la generación de una alternativa a la hegemonía que da materialidad a una ideología del consenso, y manifiesta la importancia que la psicoterapia “no se remita a ser una tecnología de práctica interpretativa de lectura de significados” (p.140).

En diferentes momentos, Pakman reflexiona críticamente sobre la lealtad que los psicoterapeutas tienen hacia las teorías psicológicas de moda – con ello a las ideologías de base –, por lo que considera los postulados de Schön, respecto a las teorías en uso y la reflexión sobre la acción. Schön (1992), estudia la formación de profesionales con pensamiento reflexivo, y la vincula con la emergencia de la metáfora, refiere en ella la

posibilidad de novedad ante los modos de acción, ya que la considera como un emergente espontáneo ante obstáculos en la reflexión (Pakman, 2010).

La escritura de Pakman cuida mantener la sutileza con la que espera ser considerado en sus planteamientos, ya que utiliza el lenguaje consensuado para plantear aspectos de la experiencia humana que sugiere abordar desde la perspectiva de la singularidad, por lo que procura no categorizar la misma singularidad²⁶, explicitando la necesidad de utilizar la palabra (en tanto hegemonía del signo), pero resguardando su contrariedad al aspecto sensible, innombrable, tendencia universal e incluso apelando a la etapa previa a la adquisición de la palabra.

Lo poético señala que la palabra no se agota en el signo, suelen ser palabras que permanecen, e incorpora inevitablemente un momento del encuentro psicoterapéutico de lo indecible pero que emerge en sincronía de la relación, discontinua, de apariencia fugaz y con una materialidad sensible que toca a quienes participan de la relación psicoterapéutica, por lo que el interlocutor se ve ligado a una decisión ética²⁷, con consecuencias traumáticas o poéticas, ya que se encuentra en su poder elegir reconocerle o bien darle muerte (Pakman, 2010).

En la psicoterapia crítico poética, Pakman resitúa la materialidad sensible en el espacio psicoterapéutico, con ella la dimensión corporal en tanto integridad y no parcialidad, dispuesta al proceso reflexivo en búsqueda de sentido (Zamorano, 2014).

Desde esta perspectiva, la metáfora no solo aborda la posibilidad de emergencia del ser en tanto poesía, o bien, punto de indeterminación de lo humano, sino que reconocen en ella, la posibilidad icónica, creativa, imaginativa, sensual y cotidiana que conlleva a una dimensión de sentido²⁸ bajo la experiencia de novedad, por ende, innombrable e incluso

²⁶ Pakman lo relaciona con la dimensión poética de la experiencia, sincrónica en el encuentro, bajo la comprensión de excripción realizada por Jean Luc-Nancy. Ver Pakman (2010, p.236)

²⁷ Pakman (2010), considera la ética desde los postulados de Heinz Von Foerster, aludiendola como una decisión respecto a lo indecible, que tiene la dualidad de posibilitar la decisión pero constituye un riesgo.

²⁸ Pakman (2014), cuando se refiere a la dimensión de sentido, retoma postulados de Jean Luc-Nancy que precede y excede la significación, además de ser parte de la ecología del regazo. Ver Pakman (2014, p.91)

impensada en algunos casos. De esta forma, podría considerarse la posibilidad de focalizar el uso de la metáfora como una forma de mantener lo indecible, acceder a la dimensión de sentido, que tiene un carácter de verdad, fútil, de textura vívida en su acontecimiento, o sea en lo que es en tanto presencia, y no en su “traducción”.

La metáfora y su innegable apariencia icónica, abre posibilidades de trabajo con la imaginación y sus texturas, sobre los puntos de indeterminación que ahí se cobijan, requiriendo tomar decisiones terapéuticas asociadas a la presencia de la dimensión de sentido en la clínica, en base a la imagen como aparición – y no apariencia.

Pakman visita nuevamente la teoría de Bateson a la luz de sus estudios acerca de la imaginación, dotando de relevancia la metáfora como estructura de la metodología de su teoría de la ecología de las ideas. Como Bateson se interesó en las cosas que se pueden hacer con las palabras y su uso, plantea especial énfasis en la metáfora porque denota una relación entre el sujeto y lo nombrado, por lo que incluso podría configurar una experiencia sacramental (Pakman, 2004). Por ende, Pakman analiza que Bateson reconoce en la metáfora una práctica descentrada, con status natural y cotidiana, que resalta la relación entre lo nombrado y quien lo nombra, por lo que “es el lenguaje apropiado” (p.9) para el mundo de la mente de Bateson.

Finalmente, Pakman (2014) vincula la metáfora como un camino a la intervención vinculado al trabajo de la imaginación en terapia, en base a la posibilidad interminable de introducir diferencia y producir novedad. Como la metáfora se rige por leyes más imaginativas que de lenguaje objetivo, no le interesa cumplir con contenidos que cumplan con preceptos verdaderos de aquello que se enuncia, dotando de posibilidad imaginativa aquello que acontece en la metáfora, es lo que Pakman refiere como la posibilidad de un espacio intermedio entre el arte y la ciencia.

En síntesis, ante la revisión, se puede identificar que en la psicoterapia sistémica tanto moderna como postmoderna, se ha integrado la metáfora tanto en sus postulados teóricos como en la disposición práctica de la psicoterapia. Esta integración de la metáfora, no ha logrado un protagonismo, ya que se releva a una figura del lenguaje que dota de

cualidades lúdicas, de referente, imaginativas, persuasivas y de consenso en la psicoterapia, entendida como un espacio hermenéutico dominado por la interpretación. En los enfoques postmodernos pretenden mantener un espacio crítico de las pretensiones sociales dominantes, pero su ejercicio dialógico, se encuentra bajo la lógica del lenguaje como objeto, por ende, es concebido como central y el medio por excelencia para lograr el significado, el cual se rige por conceptos consensuados, globales y restringidos a la etapa conceptual abstracta del sujeto, por ende, el ejercicio psicoterapéutico es un ejercicio de interpretaciones, de hablantes o dialogantes que interactúan para aprehender el conocimiento.

Tanto en los enfoques modernos como post-estructuralistas, en la psicoterapia sistémica relacional como en otras corrientes de la psicoterapia, el dominio representacional del lenguaje, interviene en la comprensión de la metáfora, a partir de una estética del discurso, que le reconoce cualidades lúdicas, persuasivas, de externalización, educativas o bien de oratoria, por lo que su ejercicio logra completarse en el significado y el uso de la palabra – como una política de la palabra. Esto se aloja en una hegemonía del signo con demandas de significación, donde el terapeuta es experto, a pesar de mantener una relación o estética de ésta, con pretensiones de

La excepción de esta comprensión, ocurre en la psicoterapia crítico-poética, que reconoce en la metáfora la posibilidad de un evento poético, que dota de apertura el encuentro psicoterapéutico con un dominio de sentido que excede los procesos de significación, precisamente por encontrarse fuera de la hegemonía del signo, y encriptada en una materialidad sensible, propia de las experiencias significativa e indefinida, dispuesta al proceso de inquietud de sí. La metáfora en su cualidad poética, es reconocida en la psicoterapia crítico poética, aunque no ha logrado centralidad en sus postulados, pero le reconoce la posibilidad de encuentro hacia la construcción de sentido, a partir de su textura particular, sensual, dotada de imágenes que demanda una interacción sensible dispuesta al misterio del sentido.

LA METÁFORA COMO TEXTURA EN LA CLÍNICA DE LA SINGULARIDAD

Pensar la práctica clínica relacional desde la metáfora como acontecimiento, requiere de un contexto que pretenda contacto con la singularidad, lo fugaz, aquello que se encuentra fuera de la hegemonía de signo, para dotar de apertura al proceso de inquietud de sí por sobre la consciencia o conocimiento en tanto un dominio de verdad respecto al sí mismo.

Lo anterior se considera necesario como condiciones de posibilidad para una clínica sistémica relacional que afronta la pregunta por el sujeto sin mantener una dualidad lenguaje/cuerpo, sino más bien reconociendo esa integralidad del habitar la clínica, como diría Betrando (2000) en diálogo encarnado. Por ende, se pretende reconocer en la metáfora su doble función –presencia y representación– y no disminuir el valor a alguna de ellas, ya que caería en el mismo ejercicio idealizador lingüístico.

En su momento representacional, la metáfora aporta como figura del lenguaje bajo la lógica objetiva del signo. La metáfora como acontecimiento, dota de rendimientos el espacio clínico, por encontrarse en el terreno presubjetivo, preconceptual, pero en conexión con la experiencia sensible dispuesta a la inquietud de sí. Este proceso de insistencia interna, que busca emerger en el encuentro, se burla del significante en el uso de la metáfora como acontecimiento. Lo anterior, propicia al contexto clínico para la construcción de sentido en conexión con la materialidad de la experiencia, sin pretensiones de legibilidad abstracta, pero con sincronía imaginativa.

El enfoque post-estructuralista permite a la psicoterapia sistémico-relacional, dar respuesta a la pregunta por el sujeto que interviene no solo en la pragmática de la clínica, sino en el juego de relaciones que se despliegan como posibles o restringibles. Si la psicoterapia sistémica relacional no concuerda con la ontología del sujeto dominado por discursos científicos de verdad, entonces se ve enfrentada a proponer territorios novedosos del sujeto que escapen de un funcionamiento ético político subyugador.

En este margen varios aportes post-estructuralistas permiten reconocer la necesidad de reconsiderar la experiencia vívida en la psicoterapia, con esto, se intenta recuperar al

cuerpo el cual era un pendiente en la psicoterapia sistémica relacional. Si bien se vuelve a considerar el cuerpo, no se propone como una dimensión al margen de otra, sino más bien la necesidad de recuperar la experiencia y su territorio corporal, al servicio de la danza relacional (Bertrando, 2000).

En base a esto, el encuentro terapéutico tiene una dimensión textural que configura un territorio productivo para la singularidad en tanto disposición sensual del encuentro, que se configura con apertura al devenir fugaz de la experiencia, el cual acontece como resultado de su extravío. Es necesario retomar la dimensión textural de la metáfora, que da carácter de acontecimiento por habitar el espacio clínico y nacer a la presencia singular en el registro común, lo que favorece el deslizamiento de convertir –tal como lo advertía Bourdieu– lo cotidiano en exótico. La dimensión textural de la metáfora como acontecimiento, permite una singularidad vívida de la experiencia, similar a la interpretación musical y la pasión con que ella ocurre al margen de las palabras que pueda contener dispuestas al encuentro sensual.

Al pensar los rendimientos de concebir la metáfora como acontecimiento, se plantearán cuatro ejes comprensivos propuestos como condiciones de posibilidad para un ejercicio clínico textural de la metáfora y la singularidad en su emergencia. Los cuatro aspectos a considerar, se organizan por describir la experiencia clínica, su foco, las demandas del espacio psicoterapéutico y la política del acontecimiento para una clínica sistémica relacional que aborda la metáfora. Esto se realizará con ayuda de ilustraciones²⁹ de la emergencia de la metáfora en el espacio clínico.

Respecto al primera apartado, se pretende plantear los elementos necesarios para comprender la experiencia clínica alrededor de la metáfora como acontecimiento que propicia entender la psicoterapia como artesanía, donde emerge la singularidad múltiple del sujeto, dotada de una experiencia artística en el trabajo imaginativo propio de las metáforas al servicio de la comprensión de sí con una experiencia contemplativa de la misma. El

²⁹ Las ilustraciones pretenden provocar estéticamente la imaginación del lector sin fines interpretativos, sino más bien alusivos a un *toque* de la imagen de la metáfora que es considerada necesaria a la hora de plantearla más allá del territorio del signo.

trabajo imaginativo implica el juego con las apariciones múltiples del sujeto en la metáfora, su proceso creativo y la erótica como estética de la clínica.

El segundo apartado se refiere al foco clínico que dota de condiciones de posibilidad para la emergencia de la metáfora como acontecimiento, para fundamentar que cuando el horizonte clínico se encuentra en el sentido de la existencia, la metáfora nace como mera presencia. Se explicarán aspectos alrededor del sentido de la existencia, su extravío y el terreno que habita como una dimensión sagrada de la existencia la cual se encuentra constantemente asediada por fantasmas.

En el tercer apartado se abordará la relación terapéutica que propicia la metáfora como acontecimiento, para identificar la naturaleza del encuentro en base a una actitud de compromiso con la presencia y su continuidad, por medio del reconocimiento que visibiliza aspectos sensibles de la experiencia e inquietud de sí, desde una hermenéutica de la confianza que tiende al olvido por estar arrojada en la relación emergente.

El último apartado busca reflexionar sobre la dimensión ético-político de la metáfora como posibilidad emancipadora, considerándola un momento político que se presenta en tanto disenso al servicio de la libertad de sí, bajo una ética del cuidado. La posibilidad emancipatoria de la metáfora tributa a una ejercicio de cultivo de sí como arte que se encuentra en reinención constante.

6.1. La clínica como artesanía. Una experiencia artística.

6.1.2. Hacia el desocultar la singularidad múltiple.

La experiencia, aunque sea poco clara para la lógica, se encuentra dotada de una certeza de su existencia que, muchas veces, se toma del contexto clínico para aparecer en tanto cuestionamiento de sí. La experiencia con su textura sensual e inmanencia, excede el dominio racional propio de la palabra y presenta una materialidad del encuentro al servicio de la singularidad, tal como el artesano permite traer a la vista aquello que emerge del trabajo particular entre la creación artística con el objeto que materializa.

Por ende, la experiencia clínica de la metáfora en tanto acontecimiento, requiere la herencia creativa en la esencia de la técnica ya explicada por Heidegger (*cf.* p.43), esto propicia un desocultamiento clínico basado en el estar ahí dispuesto como arte en construcción que propicia el devenir del sujeto bajo una experiencia estética y su tránsito generativo.

La *tekhné* se configura como una invitación creativa al encuentro, que es puro acontecimiento en la medida que la relación reconoce esa materialidad sensible y misteriosa. El primer momento en que esta experiencia tiene lugar, se caracteriza por mantener un código sensual, inefable e incluso ilegible, que no responde a leyes hermenéuticas, pero se encuentra en sincronía con el encuentro que desoculta la esencia del sujeto.

Lograr distinguir la metáfora y su emergencia en el encuentro psicoterapéutico como una invitación a la creación de posibilidades en el proceso de subjetivación que se encuentra el sujeto, favorece para confiar en la experiencia que toca, o trastoca, a quienes participan bajo códigos de sensualidad o mundos simbólicos compartidos culturalmente, que están al servicio de aquello que irrumpe la continuidad de sí.

Si se considera el abordaje de la metáfora como *tekhné*, es posible reconocer la materialidad y deslizamientos del devenir del sujeto, en tanto artesanía que nace a la presencia como proceso generativo de novedad. Tal como plantea Jean Luc-Nancy (2003) “la singularidad es materia, ya sea que se entienda como acontecimiento o como autenticidad de la existencia, o como las dos cosas a la vez, y siempre en cuanto sentido... la materia siempre es singular o está singularizada” (p.96). Siguiendo esto, la singularidad tiene un sustrato de realidad emergente, insustituible, comparecencia repentina e incierta, que podría acontecer en la metáfora con su cualidad imaginativa y creadora.

Parafraseando a Jean Luc-Nancy (2003), el ser es singular múltiple que favorece la apertura y generatividad propia de su presencia, la cual se encuentra expuesta por su venida en la presencia y por su cualidad de ser “cualquiera”, o sea, cada sujeto es tan singular como cada otro uno. Cuando se refiere a la singularidad, ésta no es equivalente a

individualidad ya que no se opone a lo plural, sino más bien a lo único, irrepetible e irremplazable como una textura particular en emergencia de la experiencia sensible (Pakman, 2010). La singularidad es entendida como una resistencia a la pauta dominante que interviene en la *producción de* subjetividad del sujeto y su constitución, por lo que la metáfora como acontecimiento, propiciaría un espacio relacional ad hoc a la emergencia resistente a uniformidades que habita en el espacio indeterminado e inconcluso del sujeto y su subjetividad.

Así como existen condiciones de posibilidad para la emergencia de la singularidad en la clínica, Pakman (2014) también identifica las condiciones para obstruirla, afirmando que siempre la tendencia hermenéutica de la psicoterapia centrada en el significado anula la singularidad, por responder a pretensiones de generalización y conceptualización abstracta que den con la *verdad*, conllevando a una psicoterapia desencarnada.

Considerar esto en torno a la propuesta de la metáfora, permite reconocer en su acontecimiento, una presencia inconmesurable en tanto venida dispuesta a una relación artesana, donde la singularidad lo habita y a la vez, se muestra abierta a la multiplicidad que la constituye. La relación artística con la singularidad que acontece en la metáfora, no es a partir de criterios de producción o generalidades de aquello que pretende lograr, sino que se encuentra con la invitación de la metáfora en su dimensión sensible, para navegar en mundos sensibles, estéticos e incluso de ficción que desconoce su rumbo, por estar en una dimensión de devenir en el presente.

Abarcar la metáfora como *tekhné* permite una articulación estética de la singularidad múltiple que acontece en ella, y que se desoculta³⁰ contemplativamente en su dimensión sensible. La emergencia de la metáfora podría presentar un cambio hacia la experiencia de la pérdida y su presencia, no solo el extravío de la palabra en tanto significativo, sino de estar en falta de sentido del ser, lo cual permite reconocer en ella su

³⁰ El desocultar explicado por Heidegger, no dice relación con el develar algo oculto típico de las concepciones psicoterapéuticas del contenido inconsciente o latente, sino que refiere a desocultar que visibiliza al sujeto en su singularidad y dimensión sensible, artística. Véase Heidegger (2007) sobre el pensar meditativo y pensar calculante en *la pregunta por la técnica*.

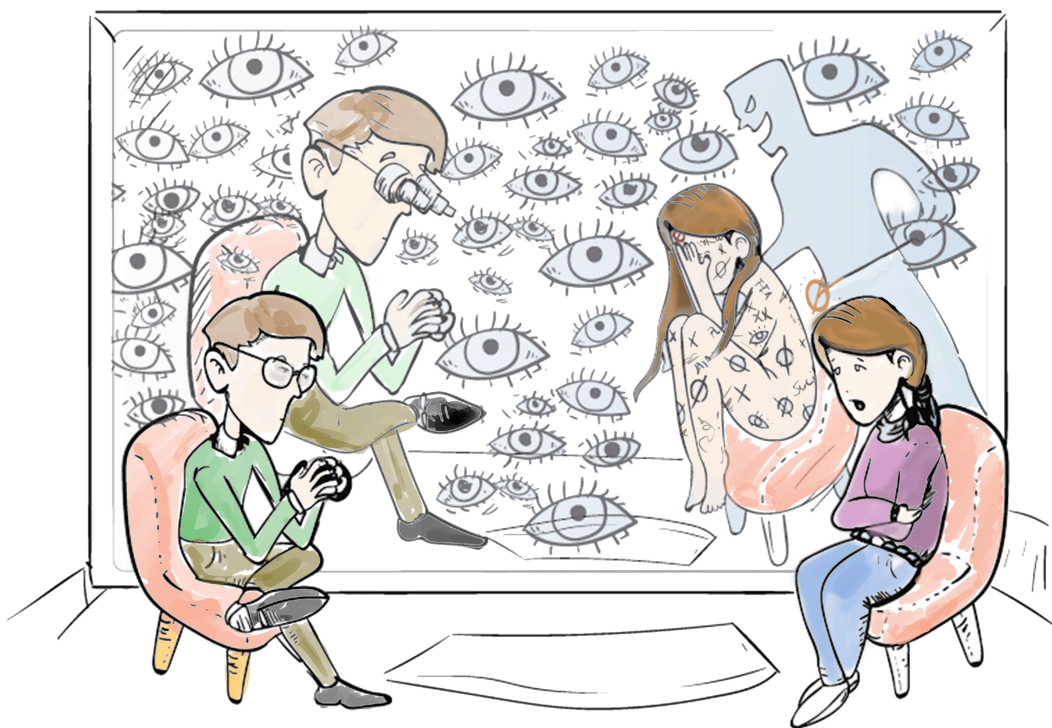
relación con lo indecible. La metáfora entonces, propicia una relación con la naturalidad del registro preconceptual e incluso presubjetivo del sin sentido, lo que mantiene la textura estética del acontecer metafórico (Nancy, 2003).

T: ¿Cómo es que prefieres evitar salir?

P: es que siento que tengo una marca en la frente, que todos ven, estoy marcada.

T: Aha, ¿sabes? Pensé en las marcas que les hacen a los animales.

P: Imagina eso, en todo el cuerpo y consciente de eso, ¡es como una condena! (con pesar).



Pensar la clínica como artesanía implica un encuentro con apertura a la novedad o misterio de la metáfora y su presencia, la cual habita la experiencia como una inquietud de sí que demanda ser sentida, vívida, dispuesta al proceso de transformación³¹ que el sujeto

³¹ Se entenderá por transformación aquellos planteamientos desarrollados por Jean Luc-Nancy (2003), cuando explica que la transformación es una práxis y no una poiesis, ya que no se refiere a una obra, sino que es una acción que agencia el sujeto. Para él, una transformación implica “cambiar el sentido del sentido, pasar del tener al ser” (p.23)

experimenta ante la interrogante encarnada por experiencias de sufrimiento o extravío de sí mismo (Nancy, 2003). Si se considera la situación clínica ilustrada, la marca que ella experimenta, se mantiene en un territorio corporal que vehiculiza su singularidad asediada por la interrogante de sí misma y propia pérdida. Si se considera esta expresión como un tema de meras palabras y significados, el territorio que se desoculta en la metáfora como posibilidad de cobijo en el encuentro clínico, podría ser incluso iatrogénico para ella, su sufrimiento y el rescate de sí que busca.

Por lo tanto, la *tekhné* en la psicoterapia de la metáfora como acontecimiento, propicia una clínica artesana ante la emergencia de la singularidad múltiple. La experiencia clínica de la singularidad, en la metáfora como acontecimiento, contiene una cualidad generativa de novedad propia del tratamiento de la aparición de las imágenes. Tal como el artesano se relaciona con lo nuevo a partir de una experiencia artística, el encuentro clínico con la metáfora podría convertirse en una relación como una obra de arte. Pensar la clínica como una experiencia artística conlleva consigo a una dimensión contemplativa de la experiencia que se mantiene cómodo en la búsqueda que nos toca estéticamente, ya que requiere de una inquietud por la experiencia misma de estar arrojado a la sensibilidad.

Considerar la clínica como artesanía posibilita que los sujetos participantes esten sujetos a una experiencia de contemplación con la sensualidad material que acontece en la metáfora, lo cual contiene una revelación en la experiencia misma. El arte³² atrapa a quien lo contempla por su carácter vívido en el encuentro sensual e incluso erótico. La contemplación de la estética de la metáfora, radica en el aparecer por lo que requiere una sensibilidad poética y de la imagen, ya que no se reduce a una producción individual, sino que se encuentra arrojada al encuentro clínico y la posibilidad de su continuidad o interrupción (Pakman, 2010).

³² Se comparte la definición del arte planteada por Rancière (2011), entendida como “construir espacios y relaciones para reconfigurar material sensible y simbólico en el territorio de lo común” (p.31)

6.1.2. El recurso artístico: El juego de la imaginación y creatividad que conmueve.

El material de este trabajo artesano de la metáfora se deviene de su cualidad imaginativa venidera, las cuales suelen burlar la exigencia realista del lenguaje y representacionista de la imagen. La metáfora y la imagen se presentan con un carácter de experiencia, que transporta el encuentro a un escenario creativo en su aparición misma y no como apariencia. Lo anterior, sitúa al otro –como alteridad– ante la decisión con la metáfora desde registros diferentes. Por un lado, el registro del conocimiento bajo el dominio de la representación, tomará la imagen como apariencia, representable y traducible a generalidades de la estética que rinde homenaje a la producción de verdad respecto a la belleza. Por otro lado, interactuar con la metáfora y la aparición de las imágenes que ella habita, desde un registro de la presencia, llama al otro a un desplazamiento imaginativo que se mantiene en la sensualidad de las apariciones del mundo, con un suspenso inquietante y misterioso para la lógica, ya que no respeta la división entre ficción o realidad, posible e imposible.

La metáfora porta el beneficio de no requerir ser comprobada, por esto ha sido asociada a un lenguaje poético, ya que se mantiene constantemente abierta a la pérdida absoluta de sentido (significante) que se limita a anunciarse para no ser atrapada por la tecnificación (Derrida, 1989). El anunciar poético de la metáfora y la aparición de las imágenes habita en la experiencia de su presencia como tal, posibilitando el trabajo clínico a partir de la imaginación, que permita la multiplicidad de apariciones de la imagen que la metáfora trae consigo por naturalidad.

La posibilidad imaginativa de la metáfora se mantiene con un fuerte sustrato cultural y simbólico, marcado por lo trivial de la existencia y la intensidad emocional de su discontinuidad. Para Pakman (2010), el trabajo con la imaginación, es una decisión que debe tomar el terapeuta, ya que es él quien determina lo que desea reconocer como visible o no. El trabajo con la imaginación propuesto por Pakman (2010), tiene cualidad de poiesis -nacer a la presencia-, ya que es el trabajo con las diferentes apariciones del mundo que responden a una lógica creativa y no al criterio de ficticio o no ficticio. La imaginación en sus diferentes tonalidades y texturas, “es una invención hecha con arte” (p.407) que

propicia la generación de un horizonte comprensivo que orienta el actuar clínico y la emergencia de la singularidad y lo nuevo.

Al consultar sobre la estética de la relación clínica, Rancière (2011), refiere que la estética no se aplica a obras de artes –propias del arte de los objetos– sino que es aplicable a fenómenos sensoriales de la experiencia cotidiana. Cuando la metáfora habita la clínica sistémica, trae consigo una estética del dispositivo terapéutico a través de la imagen evocada que nos captura, con una sensualidad particular en el encuentro psicoterapéutico (Pakman, 2010).

Siguiendo lo planteado hasta el momento, la experiencia de la metáfora tiene consigo una invitación al dejarse tocar por la aparición lúdica de la experiencia, en tanto aventura de relaciones que se coreografían en base a una interacción simbólica del juego³³ de la imaginación conjunta que da continuidad a la discontinuidad (Pakman, 2004).

Aceptar el juego que trae la generatividad imaginativa de la metáfora en la clínica, implica una condición de posibilidad para la emergencia de la singularidad que acontece en la metáfora, por lo que la disposición creativa de la imagen y el trabajo de la imaginación, permite apostarse en un juego³⁴, donde el ser está en juego y con él el sentido mismo del sujeto.

³³ Holzapfel (2014) identifica en el *homo ludens* una de las concepciones antropológicas del ser humano necesarias para su comprensión, especialmente por considerar en ésta categoría, el rescate de la disposición al juego, la generatividad imaginativa de éste y experiencia emocional de apertura.

³⁴ Heidegger refiere que el juego es lo que queda de mundo cuando le sacamos el fundamento y la finalidad. Plantea el juego como una relación del ser y el mundo con una dimensión de trascendencia, empleando la frase “el mundo es el juego de la vida” (Heidegger, 2010).

P: Yo soy una leona cuando se meten con lo mío.

T: ¿Cómo?

P: Si poh, nadie se mete en mi territorio, ni conmigo, o si no que asuma las consecuencias.



Nietzche, desde su filosofía intempestiva, entrega más herramientas comprensivas para pensar el proceso generativo propio de la creatividad que la metáfora y sus apariciones trae consigo. Para el autor, la creatividad emerge desde el olvido de sí, no como una negación ni una dimensión cognitiva, sino como respuesta al estar puesto ahí en la mera presencia, sin estar acechado por el pasado, de esta forma el olvido potencia la fuerza activa que afirman el potencial vital de la experiencia. El olvido, permite traspasar los límites del contexto que se atribuyen no solo al sujeto, sino también al contexto, el terapeuta y la relación, por ende, da paso a un espacio propicio para la creatividad y novedad de lo que emerge en el estar ahí, como si energizara la potencialidad de la vida misma por no tener el peso de la memoria (Vanihoff, 2015; Lemm, 2010).

En la ilustración clínica mostrada anteriormente, se puede impulsar un proceso generativo de imaginación sobre las leonas, valor de su territorio y comportamiento ante amenazas, características de la vida salvaje, naturaleza carnívora, la relación con otros animales entre otros registros imaginativos adheridos a una textura más allá de la representación. Así también el terapeuta deberá decidir si ocupa una posición de domador de leonas, explorador de selvas o amante de la naturaleza salvaje, todas tienen implicancias considerablemente diferentes a la hora de relacionarse con la producción imaginativa de aquello que emerge, ya que quien considere que una leona debe ser domesticada, utilizará técnicas para someterla, lo que difiere significativamente a un rol explorador de la vida salvaje que se mueve por la curiosidad y mera presencia con respeto de aquello que no es su territorio.

Para pensar el lugar desde donde la clínica como artesanía puede tener continuidad, es necesario consultar los planteamientos de autores relacionados con el estudio del arte. Una de las críticas a considerar es Susan Sontag (2012), quien plantea que se ha domesticado el arte reduciéndolo a contenido y a una disciplina, la que divide a quienes pueden acceder a ella, entre los artistas expertos y los no conocedores, por lo que el arte solo puede ser apreciado o entendido por quienes tienen entrenamiento experto en los contenidos que el arte refiere (fotografía, poesía, cine, música, danza, teatro, pintura, etc.). Cuestiona la premisa de intencionalidad del arte, como una respuesta preconcebida y elaborada con el objeto de representación que está dispuesta a ser descubierta por el conocimiento experto. Esto es coherente con la creencia popular de mirar una obra y preguntarse ¿qué querrá decir el artista?, como si existiera *el* significado a descubrir a partir de tecnologías y conocimientos de la disciplina que, según Sontag, precisamente traicionan –traducen– y asfixian el arte.

Siguiendo lo anterior, Sontag (2012) señala estar en contra de una hermética del arte, para dar paso a un arte libre de ideologías y pretensiones, que toma vida en la experiencia artística como tal con carácter de realidad, y posibilite la ampliación de registros de sensibilidad además de la libertad en el ejercicio que se da entre el encuentro del artista, el espectador y el arte mismo. Sontag (2012) plantea que “la interpretación es

la venganza que se toma el intelecto sobre el arte” (p.19), por lo que propone que el arte necesita una revolución para ser fiel a su propia emergencia, inspiración y sensualidad, refiere que “en lugar de una hermenéutica, necesitamos una erótica del arte” (p. 27).

Considerar lo anterior como un lugar desde donde la metáfora puede acontecer, implica abordar elementos que se encuentran en una materialidad ilegible, que suele desvanecerse e incluso deviene evasivamente a las pretensiones de aprehensión. Sontang permite plantear el cuestionamiento respecto a los territorios en que la erótica de la clínica podría transitar en pro de un encuentro con la materialidad sensible propia de la experiencia artística de la vida que ahí comparece.

A modo de cierre, se puede considerar entonces que la metáfora como *tekhne* dispuesta a la experiencia artística de la sensualidad creativa, conlleva a desafíos en la forma de habitar la clínica, el cual demanda una decisión ética ante la experiencia que acontece ante sí. La decisión que predomina actualmente en la psicoterapia, es considerar aquello como una interrogante que debe ser interpretada o traducida en el logos racional. La propuesta, invita a cuestionar este consenso para dar pie a una clínica relacional que considera la singularidad y su multiplicidad como experiencia artística venidera al quehacer artesano. Tal como plantea Nancy (2003) respecto al arte a la psicoterapia, su propuesta sería pasar de una psicoterapia “cosmética de la fragmentación a una estética con apertura a lo sensible” (p.182).

La pérdida de las certezas propias de la política de la palabra aplicada a la vida como arte, podría tener más aperturas que obstrucciones, una recuperación de la libertad sensual del sujeto espontáneo, en tanto encuentro que responde a una inquietud de sí, manifestada en lo relacional, donde la metáfora invita a la imaginación como un territorio de apertura, novedad, generatividad con un sustrato encarnado en la experiencia que deja intacta la relación que presenta, por lo que mantiene el misterio, su indeterminación y cualidad que conecta lo indecible con la presencia.

6.2. Dimensión ontológica: El sentido como horizonte clínico.

La psicoterapia sistémica relacional reconoce ontológicamente no solo la naturalidad interaccional del sujeto sino que su constitución sistémica o de engranaje socio-cultural tiene cruces interesantes constantemente en apertura. Esta distinción ontológica, suele estar desafiada por prácticas clínicas que restringen la experiencia clínica a una elaboración narrativa, como si en la edición del texto de la propia historia se sanjara *el* cuestionamiento de sí mismos. Sin embargo, hay acuerdo en reconocer que la palabra queda en deuda al dar cuenta de la experiencia, esto permite preguntarse por las implicancias que tiene el resto de la historia posible de ser narrada, la cual podría tener un sustrado transformador para la experiencia humana.

La clínica sistémica relacional postestructuralista ha revisitado su mirada ontológica del sujeto para desarrollar planteamientos coherentes con la dimensión singular de la experiencia sensible que se expresa más allá de la cosmética de la significación. Reconocer éste aspecto de la experiencia, permite integrar la concepción del sujeto y su subjetivación, como cuestionamientos más profundos y, a la vez, cotidianos que suelen constituir, no solo los contenidos de la psicoterapia, sino que la propia danza clínica relacional.

Jean Luc-Nancy³⁵ (2003), explica que las experiencias de sufrimiento y fragilidad que desgarran la vida, tiene consigo una materialidad sensual que escapa al significado, aunque con una presencia terca e innegable de realidad que acontece y nos atraviesa como interrogante de la existencia. Éstas experiencias desgarradoras, en múltiples ocasiones, son motivadoras del encuentro psicoterapéutico. Por ende, se requiere analizar críticamente el foco clínico tras la disciplina que tributa a la palabra y su tarea hermenéutica desencarnada.

Aquello que queda fuera del contar narrativo, ha sido conceptualizado por diferentes autores, por ejemplo: Badiou lo considera el resto en su teoría matemática del sujeto, Holzapfel lo conceptualiza como la pérdida de sentido, Bertrando lo relega a un territorio de lo no dicho, Varela plantea que no se puede pensar la vida sino a través de lo que queda

³⁵ Nancy (2003) llega a señalar que “el sentido antecede a toda significación” (p.22), pero mantiene apertura posterior a la significancia.

perdido, e incluso Hans Jonas³⁶, manifiesta que la vida es precaria y siempre se afirma en su contrario³⁷ (Jonas, 2000). Existe consenso en dar reconocimiento a un aspecto viviente de la experiencia que configura la pérdida o el resto de aquello que suele acontecer como representación, pero ha quedado olvidado por la disciplina psicoterapéutica, negando con ella la dimensión corporal que es territorio de sentido (De Siqueira, 2001).

P: Tengo un vacío en el alma que no me deja seguir.

T: ¿Vacío?

P: Si, que no se llena con nada, solo siento la falta.



Holzappel (2014), reconoce la antropología del sujeto como buscador de sentido que inevitablemente mantiene un deseo por su propio descubrimiento. La interrogante por el sentido de la experiencia tiene consigo una necesidad de conquista, en la que el hombre

³⁶ Desarrolla este aspecto, bajo su interés por la armonía entre el hombre y su ecología, por lo que su obra principalmente se basa en el principio de responsabilidad aplicado a una ética que favorezca la vida humana auténtica sin poner en peligro la continuidad indefinida de la humanidad en la tierra. Ver Jonas (2005).

³⁷ Cuando Jonas se refiere a su contrario, no lo identifica como un complemento, sino como una constitución dual de la experiencia. Véase Jonas (2000)

sustenta la confianza de su existencia, sin embargo, el sentido se fragiliza ante experiencias que desafían el orden y la continuidad de sí, por lo que el sin-sentido da un punta pie inicial a la interrogante ilegible para la lógica racional, pero experimentable con una fuerza desgarradora, que propicia la inspiración vital y su contingencia (Holzapfel, 2014; 2005).

Inquietarse por el sentido es, al mismo tiempo, preguntarse por el ser que afronta el enigma de la existencia. Holzapfel (2005), llega a señalar que esta pregunta “es preguntarse por el sentido del sentido” (p.25), dotando de relevancia el proceso de su búsqueda con pretensión de continuidad de la existencia. La pregunta por el sentido se agudiza en momentos de la pérdida de éste o quiebre, con una sensación de vacío o angustia que configura la posibilidad de emergencia del trasfondo desazonado. El trasfondo es el territorio desde donde emergen nuevos encadenamientos de sentido, como una forma de evitar mantenernos “al filo de nosotros mismos o al borde del extravío” (p.64).

La experiencia de vacío ilustrada en la imagen podría presentarse como un acontecimiento del trasfondo que nace a la presencia con carácter de urgencia en la clínica por su textura sensual de la ausencia angustiante que atraviesa al sujeto, siendo una metáfora comúnmente utilizada a nivel de signo, pero con singularidad en su modo de aparecer mostrando la inmensidad desgarradora de su experiencia.

Nancy (2003), en su planteamientos respecto al sentido del mundo, destaca la emergencia de ella en tanto devenir y no como un significado del *más allá o detrás de*, el sentido emerge con una cualidad de verdad como presencia que se encuentra en constante venida. Sobre esto plantea, “la verdad puntúa y el sentido encadena... el encadenamiento abre la dimensión” (p.33), pero sin posibilidades de apropiación sapiente ya que está para *dejarla ser y actuar, ser libre*, para mantenerse ofrecida o propuesta al sujeto en el espacio común. Lo anterior, se relaciona directamente con su planteamiento ontológico del ser singular plural ya descrito, singular por su existencia uno a uno y plural por mantenerse abierta como alteridad.

La dimensión de sentido, por su carácter radical ante la existencia, conecta al sujeto con lo humano, posibilitando un encuentro espontáneo con el otro. Por lo tanto, situar el

foco en el sentido en la clínica, permite un encuentro psicoterapéutico con lo humano de lo humano, por ende requiere una sensibilidad del terapeuta dispuesta al reconocimiento de ésta dimensión frágil de la existencia, que trastoca la propia como un encuentro sensual, de carácter espectral³⁸, en tanto sensibilidad creativa.

Cuando el foco clínico tiene apertura a la dimensión de sentido, la metáfora tiene posibilidades de acontecer en tanto presencia sensible, situando al sujeto en la orilla ante el abismo del sentido/sin sentido o del ser/dejar de ser, la pérdida como una experiencia que intimida y amenaza la continuidad como una posibilidad apocalíptica permanente.

En la misma línea, Derrida plantea la noción de *fantología* como una forma de entender una ontología asediada por fantasmas del pasado y el futuro, espectros en constante venida que se caracteriza por su tendencia a repetición en su singularidad, a la vez pone en tela de juicio toda lógica binaria, en un territorio calificado como un “entre” la herencia y el porvenir (Martínez, 2010). La *fantología* propuesta por Derrida, es coherente con los postulados de la metáfora como espectro fantasmático en tanto venida a junto con su existencia entre la vida y la muerte de la misma. Al igual que el fantasma, la metáfora vive más allá de ella misma, y se configura como una fantología por la movilidad constante asediada por los fantasmas de lo diferido o el resto, el sin sentido que amenaza la continuidad de la existencia. Desde Derrida, lo fantasmático es venidero en tanto apertura a la justicia y a la alteridad referido a los procesos de lo indecible, ese espacio que acontece solo como espectro, por lo que la metáfora podría coincidir como acontecimiento comprensible desde la fantología, como habitante de un territorio asechado por fantasmas. (Martínez, 2010; Quintana y Montserín, 2010).

Lo anterior se relaciona con la propuesta de la metáfora y su conexión con el ámbito que suele mantenerse en el terreno de lo innombrable, no solo por una carencia de la palabra, sino que por la naturalidad de la experiencia y su cualidad inexpresable pero venidera. La metáfora trae consigo esta posibilidad de relación con la interrogante de sí, por

³⁸ Derrida (1994), define espectro como algo que debe permanecer invisible, empero se hace visible y toma cuerpo, con naturaleza fugaz.

lo que expande posibilidades de rendimiento en la clínica sistémica relacional como generadora de novedad para el sujeto y su transformación, dimensión que suele quedar al margen de la experticia disciplinaria y pertenecer a una dimensión sagrada de la existencia.

En el horizonte clínico que cobija la experiencia de sentido, emergen diferentes manifestaciones de éste como ventana para contemplar y generar deslizamientos que, por registro, requiere mantenerse en un espacio inalcanzable a la demanda logocéntrica de la cultura que profana una dimensión sagrada de la experiencia.

El territorio sagrado de la experiencia va más allá de prácticas institucionales de aquello que se anuncia como sagrado. Sobre esto Holzapfel (2005), ha estudiado al ser humano mítico como el *homo sacer*, ya que es un buscador de sentido a partir de leyendas que radican en la experiencia de lo sagrado basado en rituales y simbolismos (arquetipos, flora, astros, fauna, agricultura, sueños, etc.) construidos a partir de la experiencia misma y su emergencia sensual. La dimensión temporal del *homo sacer* es cíclica, por lo que no queda atrapado en la cronología y su realidad mítica también le libera de definir una realidad empírica, lo anterior, hace posible que el *homo sacer* tenga “una diacronía en ambas direcciones, hacia atrás y hacia delante” (p.156). Esto reconoce un ámbito sagrado de la experiencia como una forma de establecer una relación de descubrimiento del ser humano con aquello que se constituye como novedad o misterio. El *homo sacer*, según Agamben (1998), queda atrapado en su definición, por estar expuesto a darle muerte pero insacrificable, inaugurando la imposición del vínculo soberano en su formulación política y no religiosa como suele confundirse. Agamben y Holzapfel reconocen la dimensión sagrada de la experiencia humana y su comprensión respecto al mundo, como un territorio que se encuentra más allá de sí mismo pero constitutiva de apariencia.

P: ...me cambié de casa, de ciudad, cambié todo para no verlo más y hoy me lo topé.

T: ¿Cómo fue?

P: al inicio ¡terrible!, sentí cómo mi cuerpo temblaba, pero al final lo pude mirar, ¿Sabes lo que es eso?, lo pude mirar así, (mientras mira al terapeuta) sin bajar la mirada.

T: Tienes que haber dicho muchas cosas con esa mirada.

P: Definitivamente si... dejé mucho en esa mirada. Estoy segura, como que le devolví toda mi carga de años.



Gregory Bateson es un influyente de la ontología de la clínica sistémica relacional hasta los tiempos actuales. En una de sus últimas obras se refiere a un aspecto sagrado de la experiencia, siempre relacional o ecológica con el medio. Bateson, se pregunta por las condiciones de posibilidad para la emergencia de la espontaneidad y, por consiguiente, su restricción. Lo anterior, conlleva a plantear que una dimensión de la experiencia humana se encuentra en un territorio denominado sagrado. Lo sagrado puede iluminar nuevos terrenos de lo humano, que responden a una unidad mayor de la experiencia, para Bateson (1994), lo

sagrado se constituye como tal y requiere de protección, como rito o sacramento y a la vez, “protegemos nuestros propios sentimientos de los demás y a veces es sabio hacerlo” (p.88). Si se considera la ilustración realizada, la mirada y su experiencia, tienen consigo un poder significativamente importante para el sujeto que, en muchos casos, podría tener una densificación de su deslizamiento sensible si ésta se mantuviera en un terreno de lo indecible, ya que no demanda mayor traducción que aquella que es mera presencia en la mirada que se reactualiza en la relación de la clínica.

La inquietud de sí derivada de la experiencia humana, se encuentra atravesada por la experiencia de lo sagrado en términos de Bateson (1994), ya que el cuestionamiento de sí conlleva a salir de la matriz relacional que dotaba de certeza, por lo que la pérdida conlleva a desafiar la continuidad con una textura sensual y de misterio, donde –en palabras de Bateson– *los ángeles temerían pisar*³⁹, aludiendo a la necesidad del miedo como respeto a lo sagrado, por lo que sería una tontería o pérdida de cordura tocar lo sagrado. El territorio sagrado de la experiencia podría resguardar la textura y con ella trae la venida de una posibilidad de revelación. Bateson se toma de la crítica realizada por el literario Alexander Pope en el siglo XVIII, quien refiere que el actuar por apuro suele ser el comportamiento de los tontos, quienes en su tontería actúan por impulsos renunciando a la inteligencia y transgrediendo territorios considerados sagrados. Por lo tanto, el misterio propio del territorio sagrado conlleva a un llamado que cautiva e inquieta al sujeto.

Lo anterior, lleva a pensar en las decisiones implementadas en la clínica sistémica relacional, ya que debe resolver si reconocer o no la dimensión de sentido que se abre *en y a* la alteridad y con ello disponer las dimensiones relacionales con el misterio de la existencia que, para que se mantenga en su propiedad sensual, debe también respetar y deslizarse en su espacio de indecible e incluso impensable. La metáfora como acontecimiento permite dialogar con ella sin requerimiento de un referido, sino más bien vehiculiza una certeza del entendimiento humano en el propio territorio de lo metafórico.

³⁹ El origen de la idea planteada por Bateson, surge en poemas de Alexander Pope en el siglo XVIII, al referir que “los tontos se apresuran en entrar donde los ángeles temen pisar”, en su ensayo sobre la crítica. Pope en sus poesías utiliza la sátira para plantear temáticas atinentes a la literatura Europea y muchas de sus frases traspasaron su tiempo, dentro de estas se encuentra: errar es humano, perdonar es divino.

Es importante recordar que, por la naturaleza de la metáfora como acontecimiento, solo se puede buscar el entendimiento de ella desde su estructura, por ende, conlleva a pensar en la metáfora de la metáfora que presenta, esto tiene una práctica de la presencia que invita a mantenerse en ese territorio metafórico que se toma del signo. Si en la clínica se realiza lo contrario, ésta podría convertir un sacrilegio con aquello que se configura como una dimensión sagrada del sujeto y su sujeción ante la experiencia, lo que configuraría una tontería bajo la crítica de Alexander Pope.

Al parecer, la clínica tendría múltiples texturas que vienen a la presencia ante la dimensión de sentido del ser, por lo que la metáfora favorecería su relación en base a compartir su dualidad constituyente de acontecer imaginativo que mantiene la conexión con la experiencia sensual que la impulsa, sin traicionar su naturaleza sagrada que requiere de reconocimiento que recupera sensibilidad respecto a lo singular plural del sujeto que se manifiesta como exposición de sí en su fragilidad, por lo que está apostado en la emergencia vulnerable del sin sentido. Lo anterior, genera un clima relacional de intimidad, como resultado de una estética de la psicoterapia que da apertura a un proceso de transformación que acontece en su textura que nos atraviesa.

6.3. Relación terapéutica. La confianza, compromiso y reconocimiento como actitud clínica.

Una de las expresiones musicales populares para España y que, generalmente, se muestra en conjunto con el baile, es el flamenco. El imaginario colectivo del flamenco le reconoce su nivel pasional de la *bailaora*, el *cantaor* y la guitarra, que envuelve a quien le acompaña como público. El público con sus palmas, el *ole* y otras expresiones espontáneas de sincronía con la pasión puesta en la música flamenca, hacen un todo fluyendo.

En el flamenco se dice que hay un carisma que es un encanto misterioso e inefable a lo que se llama “tener duende”. Cuando el flamenco es con duende, va más allá de la técnica y la inspiración, en palabras de Goethe, tener duende es un poder misterioso que todos sienten y que ningún filósofo explica, se experimenta como un misterioso encanto. El

flamenco conmueve por lo denominado *pellizco*, ya que éste se orienta como una fuerza inspiradora, encarnada, que se cristaliza de forma inmediata, irrepitable, verdadera e imperfecta. Duende y pellizco van juntos, como un conjunto de experiencias sensibles fugaces, una profundidad expresiva y erótica (León, 2015). Tanto para el *bailaor*, el *cantaor* y el guitarrista de flamenco, desean tener duende en su arte, aunque reconocen que es algo que emerge fugaz y levemente, con una intensidad transformadora en la presencia misma del arte.

Para interactuar con la experiencia existencial del sujeto en la clínica bajo códigos propios de la vida como obra de arte, es necesario visitar conocimientos asociados al arte tanto disciplinario, su crítica, así como también con la experiencia de aquello que configura una experiencia estética. Por ende, los fundamentos de la fotografía, pintura, teatro, danza, poesía, el canto, aportan herramientas hacia el desarrollo de una sensibilidad necesaria para la experiencia clínica y la estética de lo cotidiano en tanto artesanía y trivialidad que conmueve a quienes participan de ella con una invitación a contemplarla.

Si el disciplinamiento de la metáfora en la clínica ha agobiado la emergencia sensible, recuperar la metáfora en su momento de acontecer podría tener consigo un evento inspirador en tanto proceso de transformación, tal como el duende en el flamenco.

Favorecer en la clínica y su encuentro un escenario abierto al pellizco de la experiencia, trastoca tanto a quien la experimenta como a quien la contempla. La presencia contemplativa no debe ser entendida como un distanciamiento analítico, sino más bien, como un traspaso corporal que se encuentra en sincronía y mutualidad con la experiencia que emerge con profunda expresividad, cristalizada en la danza relacional de la clínica como un encantamiento que solo requiere de reconocimiento para su emergencia y la sincronía para su entendimiento.

Si va a un bar de flamenco y analiza la técnica del traspie, del guitarrista o la cualidad vocal del cantante, se disfrutará del arte flamenco como una demostración de técnica y entrenamiento, sin lograr una experiencia sincrónica con la propia presencia relacional, resistiendo a una naturalidad singular del arte que está dispuesta al encuentro.

Lo mismo podría ocurrir en la psicoterapia al afrontar disciplinariamente toda emergencia del sujeto, sin embargo, cuando el horizonte está puesto en el sentido, el encuentro clínico se mantiene abierto al territorio propio de la diferencia y su espectro fugaz.

Lo anterior plantea demandas específicas al espacio terapéutico asociadas al reconocimiento del otro –por ende, también al terapeuta– en su textura sensual en tanto emergencia, que trae consigo una poética transformadora del proceso de sujeción del sujeto en el encuentro clínico, entendido como obra y no como producción (Gálvez, 2013). La artesanía que tiene lugar en la psicoterapia, refiere un alto nivel de importancia a la relación y su mutualidad sistémica, junto a una actitud de compromiso con la mera presencia del sujeto, por ser el terreno de emergencia del acontecimiento sensual que trae consigo la singularidad.

Por lo tanto, el espacio terapéutico que posibilite la emergencia de una clínica con *duende*, requiere de la actitud y disposición de los sujetos para un encuentro con la textura sensual, propio de la singularidad que emerge en la mera presencia. Esto implica que el terapeuta, mantenga una presencia sensible y dejarse tocar por aquél acontecimiento, que en ésta clínica del *toque*, presenta posibilidades y deslizamientos atingentes para la dotación de sentido del sujeto. Compartir la ontología del sujeto descentrado, permite interiorizarse en la clínica en un espectro diferido e incompleto de la construcción de la subjetividad, la cual requiere de su alteridad para constituirse como continuidad. Esta aceptación de la relación terapéutica sin pretensiones de significado, unicidad ni completitud, posibilita una interacción clínica entre sujetos comúnmente emergentes en el devenir de la experiencia sensual.

En la misma línea relacional, la psicoanalista Jessica Benjamin (2012), plantea el reconocimiento como un proceso fundamental para la subjetividad, comprender que no hay *yo* sin *tú*, por la mutua pertenencia del sujeto ante otro, pero a la vez, la posibilidad de su diferencia en tanto autonomía. El reconocimiento tiene impacto entonces, en aquello que conforma al otro como emergencia y la posibilidad de su autoafirmación en la dimensión propia de esa presencia que acontece, de esta forma, ante el sin sentido y su presencia, es

precisamente esa experiencia de discontinuidad la que emerge para su reconocimiento clínico en texturas sensibles.

Lo anterior tiene atinencia a la relación clínica que posibilita o restringe la aparición de aquello que será *visto* u *invisible*, por ende, relevante, constituyente o de menor importancia para el proceso psicoterapéutico. El reconocimiento permite continuidad de la emergencia y su singularidad hacia la conquista del sujeto de sí mismo y su sentido, por lo que la ausencia de reconocimiento interrumpe o coharta aquél devenir que habita el encuentro. El reconocimiento del otro pende del propio como efecto espejo, por lo que puede nacer a la presencia una emergencia sensual que fuese negada u obviada por miedo a perder la posición y registro de cada sujeto, lo que suele estar fundamentada en la racionalidad. Por ende, el reconocimiento de la singularidad del sujeto requiere una relación consigo mismo con apertura a la experiencia relacional de textura sensual, misteriosa y enigmática que da paso hacia una posición más contemplativa y exploratoria que experta, por lo que conlleva a una posición crítica del terapeuta en el sistema clínico, tal como lo ha sugerido Pakman (2014).

Siguiendo esto, una de las demandas del espacio terapéutico de esta propuesta, es que el terapeuta se permita estar arrojado a la emergencia no solo del sujeto consultante sino de la relación misma en una textura sensual. Para esto, en el acontecimiento, el terapeuta debe poder resistirse a ser dominado totalmente por macroteorías, y disponerse hacia una sincronía estética que posibilite el espacio *entre* quienes comparten la naturaleza indeterminada, no solo del ser, sino del momento terapéutico de su emergencia, del sentido y la materialidad sensible que se asoma como momento fugaz de la clínica. Ésta actitud clínica, implica aceptar la aporía existente en la continuidad/discontinuidad del ser, sentido y la experiencia. Esto se relaciona con aquellas experiencias que dan apertura al sujeto en su relación consigo mismo y el mundo, por su cualidad de interrumpir la ilusión lineal de la existencia, la cual trae consigo una interrogante urgente que impulsa una búsqueda comprensiva propiciadora de deslizamientos para el sujeto y su existencia necesarios para su encuentro.

Siguiendo la analogía del flamenco, el terapeuta que facilita el reconocimiento de la metáfora y su relación con el sentido, puede ser el guitarrista que da un toque especial para propiciar la pasión de la bailaora, que se encuentra en *con-tacto* con la pasión del guitarrista puesta en marcha para la danza, lo cual, en el mejor de los casos, da pellizcos a la clínica para lograr una psicoterapia con *duende*.

En la presente propuesta, la actitud clínica no es entendida como un rol en una obra de teatro, en tanto personaje que se decide premeditadamente para recitar las líneas ya aprendidas, sino que es un ejercicio de improvisación dotado de seriedad y compromiso vital ante la emergencia de la existencia en tanto interrogante. La metáfora vehiculiza esa interrogante que nace a la presencia en la clínica.

Los deslizamientos clínicos en torno a la metáfora como acontecimiento propicia una actitud artesana en la clínica, como cuando el artista ante su obra toma tiempo para sumergirse en la pasión creativa como también para detenerse y contemplarla en tanto estética en construcción. La brújula de estos deslizamientos emergen desde el encuentro sensual, su reconocimiento, la apertura y cierre de los procesos imaginativos propios del acontecimiento de la metáfora en tanto interrogante de sentido.

Por ende, las condiciones de posibilidad de la emergencia de la metáfora en tanto acontecimiento, es constituida también por una hermenéutica del terapeuta que reconoce la materialidad sensible. En la misma línea, la psicoanalista relacional norteamericana Donna Orange (2013), se cuestiona la posición clínica interpretativa y el lugar desde donde se sitúa el terapeuta al momento de afrontar la emergencia del sujeto, por lo que analiza la posición de la hermenéutica de la sospecha y la hermenéutica de la confianza. Cada una de ellas no solo tiene una actitud, sino también, momentos en los que resulta más o menos pertinente. La hermenéutica contiene los principios interpretativos desde donde se reconocen los deslizamientos que dotan de comprensión no solo al sujeto, el sí mismo, sino también el espacio terapéutico y, con ello, al terapeuta. La confianza o desconfianza no corresponde al aprecio o desprecio del sujeto, sus contenidos o sufrimientos, sino la fuente desde donde emerge el entendimiento, ya que la hermenéutica de la confianza reconoce una verdad en

aquello común que emerge, mientras la hermenéutica de la sospecha se relaciona con aquello oculto a la presencia del sujeto bajo el principio de la falsa consciencia⁴⁰.

En los planteamientos de Orange (2013), la hermenéutica de la confianza reconoce un territorio común, que puede ser desconocido, pero se confía en la comunidad que comparece en el encuentro de la búsqueda de verdad o sentido, “asume veracidad y buenas intenciones en el proceso interpretativo” (p.36), lo cual posibilita un diálogo genuino. En la presente propuesta, el acontecimiento de la metáfora en la clínica, requiere de una actitud coherente con la hermenéutica de la confianza que se complementa con la inquietud sincrónica propia del sujeto buscador de sentido. La posición clínica del terapeuta que se encuentra desde una hermenéutica de la confianza, fácilmente olvidará esta actitud por configurarse genuinamente como un discurrir natural en la comparencia del encuentro que dota de un espacio común.

Siguiendo lo anterior, la hermenéutica del terapeuta demanda flexibilidad acorde al espectro de lo que habita el encuentro. Por ende, una terapia “con duende” reconoce la apariencia fugaz de la dimensión sensible, que podría considerarse incluso un detalle, sin embargo, en ellas se asoma una profunda cualidad sensual de la experiencia, su interrogante y con ella la posibilidad comprensiva del sujeto.

6.4. Ética y política del acontecimiento. La metáfora como un movimiento emancipatorio.

La dimensión política de la psicoterapia, es uno de los fundamentos de las corrientes psiquiátricas post-estructuralistas, las cuales coinciden en considerar la clínica como un espacio que propicie la emancipación del sujeto de los relatos que cohartan la singularidad o reproducen estructuras sociales de producción de subjetividades. Foucault advierte las consecuencias del ejercicio clínico como una obstrucción de libertades ante el proceso de

⁴⁰ Se refiere a las motivaciones tras las afirmaciones del sujeto, que están acorde a lo que Orange (2013) denomina la escuela de la sospecha, con referentes como Marx, Nietzsche y Freud expuesto por Ricoeur. Ver (p.25)

ser sujeto, por lo que considerar una dimensión política identifica la reflexión crítica respecto a aquello que es obstruido y permitido en la experiencia clínica.

Las psicoterapias centradas en el uso de la metáfora para persuadir tendrán un impacto significativamente diferentes a una clínica que reconoce la metáfora en su cualidad de acontecimiento de sentido. Domesticar consciencias, redefinir relatos o experimentar metafóricamente una dimensión de sentido, se fundamentan en un ejercicio del poder de la clínica que considera sujetos con diferencias ontológicas significativas, por lo que las consecuencias aluden a un ejercicio ético.

Respecto a la política, Rancière (2010), plantea su cualidad de acontecimiento, ya que emerge en base a su cualidad de interrupción o bien de disenso de los actos de gobierno y luchas de poder, el disenso es el motor de su emergencia que interrumpe la continuidad e impulsa que genera movimientos hacia una nueva posibilidad comprensiva que cuestiona. Por esto el autor habla que un momento político “ocurre cuando la temporalidad del consenso es interrumpida, cuando una fuerza es capaz de actualizar la imaginación de la comunidad que está comprometida allí y de oponerle otra configuración de la relación de cada uno con otros” (p.7).

Siguiendo lo anterior, la metáfora como momento político propicia deslizamientos propios de lo espectral que tiene un poder significativo a la hora de posibilitar inquietudes sensoriales para el sujeto y la comunidad que comparece ante la emergencia de éste disenso. Lo anterior, trae consigo dos aspectos de relevancia, primero la dimensión relacional del momento político que propicia una construcción y comprensión del sujeto en comunidad, y en segundo momento el estatus del disenso como un terreno fértil para la inquietud de sí que se desliza hacia una construcción de novedad que permita la continuidad de sí, y con ello, de la comunidad que comparece.

Si el disenso es mal visto, las lógicas de dominio emergen como medios restrictivos de conducta, consciencia o sujetos, esto fue seriamente estudiado por Foucault en las diferentes épocas desde la genealogía que iluminaba la lógica del poder aplicado al sujeto. Por otro lado, Rancière (1996), incorpora la dimensión de la política y lo policiaco no solo

como un gobierno del cuerpo o las almas, sino que identifica que lo políaco funciona reglando las formas de apariciones del sujeto además de su disciplinamiento en tanto ser, hacer y aparecer considerado legítimo. Para Rancière, el reparto de lo sensible es entendido como la distribución de formas de visibilidad del sujeto y su presencia, basada en la atribución de identidades. Por esto, la política irrumpe como una posibilidad de emancipación del dominio políaco y su anarquía sobre el proceso de subjetivación, por la metáfora como momento político, podría tener una posibilidad diferentes ante estructuras de coerción de la libertad del sujeto en su proceso de construcción.

La política restrictiva descrita ampliamente por Foucault (1999, 2002), caracterizó las sociedades modernas, pero la sociedad del siglo XXI, según Byung-Chul Han (2012) ya no es solo disciplinaria, sino más bien es una sociedad de rendimiento que se caracteriza por sujetos sometidos al mensaje “*yes, we can!*”. Ésta refuerza el enfoque de positividad del poder aplicado al sujeto, logrando más eficiencia que el deber propio de la sociedad disciplinaria. Si la sociedad disciplinaria producía sujetos locos y criminales producto del imperativo “deber ser”, la sociedad del rendimiento produce sujetos depresivos y fracasados, por no estar a la altura. Han (2012) afirma “en realidad, lo que enferma no es el exceso de responsabilidad e iniciativa, sino el imperativo del rendimiento, como nuevo mandato de la sociedad del trabajo tardomoderna” (p.18). La libertad en ésta sociedad del rendimiento no es una posibilidad, por ende, tampoco su emancipación, ya que se si bien se encuentra libre de un dominio externo, él es verdugo y víctima a la vez, ejerciendo así una *libre obligación* hacia el rendimiento, la autoexplotación y el dopaje⁴¹.

Si se considera lo anterior, lo políaco del disciplinamiento o de la sociedad del rendimiento tienen objetivos que inhabilita al sujeto y su singularidad por no cumplir con las premisas de la normalización, ya sea para el autodomínio o disciplinamiento como para el cultivo eficiente del recurso humano. Por ende, la metáfora como momento político, favorece la posibilidad de visitar las oportunidades que la singularidad múltiple trae

⁴¹ Para profundizar, ver Han (2012, p.45) sobre la sociedad del cansancio y dopaje cerebral.

consigo en tanto libertad de la construcción de sí, bajo una ética del cuidado que siempre se encuentra *en y con* la alteridad.

P: Ser una supermujer es una tarea super agobiante y solitario.
No hay causas imposibles, porque siempre hay que estar lista para la acción.

T: Hay películas que muestran eso.

P: Si, pero es peor en la vida real, porque ya no es un personaje,
tengo que ser siempre así, me necesitan.



Por lo tanto, la metáfora como momento política contiene la posibilidad emancipatoria como alternativa. La metáfora en este contexto, permite un momento político de discontinuidad que mantiene apertura hacia deslizamientos divergentes al gobierno de las subjetividades.

La posibilidad emancipatoria abierta en la metáfora como momento político, utiliza el disenso como un territorio que propicia prácticas de sí *-áskesis-* que consideran el margen ético orientado por el cuidado de sí que expanda y posibilite el ejercicio libre de su diferencia que interroga al sujeto, su existencia y con ello su alteridad. La ilustración

permite imaginar posiciones políticamente diferentes cuando el encuentro tributa a ideologías centradas en el rendimiento y gobierno de la subjetividad de quien se manifiesta agotada como una supermujer, o bien considerar esta metáfora como una invitación a la fragilidad propia de la aporía de los superfenómenos, al margen de la naturaleza humana.

Respecto al impacto del momento político, Rancière (2015), se refiere a la metáfora como palabra encarnada, ya que contiene una doble posibilidad muda-locuaz, afirmando que ésta *debe* pasar por lo sensible. Por ende, la metáfora tendría la oportunidad de lograr un entendimiento inmediato por el universo colectivo compartido en la comunidad, junto a emergencias singulares en su acontecimiento, lo cual pende de una democracia de lo sensible, “tal como lo hace el viento entre las hojas” (p.85).

Entonces, se propone que la psicoterapia cuide prácticas que establezcan una democracia del reparto de lo sensible que posibilite y reconozca el acontecimiento del ser en tanto textura sensual de la existencia, para favorecer la emergencia singular del sujeto y su relación con el territorio sagrado de inquietud de sí que debería poder transitar con libertad, por ende, con posibilidades emancipatorias de aquello que lo somete, lo cual es coherente con los planteamientos desarrollados por Foucault (1999) respecto a la ética del ciudadano de la libertad, a partir del cuidado de sí como arte de vivir (Castro, 2008; Morales, 2011).

Lo anterior, construye una estética del espacio terapéutico que recupera la sensibilidad y permite lo virtuoso de ella, contemplándola con delicadeza, para relacionarse con ella sin pretensión de conquistarla, sino que buscando propiciar su emergencia en tanto tal y con una distribución del poder propio de la relación que ciuda la libertad del sujeto ante su propia deconstrucción comprensiva, corpórea y estética. De esta forma, la propuesta presentada hasta el momento, no considera la estética como una estructura, sino como la forma de relación con la sensibilidad que habita en la clínica. En palabras de Rancière (2011) “se trata de una política de la estética y de una estética de la política aplicada” (p.35) al espacio psicoterapéutico, ya que delimita aquello que reconocerá como visible, lo común y lo singular, dotando de posibilidades de apariciones al sujeto en tanto libertad de sí.

La dimensión ética de la clínica de la singularidad alrededor de la metáfora como momento político, tiene consigo la emergencia de un sujeto emancipado de discursos dominantes de producción de verdad, para dar posibilidad a la construcción artesana del sujeto. Una ética crítica de la psicoterapia que pueda articularse con la dimensión ilegible, para dar paso a procesos imaginativos que retornan al logos como posibilidad de donación de sentido, siendo la metáfora una ventana a ese encuentro del sin sentido del sentido y sus apariencias.

Castro (2008), resitúa los planteamiento de Foucault respecto a una ética del cuidado de la libertad, en base a la propuesta de actualización de la estética de la existencia. Propone recuperar una moral grecorromana, por no responder a códigos normativos, sino mas bien personales. Identifica que su propuesta de actualización de la estética de la vida griega consiste “en situar elementos de la experiencia antigua, cuya fuerza reside en ser posibilidades ya realizadas, en función de una experiencia inédita” (p.377), esto permite un movimiento a contracorriente que pretende repatriar el arte de la vida a partir de prácticas de sí que guía al sujeto como artífice de la belleza de su propia vida.

Siguiendo lo anterior, la estética de la existencia podría actualizarse en el cobijo de la inspiración que el sujeto experimenta sobre su vida como obra de arte, lo que posibilita el ejercicio libre de la construcción de sí mismo, constituídos como una lucha por la singularidad, su libre emergencia y la construcción en comunidad. Por ende, la ética propuesta concuerda con los postulados de Foucault sobre una ética de la libertad de sí que llama a un encuentro estético que se resiste a ser dominada. La metáfora podría evocar la pasión con que la existencia emerge en tanto cuestionamiento, aquello que dota de autoría a la construcción de la singularidad y su presencia.

En síntesis, la dimensión ético-política de la clínica se encuentra demandada a actualizarse en tanto una disposición a la sensualidad singular que emerge con espontaneidad o libertad cuando existen condiciones relacionales para su emergencia. La ética del cuidado de la libertad propuesta por Foucault, coincide con el ejercicio de *askesis* propio de la emergencia de la metáfora en tanto acontecimiento. Considerar ésta dimensión

ético-política, da espacio para el ejercicio de la libertad emancipada en pro de la construcción de la singularidad en sus múltiples apariciones y constante devenir.

VII. CONCLUSIONES

Concluir respecto a las principales objetivos de la investigación, tiene consigo la amenaza de finitud a la inquietud primera desde la cual emerge el proyecto de investigación y pretender total cobertura a aquello se mantiene en constante devenir, por lo que se plantean líneas comprensivas que respondan a la pregunta de investigación planteada inicialmente sin pretensiones de cierre, sino mas bien lograr un aporte en tanto coherencia metodológica, además de instalar un terreno analítico y atingente de la psicoterapia sistémica relacional actual.

La pregunta que orienta esta investigación se inquietaba por conocer el lugar de la metáfora, en tanto acontecimiento, en la clínica sistémica relacional. Para dar respuesta a esto, primeramente, se plantearon las distinciones de la metáfora en tanto presencia o representación y su implicancia en la clínica. En segundo momento se identificaron las relaciones entre las perspectivas sistemicas modernas y post estructuralistas alrededor de la metáfora. El tercer momento, se proponen consideraciones de posibilidad para el reconocimiento de la metáfora en tanto acontecimiento en la clínica sistémica relacional, al servicio de la construcción de sentido.

Se plantearán las conclusiones en torno a las 8 ideas principales que dan respuesta a la pregunta principal y finalmente se presentarán las limitaciones del proyecto.

1.- La metáfora manifiesta una doble posibilidad y no se reduce únicamente a la ley de la similitud.

Se podría concluir que la metáfora no respeta las leyes materiales de Newton⁴² en tanto permanencia, ya que puede comprenderse como una representación, pero también como mera presencia, con implicancias clínicas considerablemente diferentes a nivel ontológico, metodológico y relacional. Si en la psicoterapia se entiende la metáfora solo con su posibilidad representacional, se asume que la palabra es suficiente para dar cuenta

⁴² Las sustancias no newtoniana, es una propiedad de la materia que modifica su respuesta de formas significativamente diferentes según su relación con el medio, logrando conformarse en una sustancia líquida o sólida según la fuerza aplicada.

de la experiencia del sujeto a través de la hermenéutica como técnica. Ello trae como costo, la negación y obstrucción de la clínica al territorio del sujeto que se encuentra en exceso del signo. La metáfora entendida solo como representación, trae consigo el reino del fundamento lógico, por lo que la traducción de ella permite dar una veracidad realista de aquello que vehiculiza la metáfora en tanto similitud. En este aspecto, la metáfora es “lo que está dado por” la comparación de dos aspectos accesibles al pensamiento lógico, priorizando su función de oratoria –persuasiva– y poética –o belleza instrumentalizada.

La metáfora como representación implica una tecnología de la hermenéutica centrada en las reglas de la lingüística, entendiéndola como una forma de ocultar el *real* significado de aquello que compara, lo cual es alcanzable al entendimiento experto. Lo anterior, conlleva a una relación con la metáfora en tanto cosmética del decir, que embellece el espacio psicoterapéutico con aires de poesía pero que, concebido como única vía, conlleva a un ejercicio político de obstrucción del sujeto y sus territorios sensibles propios de la existencia.

Existe variadas investigaciones y sustento teórico que respalda la metáfora como representación en la clínica, de otros enfoques y la sistémica actual, observando como beneficios la disminución defensiva del sujeto ante las ideas del terapeuta, junto a presentar la posibilidad de externalizar una idea del sujeto, además de rescatar un ámbito común y de interés cotidiano, con diálogo poético que facilita la alianza terapéutica pero mantiene una clínica desencarnada.

Concebir la metáfora solo como representación, trae como consecuencia una clínica centrada en la tecnología del signo –y con ellos del sujeto y su subjetividad-, sobre la lógica hermenéutica como *la* tarea psicoterapéutica. Lo anterior, siguiendo a Agamben (1998), sitúa la dimensión relacional como un encuentro entre *sujetos hablantes* interesados en los procesos de significación que conlleva al triunfo de la psicoterapia como disciplinamiento y la palabra como *el* territorio del sujeto y su emergencia, invisibilizando al sujeto viviente y su existencia para tributar a los discursos de homogenia que sustentan las leyes del signo con estatus de verdad en la construcción del sujeto.

Por otro lado, identificar la emergencia de la metáfora como mera presencia, permite reconocerla como el único camino de presentación que tienen algunas experiencias sensibles del sujeto ante el abismo de su existencia y el cuestionamiento de sí que habita un territorio previo al acceso lógico de la palabra. La metáfora como acontecimiento entonces, posibilita la emergencia del sujeto en su singularidad múltiple que se mantiene abierta y en devenir constructivo dispuesta al encuentro clínico.

Una clínica que reconoce la metáfora como acontecimiento, presenta una ontología del sujeto con naturaleza sensual, descentrada y múltiple en tanto devenir constante. La textura inquietante de la propia existencia que se ve acechada por fantasmas, impulsa deslizamientos generativos de caminos novedosos para la sujeción de sí, con una cualidad artística propia del quehacer artesano, donde la metáfora como acontecimiento actúa como puente para la presencia de aquello irrepresentable aún.

2.- En la psicoterapia, generalmente, la metáfora es concebida como representación sometida a la técnica como modo de desocultar provocante alrededor de su significado.

Actualmente, la investigación científica de la psicoterapia en diferentes enfoques, reconoce un estatus positivo de la metáfora referido a su poder de oratoria y poesía, lo que atraviesa las prácticas clínicas y apariciones del sujeto, aunque varía en las fuentes que alimetan la tarea hermenéutica.

La metáfora en la psicoterapia, trae consigo la tradición del contenido latente que se muestra como novedad, dispuesta al proceso de significación que el terapeuta debe validar desde su experticia. Al concebir la metáfora como representación, la psicoterapia desarrolla diferentes técnicas para su abordaje, y comparte la utilización de la estética centrada en la modificación de pensamientos y comportamientos, que resulten beneficiosos para el sujeto según la evaluación experta del terapeuta.

La técnica aplicada a la metáfora, trae consigo una tecnificación no solo del signo sino que también del sujeto y sus apariciones. Por lo que la forma de desocultar *el*

significado de la metáfora, tiende a ser provocante en la producción de subjetividad que obstruye aquello que se considera como resto del sujeto o escapa a la hegemonía de signo.

La lingüística se fundamenta en la racionalidad, por lo que tributa a la construcción de un sujeto continuo que logra consenso en su emergencia, por lo que la palabra rinde cuentas con pretensión de globalidad y puede ser verificada bajo las normas del lenguaje que estructura lo veraz de lo que enuncia y con ello al sujeto. Si bien esta perspectiva permite la coordinación social basada en el consenso y la comprensión, su presencia totalizante en la clínica, delimita la producción de un sujeto restringido al dominio del signo y su hegemonía normalizante. Por esto, la metáfora como representación que inunda los conocimientos clínicos de la psicoterapia, viene a confirmar ésta premisa pero posibilita una relación instrumental con el sujeto como objeto de la disciplina.

3.- La metáfora en tanto acontecimiento, ocupa un lugar periférico pero en crecimiento en la clínica sistémica relacional actual.

La revisión genealógica de la metáfora en la sistémica relacional, muestra que la metáfora tiene fuertes influyentes en personajes fundacionales tales como Erickson y su enfoque estratégico o bien, la narrativa y la técnica de externalización del problema. Si bien, la metáfora aparece en momentos históricos considerablemente diferentes, perpetúa una concepción protagónica a los fundamentos lógico representacionales.

Lo anterior, aún persiste como acuerdo en las estrategias de intervención de la clínica sistémica familiar, resultando una apariencia democrática de la construcción de las metáforas de parte de los sujetos, para así favorecer una simbolización cotidiana e imaginativa de aquello que busca la clínica. Sin embargo, éste territorio aún está dominado por premisas que tributan a una política restrictiva del sujeto y la estética instrumental aplicado a una cosmética del decir, sin sustrato genuino del encuentro.

La sistémica relacional postestructuralista, ha fundamentado la ontología del sujeto como texto, por lo que el lenguaje y la hegemonía del signo domina la aplicación de la lógica y los criterios de veracidad racional al uso del lenguaje. Esto orienta un quehacer

clínico de la metáfora sin sustrato viviente, o mas bien desencarnado, para priorizar el terreno lógico del significante que tiende a la lógica de la repetición, normalización y con pretensiones de globalidad.

Ya Bateson refería que prefería una teoría general de la psicoterapia “imperturbablemente mística” que un dispositivo que, bajo un código de empatía, programe un cambio con una perspectiva miope de la condición sistémica de la propia existencia humana. Considerando esto, es posible que en la metáfora se asome una posibilidad, desde los postulados sistémicos contextuales de la interacción humana, donde emerjan elementos simbólicos, compartidos por la cultura, donde la singularidad se asoma con materialidad sensible. Esto implica una psicoterapia, descentrada de la consciencia y con mayor disposición a la exploración de procesos o contemplación de aquello que acontece o se asoma por medio de la metáfora en tanto presencia (Bianciardi, 2006)

Acorde a lo anterior, en la terapia crítico poética de Pakman (2010, 2014) es que aparecen sustratos teóricos y prácticos para concebir la metáfora como acontecimiento en tanto evento poético, para dar paso a una textura sensual de la experiencia humana. Si bien, no toda metáfora es evento poético, en algunas ocasiones, se asoma espectralmente para dar espacio a la relación con la inmanencia y discontinuidad de la existencia que interpela al sujeto en tanto fragilidad, disenso o diferencia máxima cercana a la muerte.

En la psicoterapia crítico poética, se propone mantener un cuestionamiento de la micropolítica dominante del ejercicio clínico (Pakman, 2010, 2014). Desde éste marco, la metáfora podría emerger como evento poético por las condiciones de su acontecer no por su sustancia, en tanto la posibilidad de diferencia que en ella se contiene.

La cualidad sensible, estética e imaginativa de la metáfora en tanto acontecer, tiene la posibilidad de conectar al interlocutor con esta materialidad sensible, que *toca* al otro en tanto presencia, desafiando los focos de atención a los que puede estar entrenado. Por lo tanto, comprender la metáfora cuando opera como evento poético, requiere *dejarse tocar* por elementos fugaces del encuentro que exigen una sensibilidad artística para su continuidad, lo cual articula caminos para la transformación del sujeto.

Considerando lo anterior, la conclusión principal ante la pregunta de investigación, es que la metáfora como acontecimiento en la clínica sistémica relacional, ocupa un lugar periférico ya que domina un acuerdo con las premisas representacionales del lenguaje y el sujeto. A pesar de esto, la psicoterapia crítico poética trae consigo una posibilidad emergente para reconsiderar un terreno clínico en que la metáfora pueda nacer a la presencia como tal.

4.- La metáfora puede ser entendida como textura para una clínica artesana que recupera la singularidad y su presencia.

La metáfora como acontecimiento, trae consigo una textura de la existencia que se encuentra abierta al encuentro clínico artesano. Los postulados de Heidegger sobre la esencia de la técnica, permiten considerar la metáfora como *tekhné* que desoculta meditativamente –y no instrumentalmente- al sujeto en devenir. Lo anterior, permite que la metáfora no requiera de ser comprobada ante criterios realistas, ya que la mera presencia tiene consigo una certeza de la experiencia con carácter de verdad a pesar de su sin sentido que la constituye, junto a una amplia posibilidad generativa de la imaginación artística. La metáfora como acontecimiento, trae a la vista la interrupción de la continuidad de la existencia bajo un código cotidiano que posibilita lo nuevo. Esto permite una relación clínica entre sujetos vivientes, arrojados a la presencia de la metáfora, que mantiene un código cotidiano pero con un sustrato profundo de entendimiento.

La clínica como artesanía implica un quehacer lúdico, que trae a la presencia una sincronía textural de la experiencia humana y su singularidad. La singularidad del sujeto comparece en el encuentro de la metáfora en tanto acontecimiento, de forma espectral y fugaz y a la vez incierta o contenedora de un misterio en tanto devenir. Ésta posibilidad que comparece en la clínica y la metáfora, se encuentra abierta al quehacer artesano de experiencia contemplativa, con una estética de la existencia que se actualiza en el encuentro imaginativo y sus apariciones.

Respecto a la singularidad, es importante diferenciar singular con individual, ya que la singularidad múltiple descrita en la propuesta que conecta la metáfora como acontecimiento, tiene consigo una constante búsqueda de la alteridad y con ello, la comunidad como plural es una dimensión significativa para su emergencia, por ende, no configura un contrario, sino mas bien un aspecto constituyente de la singularidad enunciada en la metáfora como presencia.

Por ende, la singularidad múltiple que emerge en la metáfora como acontecimiento, convive en la ficción que le constituye ya que su sin sentido da fundamento a la generatividad artística en el territorio sensual de la experiencia. Este territorio propicia deslizamientos que da continuidad a la discontinuidad de la existencia y con ello a la relación del sujeto con un territorio del extravío de sí mismo y de la palabra, que favorece la apropiación de sí en tanto singularidad emergente. La singularidad del sujeto emerge en tanto particularidad de su presencia pero a la vez es plural, por estar constantemente abierta a la alteridad y su generatividad.

La metáfora como *tekhné* recupera una relación con lo indeterminado de la experiencia y el sujeto en su singularidad, posibilitando una conexión entre lo indecible con la presencia, dispuesta al ejercicio imaginativo con carácter artístico por una estética que conmueve a quien la presencia en la sensualidad material de la experiencia que comparece. En este sentido, la metáfora como *tekhné*, recupera dimensiones propias de la metáfora en la época mítica en tanto encantamiento.

5.- La metáfora nace como acontecimiento ante la pregunta por el sentido de la existencia.

Cuando el foco clínico se encuentra puesto en la pregunta por el sentido de la existencia, la metáfora nace como acontecimiento, ya que la inquietud de sí se sostiene en un sustrado sensual de intensa fragilidad y urgencia, por lo que impulsa deslizamientos hacia la búsqueda de un entendimiento que posibilita la apropiación del sujeto. La radical experiencia del sin sentido, conlleva a un territorio anterior al significado, dotado de texturas desgarradoras de la experiencia vital.

El sin sentido se experimenta con una certeza sensual que atraviesa e interrumpe la calma de la continuidad de sí. Por lo anterior, la cualidad de verdad de la pérdida del sentido, trae consigo la amenaza de la existencia y su necesidad de rescate, donde la metáfora podría conectar ésta experiencia con el proceso de búsqueda de sentido e inquietud de sí, hacia la exploración de la pérdida para la recuperación del sí mismo.

El trasfondo descrito por Holzapfel, suele ocupar la clínica como espacio de búsqueda de rescate, sin embargo, éste sin sentido escapa a las leyes de la significación, por lo que la materialidad sensible que se presenta en la metáfora acontece al servicio de una erótica del sujeto y su existencia. Esta aventura de la presencia de la metáfora, requiere de condiciones de posibilidad de una práctica de sí libre de discursos de verdad restrictivos, que aborde la amenaza de lo fantasmático y consigo a la apertura a la justicia y alteridad de lo indecible pero presente, lo irrepresentable pero verdadero y fugaz pero urgente.

6.- Existe un territorio sagrado de la experiencia humana que emerge en la metáfora y su mera presencia.

La *fantología* de Derrida, el *homo sacer* descrito por Holzapfel, Bateson y su pregunta por lo espontáneo, abarcan un territorio sagrado de la experiencia humana que va más allá de sí misma. Lo sagrado puede iluminar nuevos terrenos de lo humano, pero requiere de una protección por su cualidad trascendental de la existencia, siendo un terreno en el que se apuesta la propia existencia y entendimiento en ella.

Que el territorio de la experiencia humana mantenga una dimensión sagrada, muchas veces implica decidir mantener su silencio o indecible, por lo que la metáfora en tanto presencia permite establecer una relación con esta dimensión sin profanarla, pero en apertura imaginativa y textural de lo que ahí está apostado, por lo que podría posibilitar desplazamientos que mantienen el límite necesario de lo sagrado para su permanencia y reconocimiento, pero a la vez, favorecer el proceso de articulación con ello que interperla al sujeto.

Lo sagrado trae consigo la experiencia mítica y la recuperación de ésta dimensión que fue reducida a significante en la clínica moderna. La metáfora como una ventana a lo sagrado, permite declarar como indisponible aquello que protege, ya que lo sagrado, tal como se cita a Agamben en Hozalpfel (2011), “ya no está más bajo la posibilidad del usufructo o instrumentalización” (p.204).

7.- Una clínica con la metáfora como acontecimiento, requiere de una relación terapéutica comprometida con su reconocimiento que se relaciona desde una hermenéutica de la confianza como territorio de su continuidad.

Al considerar los dispositivos psicoterapéuticos dominados por la hegemonía del signo, se observa que la decisión terapéutica reconoce aquello que se encuentra en el territorio de su legibilidad. Por lo anterior, el reconocimiento propuesto en el proyecto, implica la posibilidad de continuidad aquello ilegible para la política de la palabra, o la tarea exclusivamente hermenéutica. Dotar de reconocimiento al sujeto en esta dimensión de su diferencia, legitima el ejercicio de su subjetividad y la validez de sí en el territorio sensual que configura una comunidad en esta dimensión natural de la experiencia humana. El reconocimiento del otro en la metáfora como acontecimiento, propicia la continuidad de la discontinuidad del sujeto, además de validar la implicancia de la alteridad en este proceso.

El reconocimiento de la singularidad del sujeto permite la apertura al misterio de la existencia. Así, la actitud clínica demanda una sensibilidad poética, imaginativa y de compromiso con este territorio, en el que el terapeuta actúa desde una hermenéutica de la confianza -planteada por Orange- con aquello que se presenta, llegando a olvidar que esta es una decisión por su naturaleza sincrónica y genuina del encuentro.

8.- La metáfora como momento político recupera una ética del cuidado de sí que propicia la emancipación del sujeto hacia una estética de la existencia que estimula una vida hecha con arte.

La dimensión política de la clínica, invita a cuestionar las premisas que orientan el ejercicio, y desde dónde se regulan las apariciones visibles del sujeto en la psicoterapia. Por ende, desafiar los discursos de verdad implementados en la psicoterapia disciplinaria como una poder policiaco, trae consigo una necesidad de propuestas de acción asociadas a un terreno de ejercicio de la libertad en tanto emergencia del sujeto.

La diferencia –entendida desde Bateson- que emerge como desafío de la continuidad y la normalidad, demanda una toma de posición y decisión en la clínica con repercusiones en la ética del sujeto. La diferencia se asoma en la presencia de la metáfora por lo que presenta el disenso y desafía la actualización de la imaginación para proponer lo nuevo como articulación del sujeto. La ética planteada en la propuesta de la metáfora como acontecimiento, es coherente con los postulados de Foucault respecto a una ética del cuidado de sí y la libertad como un ejercicio con posibilidad de emancipación. De esta forma el momento político de la metáfora podría propiciar deslizamientos que favorezcan una práctica del cuidado de sí como arte del vivir.

Abarcar la metáfora como presencia, permite la emancipación de la estructuración de la desigualdad macrosocial que podría reproducirse en el dispositivo psicoterapéutico bajo una intervención totalitaria de la metáfora en tanto representación, ya que el dispositivo debería lograr una conceptualización de *el* significado para instruir respecto al sentido de la vida. Si se consideran los postulados de Rancière (2011), la clínica como artesanía permitiría, “devolver la singularidad a los fenómenos” en post de un contenido inédito de inteligencias compartidas. Lo anterior, plantea una invitación a visitar experiencias de la época mítica que transportaban un conocimiento transcendental en lo cotidiano por considerarse un bien repartido que trae consigo una inteligencia común, potenciada por el encuentro de la polis, la experiencia artística y el descubrimiento de sí.

Por lo tanto, se sugiere que la clínica procure condiciones para mantener una democracia de la sensibilidad naturalmente repartida que se dispone al encuentro reflexivo del sujeto consigo mismo, para reconocerle como territorio venidero de novedad, singularidad y sentido de sí. Lo anterior, mantiene una posición de apertura y compromiso con la mera presencia, ya que le reconoce su condición espectral y las consecuencias de

suprimirle. Una psicoterapia que posibilita el encuentro clínico con lo sensible de la experiencia y la emergencia de lo nuevo en tanto textura, tenderá a mantener una fidelidad al acontecimiento, para contemplar, explorar e imaginar caminos más allá de la lógica y su repetición, como un ejercicio de emancipación y búsqueda de novedad que confía en la emergencia y su venida como guía para la construcción de sentido en una clínica entendida como artesanía.

Limitaciones de la investigación.

Se considerarán las limitaciones a diferentes niveles de análisis respecto a la investigación, a nivel macrosocial, interdisciplinario y de estructura interna del proyecto.

Desde un nivel macrosocial, se observan limitaciones referidas a la cultura del rendimiento y su intervención en la la salud mental y psicoterapia en Chile, no solo en dispositivos de salud pública sino también en las instituciones generadoras de conocimiento válido para la clínica. Al considerar los ideales que fundamentan la salud mental actual bajo las guías clínicas, se potencia el ejercicio normalizador que propicie el máximo rendimiento del sujeto –solitario- en sus diferentes áreas, bajo la premisa positiva del éxito con el lema “tú puedes”. Lo anterior, no resulta compatible con los tiempos y valores asociados a una clínica de la singularidad, ya que la diferencia y novedad, no resulta *rendidora* para las pautas de dominio que se mantienen como dominantes.

Por ende, la propuesta de la clínica de la metáfora como artesanía de la singularidad, probablemente es un movimiento a contracorriente de la generación de dispositivos que se encuentran bajo la producción del sujeto y la restricción de sus apariciones sensibles en el mundo, considerando el modelo de rendimiento como meta. Pakman (2010) reconoce un auge de las intervenciones de corte positivista, donde predomina una relación instrumental entre la técnica y su objeto. La tecnificación de la psicoterapia trae consigo el auge racional como único dominio de la empresa de la clínica en la salud mental, sin requerimiento de profundidad en la experiencia, ni la singularidad del sujeto, sino mas bien, con el logro de los objetivos que son productivas para el proyecto social.

Miranda (2011), plantea que las políticas públicas de salud mental funcionan como un ejercicio policiaco del sujeto que prioriza la gestión del recurso por sobre las variables clínicas, por ende, el debate respecto a la psicoterapia y la salud mental queda subsumido a la definición de objetivos, metas e indicadores y “lo ético queda reducido a la eficiencia como imperativo categórico” (p.262). Éstos objetivos, claramente obstruyen el ejercicio de la singularidad y su exploración, por lo que la propuesta presentada alrededor de la metáfora en tanto acontecimiento, no resultaría significativa para los ideales públicos aplicados en las políticas de salud mental actual en Chile.

Este marco macrosocial, interviene tanto en los espacios íntimos del sujeto como en las instituciones no solo de salud sino también en la formación de profesionales que ejerzan este quehacer clínico. Por ende, las universidades y la formación en psicoterapia, se encuentra asediadas por lógicas de educación disciplinar que suelen potenciar un terapeuta instruido en hermenéuticas del sujeto, bajo modelos teóricos dominados por la cultura de la evidencia (rendimiento) y la sospecha. Sin embargo, la presente propuesta, modifica la concepción del terapeuta experto en procesos de significación para dar paso a un desafío en la formación de la sensibilidad artística que propicie un encuentro con la textura de la metáfora y la dimensión singular de la experiencia humana bajo aspectos estéticos.

Si se considera esta perspectiva propuesta en la presente investigación, las mallas curriculares de las universidades podrían que re-evaluar los fundamentos desde donde se entrena al psicoterapeuta, para dar paso a su apertura interdisciplinaria mucho más específica y con elementos propios de las áreas artísticas (teatro, danza, fotografía, poesía, manualidades, etc.) que aperturen el desarrollo de una sensibilidad y creatividad de lo cotidiano, junto con el diálogo filosófico como ejercicio analítico del pensar lo clínico.

Los costos que atraviesa una propuesta como esta para instituciones de generación de conocimiento, implica una apuesta ideológica contranormativa respecto al auge actual en la formación de psicoterapeutas que, finalmente, ejercen en una cultura que desafiará constantemente el quehacer clínico de la singularidad.

A nivel interdisciplinario, se presentan limitaciones asociadas al diálogo entre cuerpos de conocimiento que han buscado una diferenciación entre sí, por el reinado de la generación de conocimientos bajo la fragmentación del sujeto. Además de esto, la psicología como disciplina ocupa una posición cuestionable para otras perspectivas, tales como la filosofía, la cual suele presentar una crítica aguda al ejercicio y cuerpo teórico, el cual traspasa la escuela sistémica relacional. Por ende, ampliar el diálogo y aprendizaje de otras áreas, también implica sustentar una psicoterapia sistémica relacional que sea valiente en su apuesta ontológica para dar sustento a una posición que se forme con mayor solidez y consistencia interna respecto a preguntas trascendentales, tales como ¿Cuál es el sujeto en la psicoterapia sistémica relacional?

A nivel de coherencia interna, se puede considerar que se aborda la metáfora como acontecimiento que pertenece a un territorio anterior a la palabra como objeto lógico de la lingüística, pero se utiliza éste lenguaje para referirse a ella. Esto marca significativamente una limitante para mostrar a través de conceptos y abstracciones, planteamientos que se transportan metafóricamente a la venida en una materialidad que contiene una estética de la presencia dotada de imágenes, formas, sonido, silencios, corporalidad, apariciones, etc. Estos aspectos que se encuentran en juego en la metáfora como acontecimiento, no logran ser plasmadas en el formato del proyecto por la estructura teórica que le sustenta y la posibilidad que entrega la institución académica como legible para el logro de los objetivos.

En la sistémica relacional actual, se hace necesario potenciar una apertura que ha venido a renovar la propuesta post estructuralista centrada en el sujeto como texto, ya que ésta generatividad viene a reconsiderar el sujeto y su singularidad como un espacio abierto a la alteridad relacional que fundamenta el enfoque, junto con la invitación a construir un ejercicio clínico cada vez más cercano a una pretensión de lo humano por sobre la demanda policiaca del sujeto y sus apariciones. Lo anterior, da fidelidad al acontecimiento de la metáfora pero por sobre todo, fidelidad al ejercicio clínico como un encuentro dotado de libertad tanto en el ejercicio como en la emergencia del sujeto con una ética del cuidado de sí dispuesta a la materialidad sensible que configura el ser. Esto plantea recuperar aspectos

de la época mítica que podrían estar al servicio de la existencia común sin sacrificar la singularidad del sujeto.

VIII. BIBLIOGRAFIA

- Agamben, G. (1998). *Homo sacer. El poder soberano de la nuda vida*. Valencia: Pre-textos.
- Anderson, H. & Goolishian, H. (1996). El Experto es el Cliente: la ignorancia como enfoque terapéutico. En McNamee, S. & Gergen, K. (Eds.), *La Terapia como Construcción Social* (pp. 45-59). Barcelona: Paidós.
- Arias, M. (2007). El mito del Mito de la Caverna. A propósito de Saramago y el Mito de la Caverna de Platón. *Eikasia. Revista de Filosofía*, 13, 1-10. Recuperado de <http://revistadefilosofia.com/13-02.pdf>
- Aristóteles. (2001). *Retórica*. Introducción, traducción y notas de Alberto Bernabé. Madrid: Alianza.
- Badiou, A. (2002). *Breve tratado de ontología transitoria*. Barcelona: Gedisa.
- Badiou, A. (2002). *Condiciones*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Badiou, A. (2003). *El ser y el acontecimiento*. Buenos Aires: Manantial.
- Baidou, A. (2006). *Lógica de los mundos: el ser y el acontecimiento 2*. Buenos Aires: Manantial.
- Bajtín, M. (1979/2011). *Estética de la creación verbal*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bajtín, M. (1986/2005). *Problemas de la Poética de Dostoievki*. Mexico: Fondo de Cultura Económica.
- Barranco, A., Barranco, P. y Barranco, I. (2006). Reconstrucción histórica de la obra de Jacques Lacan. *Revista de la asociación española de Neuropsiquiatría*. 97, 107-131. Recuperado de http://scielo.isciii.es/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0211-57352006000100007

- Barría, M. (2013). *Figuras sacrificiales en la dramaturgia chilena contemporánea: Alegorías de la comunidad derrotada* (Tesis doctoral en Filosofía con mención en estética y teoría del arte). Universidad de Chile, Santiago, Chile.
- Bassi, J. (2015). *Formulación de proyecto de tesis en ciencias sociales. Manual de supervivencia para estudiantes de pre- y posgrado*. Santiago: El buen aire S.A.
- Bateson, G. (1976). *Pasos Hacia Una Ecología de la Mente*. Buenos Aires: Carlos Lohlé
- Bateson, G. y Bateson, M. (1994). *El temor de los ángeles. Epistemología de lo sagrado*. Barcelona: Gedisa.
- Benjamín, J. (2012). El tercero. Reconocimiento. *Clínica e investigación relacional*, 6(2), 169 –179. Recuperado de <https://www.psicoterapiarelacional.es/CeIRREVISTA-Online/CeIR-Valore-y-comente-los-trabajos-publicados/ID/299/El-Tercero-Reconocimiento-Jessica-Benjamin-PH-D>
- Bentancour, J. (2014). Alma Sana, escritura sana. La terapia de la palabra en las Epístolas morales a Lucilio de Séneca. (Tesis de Magíster en Filosofía). Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia.
- Bernal, I. y Henao, L. (2005). Uso de la metáfora en la terapia sistémica. En: Estrada, P. y Posada F. *Terapia familiar sistémica. Experiencias, saberes y conocimiento*. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana.
- Bertrando, P. (2000). Texto y Contexto. Narrativa, Posmodernidad y Cibernética. *Journal of Family Therapy*. 22, 83-103.
- Bertrando, P. (2011). *El terapeuta dialógico. El diálogo que conmueve y transforma*. México: Pax.
- Bertrando, P. & Toffanetti, D. (2004). *Historia de la terapia familiar. Los personajes y las ideas*. Paidós: Barcelona.

- Besaoin, C. (2015). Diálogo y Reconocimiento. Apuntes de clase en cátedra correspondiente a Metodología Clínica I de Magister en Psicología Clínica, línea sistémica relacional Universidad de Chile.
- Bianciardi, M. (2006). *Imposibilidad y necesidad de una terapia "batesoniana"*. Traducción de Felipe Gálvez.
- Boscolo, L. y Bertrando, P. (1993). *Los tiempos del tiempo*. Buenos Aires: Paidós.
- Bravo, L. (2002). La pedagogía de las parábolas. Una perspectiva psicológica. *Teología y Vida*, XLIII, 503–511. Recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/322/32243402.pdf>
- Bubnova, T. (2008). Bajtín y Benjamin: lecturas desde otros cronotopos (en torno a Goethe y otros temas). *Acta poética*, 29(2), 39-69. Recuperado de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-30822008000200003
- Bunge, E., Gomar, M. y Mandil, J. (2007). Implementación de Metáforas en la terapia cognitiva con niños. *Revista argentina de clínica Psicológica*, XVI, 239-249. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=281921790010>
- Camargo, R. (2010). Revolución, Acontecimiento y Teoría del Acto. Arendt, Badiou y Žižek. *Ideas y Valores*, 144, 99 –116. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=80918963006>
- Cardona, I. & Osorio, Y. (2015). Uso de la metáfora en terapia familiar. Aportes al enfoque narrativo. *Revista Virtual Universidad Católica del Norte*, 44, 15-35. Recuperado en <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=194238608003>
- Carreón, J. (2014). Las metáforas como guías lúdicas para la exploración y emergencia de nuevas narrativas en el espacio terapéutico: ideas intempestivas nietzscheanas para pensar la práctica clínica sistémica. *Límite. Revista interdisciplinaria de Filosofía y psicología*. 9(29), 147 – 179.

- Castro, R. (2008). *Foucault y el cuidado de la libertad. Ética para un rostro de arena*. Santiago de Chile: LOM.
- Cecchin, G. , Lane, G. , Ray, W. (2002). *Irreverencia*. Buenos aires: Paidós.
- Cecchin, G. (1989). Nueva visita a la hipotetización, la circularidad y la neutralidad: una invitación a la curiosidad. *Sistemas Familiares*, Abril, 9-17.
- Combs, G. & Freedman, J., (1990) *Symbol, story, and ceremony: Using metaphor in individual and family therapy*. New York: W.W. Norton.
- Conesa, F. y Nubiola, J. (2002). *Filosofía del Lenguaje*. Herder: Barcelona.
- Correa, A. (2005). La metáfora en las fronteras filosóficas. *EIDOS*, 3, 104-129.
- Costales, F. (2010). Del lenguaje simbólico en general y del lenguaje de la poesía en particular: La metáfora. Recuperado de <http://repositorio.puce.edu.ec/bitstream/handle/22000/5161/T-PUCE-5388%283%29.pdf?sequence=3&isAllowed=y>
- Christiansen, M. (2012). Las relaciones de poder desde una epistemología sistémica. *European Scientific Journal*, 8(20), 141–161
- De Siqueira, J. (2001). El principio de responsabilidad de Hans Jonas. *Acta Bioethica*, VII(2), 277 – 285. Recuperado de http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1726-569X2001000200009
- Deleule, D. (1969). *La psicología, mito científico*. Anagrama: Barcelona.
- Derrida, J. (1989). *La deconstrucción en las fronteras de la Filosofía: La retirada de la metáfora*. Barcelona: Paidós.
- Derrida, J. (1989). *La escritura y la diferencia*. Barcelona: Anthropos.
- Derrida, J. (2008) “Mnemosyne”, en Derrida Jacques, *Memorias para Paul de Man*. Barcelona: Gedisa.

- Diapola, E. y Lutereau, L. (2016). Acontecimiento y verdad: la verdad por-venir como verdad por dar. *Desde el jardín de Freud*, 16, 245 – 254.
- Escoubas, E. (2009). Mythos, logos, epos son la palabra (Heidegger). *ARETÉ Revista de Filosofía*, XXI(2), 401–409. Recuperado de <http://revistas.pucp.edu.pe/index.php/arete/article/view/681>
- Evans, M., (1988) The role of metaphor in psychotherapy and personality change: A theoretical reformulation. *Psychotherapy*, 25, 543-551. Recuperado de <http://psycnet.apa.org/record/1989-19753-001>
- Evans, V. & Green, M (2004). *Cognifite Linguistics. An introduction*. Edinburgh University Press
- Ferraris, M. (2012). *Manifiesto del nuevo realismo*. Santiago: LOM
- Fígares, M. (1990). *Antropología de la Imaginación. Revista cultural nueva Acrópolis*. 19
- Foucault, M. (1996). *Hermenéutica del Sujeto*. La Plata: Altamira
- Foucault, M. (1999). *Estética, ética y hermenéutica del sujeto*. Barcelona: Paidós
- Foucault, M. (1999). *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Barcelona: Paidós
- Foucault, M. (2009). *El coraje de la verdad. El gobierno de sí y de los otros. Curso en el Collège de France (1982 – 1983)*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica
- Freeman, J., Epston, D., Lobovits, J. (2001). *Terapia narrativa para niños. Aproximación a los conflictos familiares a través del juego*. Barcelona: Paidós.
- Freud, S. (1933). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. En *Obras Completas* (1979). Buenos Aires: Amorrortu.
- Gadamer, H. (1997). *Mito y razón*. Barcelona: Paidós
- Gálvez, F. (2013). La ausencia de lo que el objeto trae: contrasentido de los procesos de significación. Ensayo seminario Poema, materia y experiencia. Doctorado en Filosofía en mención en estética y teoría del arte.

- García, J. (2008). Giro Lingüístico y Postmodernidad. *Pensamiento*. 241, 473 – 486.
- Gende, C. (2015). Metáfora y concepto: ¿Ricoeur crítico de Lakoff y Johnson?. *Logos: Revista de Lingüística, Filosofía y Literatura*, 26(1), 102–110. Recuperado de http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0719-32622016000100007
- González, J. (2014). Procesos y construcciones: Un análisis de contenido de las metáforas en dos revistas de Psicología. *Psicoperspectivas. Individuo y Sociedad*. 13, 174–185. Recuperado de <http://www.scielo.cl/pdf/psicop/v13n2/art17.pdf>
- Gore, E. & Dunlap, D. (2006). *Aprendizaje y Organización. Una lectura educativa de teorías de la organización*. Buenos Aires: Granica.
- Groisman, D. (2014). Fisuras de la representación: Acontecimiento (Badiou), noción pura (Mallarmé) y objeto voz (Lacan). *Revista Affectio societatis*, 11, 21, 74-87
- Han, B. (2012). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder
- Hegel, G. (1985). *De lo bello y sus formas*. Traducido por Manuel Granell. Madrid: Espasa-Calpe.
- Heidegger, M. (1993). *La pregunta por la técnica en Ciencia y Técnica*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Heidegger, M. (1997). *Filosofía, ciencia y técnica*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Heidegger, M. (2001). *Introducción a la filosofía*. Madrid: Cátedra. Trad. M. Jiménez Redondo
- Heidegger, M. (2010). *Caminos de bosque*. Versión de Helena Cortés y Arturo Leyte. Madrid: Editorial Alianza.
- Hernández, J. (2002) *El retrato de un Dios mortal: Estudio sobre la filosofía política de Thomas Hobbes*. Barcelona: Anthropos

- Herrera, L. (2016). Actualidad investigativa y perspectivas de la lingüística cognitiva: Tiempo, Espacio y Metáfora. *Literatura y Lingüística*, 33, 349–368. Recuperado de http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0716-58112016000100017
- Herrera, R. (2005). Poética del Psicoanálisis. *Límite. Revista de Filosofía y Psicología*. 12, 105-118. Recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/836/83601204.pdf>
- Holzapfel, C. (2005). *A la búsqueda de sentido*. Santiago: Editorial Sudamericana.
- Holzapfel, C. (2011). Fenómenos existenciales fundamentales de Eugen Kink: Juego Y Muerte. *Revista de Filosofía*. 67, 201-214.
- Holzapfel, C. (2014). *Ser-Humano: (Cartografía antropológica)*. Santiago: Cinta de Moebio.
- Homero (1986). *Odisea*. J.M. Pabón. (Trad). Madrid: Gredos
- Huertas, J. (2012). El juego como problema filosófico. *Signos*, 33(2), 57-70. Recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/836/83601204.pdf>
- Jean-Luc, A. (2012). *Ricoeur, Derrida. El desafío de la metáfora*. Bogotá: Universidad Externado.
- Jonas, H. (2000). *El principio de la vida. Hacia una biología filosófica*. Trad. J. Mardomingo Sierra. Madrid: Trota.
- Jonas, H. (2005). *El principio de responsabilidad: Ensayo de una ética para la civilización tecnológica*. Barcelona: Herder.
- Kopp, R., (1995). *Metaphor therapy: Using client-generated metaphors in psychotherapy*. New York: Brunner/Mazel.
- Lakoff, G. (2004). *No pienses en un elefante. Lenguaje y debate político*. Madrid: Complutense.
- Lakoff, G. y Johnson, M. (1995). *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra.

- Lemm, .V. (2010). *La filosofía animal de Nietzsche*. Santiago: Salesianos.
- Leon, J. (2015). El duende lorquiano: de Hallazgo poético a lugar común flamenco. (Tesis doctoral). Universidad de Granada. Granada, España.
- Longa, V. y López, J. (2011). Bibliografía seleccionada y comentada sobre la metáfora. *Moenia*, 17, 519-564. Recuperado de <https://minerva.usc.es/xmlui/handle/10347/7344>
- Loredo, J. (2005). La confesión en la prehistoria de la psicología. *Anuario de Psicología*, 36, 1, 99-116. Recuperado de <http://www.raco.cat/index.php/anuariopsicologia/article/viewFile/61809/76106>
- Liotard, J. (1987). *La condición Postmoderna*. Buenos Aires: Catedra.
- Marín, R., Ramírez, N. y Valderrama, K. (2015). Aproximación a la noción de posmodernidad en terapia familiar sistémica. *Revista fundación universitaria Luis amigó*, 3(1), 51-67. Recuperado de <http://funlam.edu.co/revistas/index.php/RFunlam/article/view/1894>
- Martínez, R. (2010). Memoria y psique freudiana en el juego de una fantología. *Andamios*, 7, 201–224.
- Menezes, P. (2013). La palabra como phármakon en la formación del hombre griego. De la Palabra del soberano a la soberanía de la palabra. (Tesis doctoral). Universidad de Salamanca. Salamanca. España.
- Minuchin, S. (1998). ¿Dónde está la familia en la terapia familiar narrativa?. *Sistemas Familiares*, 4(3), 11-18.
- Miranda, G. (2011). Políticas públicas y salud mental en el Chile de Hoy. *Medicina social*, 6(3), 259 – 265.
- Moix, J. (2006). Las metáforas en la psicología cognitivo–conductual. *Papeles del Psicólogo*, 27(2), 116-122. Recuperado de <http://www.papelesdelpsicologo.es/resumen?pii=1343>

- Montemayor, M., García, M. y Garza, Y. (2002). *Guía para la investigación documental*. México: Trillas.
- Morales, R. (2011). Poder, Subjetividad y Psicoterapia: Alcances y consideraciones desde la analítica foucaultiana hacia una política de la resistencia. (Tesis de Magíster en filosofía, Mención metafísica). Universidad de Chile, Santiago, Chile.
- Morales, R. (2015). Apuntes de curso tragedia y política. Dictado en Universidad de Chile. Santiago: Chile.
- Morales, R. (2010). Psicoterapia sistémica, micropolítica y subjetividad: alcances en torno a la formación, en Felipe Gálvez (Comp.) *Formación en y para una psicología clínica*. Santiago de Chile: Colección Praxis Psicológica - Universidad de Chile, 2010.
- Nancy, J. (2003). *El sentido del mundo*. Buenos Aires: La Marca.
- Neuman, H. (2012). La metáfora en Aristóteles y su contribución a la comprensión. *Byzantion Nea Hellás*, 31, 47-68. Recuperado en http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-84712012000100003
- Nicole Bunout. (2014). Colibrí. En *Crisálida* [CD]. Santiago: Chile,
- Nubiola, J. (2000). El valor cognitivo de las metáforas. *Cuadernos de anuario filosófico*, 130, 73-84. Recuperado de <http://www.unav.es/users/ValorCognitivoMetaforas.html>
- Orange, D. (2013). *El desconocido que sufre*. Santiago: Cuatro Vientos
- Owens, C. (2001). “El impulso alegórico: contribuciones a una teoría de la posmodernidad” en Wallis Brian (ed.), *Arte después de la modernidad. Nuevos planteamientos en torno a la representación*. Madrid: Akal.
- Pacheco, M. (1993). *Hipnoterapia Ericksoniana: Nivel Avanzado. Uso de metáforas terapéuticas en Psicoterapia*. Extraído de

<http://www.seminariosenlinea.com/videos/Metaforas-para-el-Exito/Hipnosis%20Ericksoniana/Sobre%20la%20hipnosis%20ericksoniana/METAFORAS-TERAPEUTICAS.pdf>

Pacheco, M. (2002). Psicoterapia Ericksoniana. El legado de Milton H. Erickson a la psicoterapia Actual. Recuperado de https://slide.mx/download/psicoterapia-ericksoniana-el-legado-de-milton-erickson-a-la-pscoterapia-actual-pacheco-leon_59cbfbf7f58171f03cc78c4d_pdf

Páez, Y. (2012). Logos therapeias. Arqueología e Historia de la palabra en el cuerpo. *Borromeo*, 3, 1-22. Recuperado de <http://borromeo.kennedy.edu.ar/Articulos/LogotherapieiaPaezCasadiegos.pdf>

Pakman, M. (2004). Acerca de la imaginación: Reconciliando conocimiento y vida, o ¿qué representa “Gregory Bateson”?”, traducción realizada por Gian Lorenzo Blanco.

Pakman, M. (2006). Poética y Micropolítica del cambio. Diseñando conversaciones terapéuticas. Recuperado de <http://www.redsistemica.com.ar/pakman.htm>

Pakman, M. (2010). *Palabras que permanecen, palabras por venir. Micropolítica y poética en psicoterapia*. Barcelona: Gedisa.

Pakman, M. (2014). *Texturas de la imaginación. Mas allá de la ciencia empírica y del giro lingüístico*. Barcelona: Gedisa.

Pániker, S. (2000). *Filosofía y mística. Una lectura de los griegos*. Kairos: Barcelona.

Quintana, M. y Montserín, E. (2010). Diapositivas espectrales. Fragmentos para una interpretación de las desapariciones (o de lo siniestro fantasmático). *Revista de Historia Pasado por-venir*, 5, 199 – 217. Recuperado de http://www.academia.edu/7163398/Diapositivas_espectrales_fragmentos_para_una_interpretación_de_las_desapariciones_o_de_lo_siniestro_fantasmático_.En_Pasado_Por-venir_Revista_de_Historia_N_5_pp_199-217_2010-2011_

Rancière, J. (1996). *El desacuerdo: política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva visión.

- Rancière, J. (2010). *Momentos Políticos*. Buenos Aires: Capital intelectual.
- Rancière, J. (2011). *El malestar de la estética*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Rancière, J. (2015). *El Hilo perdido. Ensayo sobre la ficción moderna*. Buenos Aires: Manantial
- Reguera, I. (2009). *Tractatus Logico-Philosophicus. Investigaciones filosóficas sobre la certeza*. Madrid: Gredos.
- Ricoeur, P. (2001). *La metáfora viva*. Madrid: Cristiandad.
- Rorty, R. (1983). *La filosofía y el espejo de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Rovatti, P. (1990). *Como la luz tenue. Metáfora y Saber*. Barcelona: Gedisa.
- Sal, J. (2009). Acerca de la metáfora como recurso de creación léxica en el contexto digital. Algunas reflexiones. *Revista electrónica de estudios filológicos*. XVIII(18). Recuperado de <https://www.um.es/tonosdigital/znum18/secciones/estudio-20-metafora.htm>
- Salkovskis, P. (1999). Understanding and treating obsessive-compulsive disorder. *Behaviour Research and Therapy*, 37, 29- 52. Recuperado de <https://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S0005796799000492>
- Samaja, J. (2004). *Epistemología y Metodología. Elementos para una teoría de la investigación científica*. Buenos Aires: Eudeba.
- Sanchez, A. (2008). Reseña de “Lógicas de los mundos. El ser y el Acontecimiento 2” de Alan Badiou, *Revista colombiana de filosofía de la ciencia*. IX(18-19), 167-172
- Santibañez, C. (2009). Metáforas y argumentación: lugar y función de las metáforas conceptuales en la actividad argumentativa. *Revista Signos*, 42 (70), 245-269
Recuperado de <http://www.scielo.cl/pdf/signos/v42n70/a05.pdf>
- Santibañez, C. (2009). Metáforas y Argumentación: lugar y función de las metáforas conceptuales en la actividad argumentativa. *Revista Signos*, 42(70), 245-269.

- Schön, D. (1992). *La formación de profesionales reflexivos*. Barcelona: Paidós.
- Selvini-Palazolli, M., Boscolo, L., Cecchin, G. & Prata, G. (1996). Hipotetización, circularidad, Neutralidad: tres guías para el conductor de la sesión. *Family Process*, 19, pp. 3-12. (Tatiana Hernandez, trad., obra original publicada en 1980)
- Sims, P. (2003). Working with metaphor. *American Journal of Psychotherapy*, 57, 528-536.
- Sims, P. & Whynot, C. (1997). Hearing Metaphor: An Approach to Working with Family-Generated Metaphor. *Family Process*, 36, 341 – 355
- Sontang, S. (1996). *La enfermedad y sus metáforas*. Madrid: Taurus.
- Sontang, S. (2005). *Contra la Interpretación*. Buenos Aires: Alfaguara.
- Tarragona, M. (2006). Las terapias posmodernas: una breve introducción a la terapia colaborativa, la terapia narrativa y la terapia centrada en soluciones. *Psicología Conductual*, 14(3), 511 – 532.
- Tosta, B. (1998). Lo que es la Psicopatología Fundamental. *Revista Latinoamericana de Psicopatología Fundamental*, 1, 46 – 59. Recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/2330/233017663007.pdf>
- Uzín, A. (2008). *Introducción al pensamiento de Alain Badiou. Las cuatro condiciones de la filosofía*. Buenos Aires: Imago mundi.
- Valles, M. (1997). *Técnicas cualitativas en la investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional*. Madrid: Síntesis.
- Vanihoff, K. (2015). Consideraciones sobre la memoria y el olvido en la filosofía de Friedrich Nietzsche. *Nuevo Itinerario Revista Digital de Filosofía*. 10(X) 1 – 24. Recueprado de <http://hum.unne.edu.ar/revistas/itinerario/revista10/articulo08.pdf>
- Vásquez, D. (2010). Metáfora y analogía en Aristóteles. Su distinción y uso en la ciencia y la filosofía. *Tópicos*, 38, 1-32.

http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-66492010000100003

- Vernant, J. (1992). *Los orígenes del pensamiento Griego*. Buenos Aires: Paidós.
- Vernant, J. (1993). *Mito y Pensamiento en la Grecia antigua*. Barcelona: Ariel Filosofía.
- Wachtel, P. (2003). The metaphor of depth in psychoanalysis and the Ways in Which it can Mislead. *Contemporary Psychoanalysis*, 39(1), 5 – 25.
- White, M. (2002). *El enfoque narrativo en la experiencia de los terapeutas*. Barcelona: Gedisa.
- White, M. (2002). *Reescribir la vida. Entrevistas y Ensayos*. Barcelona: Gedisa.
- White, M. (2004). *Guía para una terapia familiar sistémica*. Barcelona: Gedisa.
- White, M. (2007). *Maps of Narrative Practice*. Londres: Norton.
- White, M. & Epston, D. (1993). *Medios narrativos para fines terapéuticos*. Barcelona: Paidós.
- Wittgenstein, L. (1999). *Investigaciones Filosóficas*. Barcelona: Altaya S.A.
- Zamorano, C. (2014). Consideraciones conceptuales en Francisco Varela para una clínica relacional del sentido. (Tesis doctoral en psicología). Universidad de Chile, Santiago. Chile
- Zamorano, C., Morales, R. y Besoain, C. (2013). Bosquejo Historiográfico para un movimiento sistémico de tercer orden. Ponencia presentada en Congreso internacional de Psicología Teórica del ISTP.
- Zeig, J. (1983). *Un seminario didáctico con Milton H. Erickson*. Buenos Aires: Amorrortu